Introducción

En la historia antigua de todos los pueblos tiene no sabemos qué atractivo misterioso, que sorprende la inteligencia y despierta con la curiosidad y el interés los más profundos pensamientos, mayor es aún cuando se refiere á las razas primitivas de América; acaso porque el mundo que se llama viejo ignoró por muchos siglos la existencia de la portentosa civilización que por tan dilatado espacio se le ocultó tras de mares inmensos y tras de montañas que con sus frentes de nieve tocan al firmamento. Lo cierto es que los descubrimientos de Colón y las conquistas de Cortés presentaron á la humanidad una nueva fase de su existencia, un período ignorado de su vida múltiple, que debió sorprenderla, y que habría sido pasmo del mundo, si en aquella sazón no hubiesen estado las sociedades en la lucha natural de su desenvolvimiento para sacudir la edad férrea llamada media y entrar en el renacimiento de la inteligencia, que á un mismo tiempo brotaba de las prensas de Guttemberg, de la paleta de Rafael Sanzio, del cincel de Miguel Ángel y de las prédicas de Savonarola. Tal vez pensóse más por entonces en el poder que daba la conquista que en el estudio de los misterios del espíritu humano; valió más el oro que se rescataba que el jeroglífico que se arrojaba al fuego; destruyéronse pirámides y monumentos para levantar claustros y catedrales; y lo que la guerra no pudo destruir, encargáronse de exterminarlo el hambre y la peste, siendo tanta la

desolación, que con poética y sentida frase dijo un venerando fraile y cronista, que no hubo choza á que no tocara su parte de dolor y llanto.

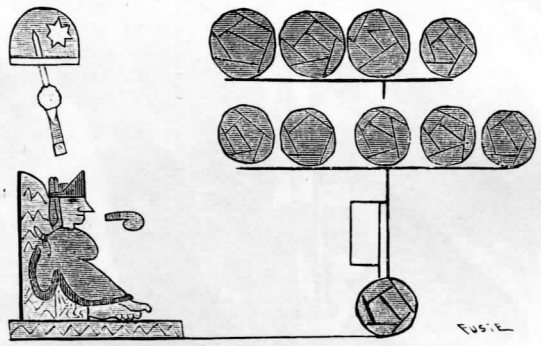
Pareció por un momento que aquella vieja civilización iba á desaparecer sin dejar rastro ni huella, pues á todas las causas de destrucción se unían las ideas de la época, que por obra del demonio tenían, ya no sólo la religión de los indios y sus ídolos, sino sus palacios y jeroglíficos históricos, sus preciosas tradiciones y sus admirables leyendas.

Salváronse, sin embargo, las razas, protegidas primero por los muros inexpugnables de las montañas, después bajo el hábito de amor y caridad de los misioneros, más tarde al amparo de las leyes protectoras de los monarcas de España; y con las razas salváronse el tipo y la lengua, esas dos cifras preciosas en la ciencia de la humanidad. Sirvieron los bosques de baluarte á los monumentos más admirables, y la tierra, como madre amorosa, ocultó con su polvo inscripciones, ídolos y jeroglíficos. Los frailes consultaron las tradiciones, aprendieron los cantares y las arengas, se dieron razón de las viejas costumbres, y todo lo trasladaron á crónicas, que en su mayor parte no han visto la luz sino hasta nuestros días. Pero nuestra historia antigua se había salvado; y lo que en el olvido pudo perecer, hoy acaso va á levantarse á nuestras manos, que si guiadas más por la audacia que por el saber, muévense también al resorte del amor de la patria, que abraza el deseo de conservar los viejos recuerdos y las añejas hazañas, como en el salón condal del castillo almenado se guardan los retratos de todos sus señores, la espada de combate del conquistador y el laud de la castellana.

Para emprender tan ardua empresa existen elementos, y á dar razón de ellos nos creemos obligados, pues la veracidad de una historia depende de las fuentes de donde se ha tomado, así como el caudal y hermosura de un río de la abundancia y claridad de sus manantiales. Bajo este aspecto, nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo. En éstos la leyenda es la única guía de los primeros tiempos; y sea porque, ricos de imaginación, multiplicaron sus fábulas de manera exagerada, sea porque, buscando en su orgullo orígenes muy remotos, sustituyeron á la realidad la ficción, es lo cierto que tenemos datos más precisos de nuestros antiguos pueblos, y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia á la misma historia de Grecia.

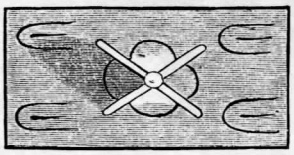
Es verdad que no se puede conservar de modo perfecto y absoluto la historia, si no se consigna por escrito; y sabido es que nuestros primeros pueblos no tuvieron escritura propiamente dicha, sino que de la jeroglífica se valían; pero si sus signos gráficos servían solamente para conservar el recuerdo y la fecha de los sucesos, los ayudaban con la tradición de los pormenores que oralmente se enseñaba, pues siempre se cuidó en las escuelas de los templos de instruir en ellos á la juventud, á fin de guardar viva la historia que de generación en generación iba pasando.

La pintura jeroglífica en lo general venía á reducirse á anales ó efemérides. Consignaban con claridad los años y su sucesión; de modo que tenían una cronología perfecta, base muy principal para la precisión de la historia. Al lado del año correspondiente colocaban el hecho ó acontecimiento que querían consignar, uniendo así á la cronología la relación de los sucesos históricos,



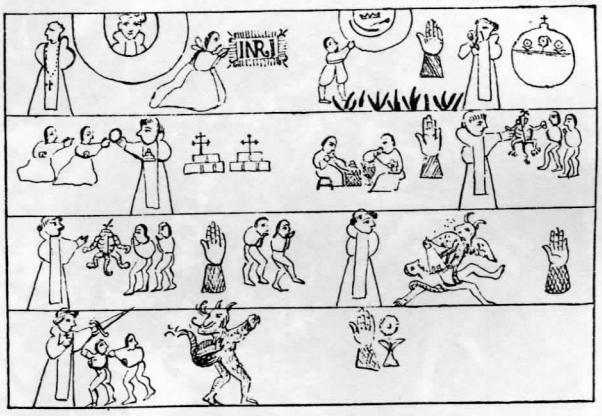
Jeroglífico cronológico.—Reinado de Moteczuma

y usando en sus pinturas de caracteres figurativos, simbólicos, ideográficos y aun fonéticos, que daban idea



Jeroglífico simbólico.—Terremoto

bastante completa de lo que querían expresar. Así consignaron la exaltación de sus reyes y su muerte, sus



Padre Nuestro en jeroglífico

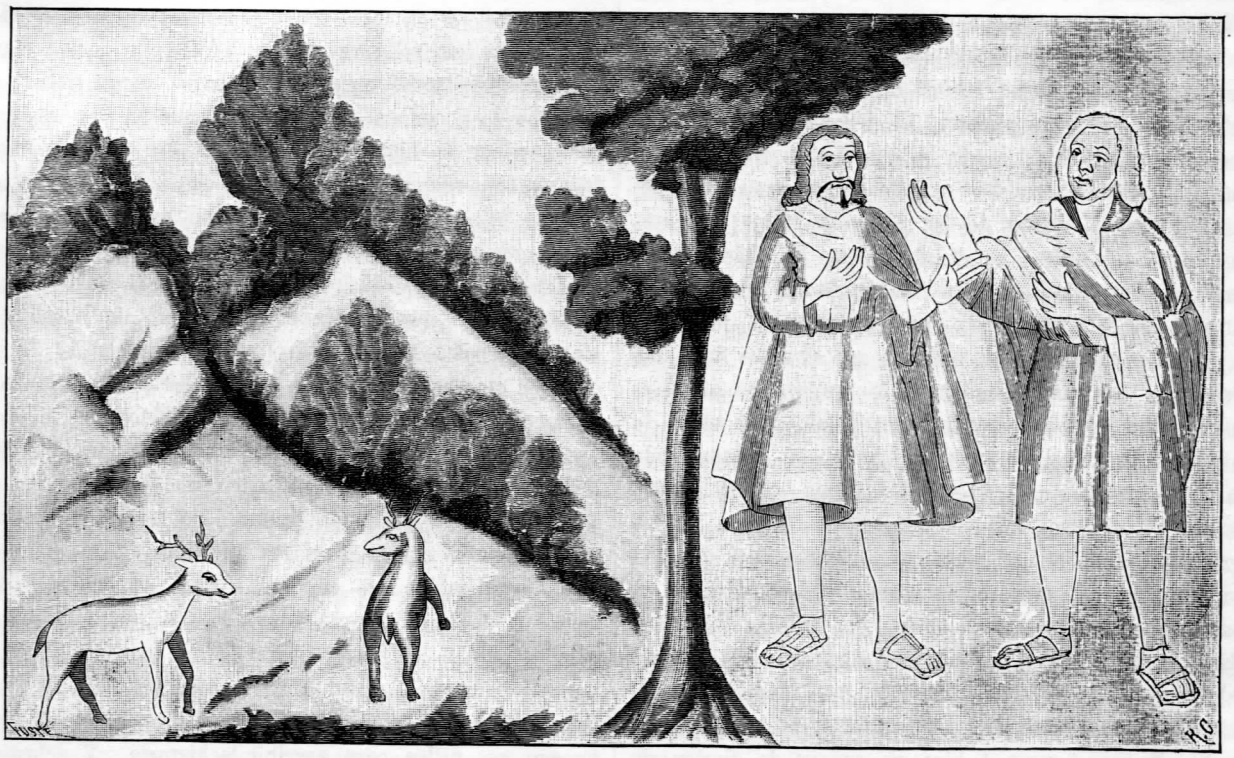
batallas y conquistas, las pestes, terremotos, eclipses y apariciones de cometas, hambres, nieves y calamidades, todo con sus fechas precisas. Y no solamente estos datos, ya de por sí tan interesantes, pudieron

dejarnos en sus jeroglíficos. En ellos pintaron también sus peregrinaciones y teofanías; formaron con ellos cartas geográficas para expresar la extensión de los

Jeroglífico figurativo.—Predicación del Evangelio

reinos y la división de sus jurisdicciones; daban cuenta de los tributos y de los diversos pueblos que los pagaban, ya al señor ya al templo, y en qué objetos consistían en cada pueblo; pintaron sus costumbres, ya familiares, ya guerreras, ya sociales; el culto, los sacrificios y los sacerdotes; las jerarquías militares y los funcionarios públicos; la educación de la niñez, sus matrimonios y sus funerales; sus diversas artes y oficios; sus diversiones y fiestas, sus bailes y combates; las suntuosas ceremonias religiosas; sus rituales y sus diversos dioses; la cuenta del tiempo, tan admirable entre ellos; conservando así sus estudios astronómicos y cronológicos, que tanto sorprenden el ánimo, y representando también de maravillosa manera su maravillosa cosmogonía.

Llegaron los mexicanos á habituarse tanto con la escritura jeroglífica y á expresar tan bien con ella todos sus sucesos y todas sus ideas, que aun después de la Conquista, y cuando ya podían valerse de la escritura alfabética, siguieron utilizando aquélla. Así con signos figurativos ó usando de semejanzas fonéticas, escribieron las oraciones que los primeros frailes les enseñaron, buscando de esta manera un medio mnemónico de conservarlas. Continuaron en sus mismos jeroglíficos la historia de sus pueblos y de sus señores hasta mucho después de la Conquista. Pintaron esta misma Conquista



Fragmento de los títulos del pueblo de Mazatepec

según su método gráfico, siendo la pintura más famosa la conocida con el nombre de lienzo de Tlaxcalla. Fué de nuestra propiedad otro gran lienzo en que consignaron las diversas conquistas espirituales de los frailes franciscos, como en aquél lo habían hecho con las hazañas de los guerreros. Ya durante la época colonial consignaron en pinturas, ya el nombramiento de autoridades, como el gobernador, alcaldes y regidores, ya los tributos que entonces se pagaban, ya el proceso de las visitas de los delegados españoles. Siguieron conservando en jeroglíficos la genealogía de las familias; y hemos poseído uno que traía la descendencia de un cacique hasta cerca del fin del siglo pasado. No se contentaron los pueblos de indios con que sus títulos

se escribiesen con letras, ya en español, ya en mexicano; sino que siempre los hicieron constar con sus pinturas jeroglíficas: y muchas veces estas pinturas han servido de piezas decisivas de proceso en los tribunales.

Pudieron, pues, nuestros antiguos pueblos dejarnos en sus jeroglíficos, no solamente la historia de sus hechos, sino la de sus costumbres públicas y privadas, sus ideas religiosas, sus conocimientos astronómicos, su cronología y sus supersticiones, su organización política, y, en una palabra, el conjunto de su civilización. Por lo mismo, la primera fuente de nuestra historia antigua son los jeroglíficos, como obra de aquellos mismos pueblos.

Mas desde luego se presentan dos dificultades: ¿existe número suficiente de jeroglíficos para formar la historia? ¿pueden interpretarse debidamente esos jeroglíficos? Contestaremos primeramente á la segunda pregunta.

En la misma época de los indios no todos sabían leer las pinturas; hacíase en los templos la enseñanza especial de esta ciencia, y de algunos símbolos solamente tenían conocimiento los sacerdotes. Fué cosa natural, por lo mismo, que al perecer en las guerras de la Conquista esos sacerdotes, los grandes guerreros y los magistrados, cayese en olvido el conocimiento de esa lectura; y ya desde los primeros años de la Colonia, vemos que los cronistas tenían dificultad para encontrar intérpretes que les explicasen los jeroglíficos. El nuevo orden de ideas y la nueva educación fueron haciendo que más y más se olvidase esa ciencia. Llegó á tenerse por perdida la lectura de las pinturas indias, por más que algunas veces no faltó quien la emprendiese fingiendo claves inútiles, como la imaginaria de Borunda. Al fin, un estudio asiduo, una comparación incesante y profundas meditaciones, hicieron que el señor don José Fernando Ramírez, fundador de la manera de historiar que hoy seguimos, encontrase el primero el modo de leer los jeroglíficos fonéticos y figurativos. Consultando cuantas pinturas pudo haber á las manos, ya en México ya en los diversos museos de Europa, llegó á formar una gran colección de pequeñas tarjetas, cada una con un jeroglífico y su interpretación, que constituían en realidad un precioso diccionario. Su orden, división y clasificación venían á dar además algunas reglas generales para interpretarlos. El señor don Manuel Orozco, utilizando esos materiales, fijó varias de esas reglas, explicó muchas figuras é hizo un ensayo de diccionario explicativo de los principales signos figurativos, fonéticos é ideográficos. Nosotros nos atrevimos á dar una regla general para interpretar los fonéticos, diciendo que los jeroglíficos se leen de la misma manera que se forman las palabras compuestas en mexicano. Y llevamos nuestra audacia hasta estudiar la lectura de mucho mayor número de signos figurativos é ideográficos, emprendiendo la de los simbólicos. Acaso el estudio de muchos años, puede darnos la esperanza de no habernos equivocado.

La primera pregunta que vamos ahora á contestar, sobre si existen jeroglíficos suficientes para escribir la historia, es muy natural é importante, pues bien sabido es que perecieron los grandes archivos de pinturas que tenían los indios, y aun há poco se ha suscitado una calurosa polémica sobre si el principal culpable de esa destrucción fué el obispo Zumárraga, á quien se ha llamado el Omar de Occidente. Para poder resolver la contienda debemos tomar en cuenta diversas clases de destrucción. Primeramente las que hubo antes de la Conquista, porque era costumbre en las guerras, al tomar un pueblo por la fuerza, incendiar su templo, con el cual perecían naturalmente los archivos de pinturas; y ya se comprenderá cuántas perecerían en las incesantes luchas que tenían los pueblos unos con otros. En segundo lugar debemos tomar en consideración las guerras y los incendios de templos durante la Conquista; y no solamente por los mismos conquistadores, sino por los numerosos indios que los acompañaban, los cuales, siguiendo sus inveteradas costumbres, quemaban naturalmente los archivos y templos de los vencidos. Poco quedó sin duda después de tan grandes destrucciones, y entonces se presentó como causa lógica para continuarlas, el celo religioso de los misioneros, que tenían esas pinturas como obra del demonio. Y sin embargo, salvaron no pocas, al mismo tiempo que en sus crónicas conservaban la historia antigua de los indios. Pues todavía tenemos que agregar otra causa de destrucción: nuestro propio abandono. Existieron en tiempos atrás varios jeroglíficos en las bibliotecas de los conventos, especialmente en los de San Pedro y San Pablo y San Francisco, y no ha quedado ni rastro de ellos. La magnífica colección que logró reunir Boturini, y de la cual fué desposeído, pasó á la Secretaría del Vireinato, y no existe. Aun de los pocos jeroglíficos del Museo, algunos se han extraviado: se ignora el paradero del lienzo de Tlaxcalla y del cuadro de la peregrinación azteca. Pero á pesar de tantas pérdidas, la suerte ha querido que se conservasen los suficientes para guardar la historia, debiéndose en este sentido un señaladísimo servicio á lord Kingsborough, que en lujosísima edición publicó la mayor parte de los existentes en los museos de Europa, y aun algunos poseídos por particulares. Vamos á dar razón de los que principalmente pueden ser útiles para escribir la historia. Y debemos advertir que en cuanto á la relación de los hechos, no existen jeroglíficos que se refieran á épocas anteriores á la peregrinación de los aztecas; sin que podamos afirmarlo respecto de los mayas, pues sus pinturas nos son hasta ahora ininteligibles. Ixtlilxóchitl dice que tuvo á la vista jeroglíficos de la historia tolteca; Boturini cataloga uno en su Museo, y M. Aubin pretende tenerlo; pero no lo conocemos. Veamos aquellos de que podemos disponer.

PEREGRINACIÓN AZTECA. Tenemos sobre esta peregrinación principalmente dos itinerarios jeroglíficos. Es el primero un cuadrado de papel de maguey, de una vara menos tres pulgadas de largo por dos tercias menos pulgada y media de ancho, en que están pintados con colores las tribus peregrinas y los jeroglíficos de los lugares en que hicieron estancia; por medio de una línea azul se marca la dirección del viaje, y esta línea, para aprovechar el espacio, va haciendo diversas curvas en varios sentidos. Están pintados los sucesos más importantes acaecidos durante la peregrinación, y algunas veces los años de cada estancia, aunque generalmente la cronología está marcada sólo de ciclo en ciclo de 52 años. Este jeroglífico, por lo primitivo de su pintura y el desigual orden en ella seguido, así como por la sencillez con que marca la cronología, acusa una gran antigüedad, y está considerado con razón como indiscutiblemente auténtico. Es muy famoso porque de él se sirvieron los cronistas que querían probar la conformidad de las tradiciones indígenas con el relato bíblico, pues pretendieron ver consignados en él el diluvio universal, el arca de Noé, la torre de Babel, la confusión de las lenguas y la dispersión de los pueblos en la llanura de Seenar. Por fin el señor Ramírez demostró que no es otra cosa que el viaje de los aztecas por nuestro valle, desde su primera estancia en el señorío de Culhuacan hasta la fundación de la ciudad de México. De la historia de este jeroglífico sabemos únicamente que perteneció al sabio jesuita Sigüenza y Góngora; lo facilitó á Gemelli Carreri, y éste lo publicó por primera vez en su *Giro dil Mondo,* á fines del siglo XVII. Como Sigüenza heredó las pinturas del célebre don Fernando Alva Ixtlilxóchitl, es de suponer que el jeroglífico perteneció á este historiador. A la muerte de Sigüenza, quedó con sus demás papeles en la biblioteca del colegio de jesuitas, en donde Clavigero da razón de que se conservaba hasta el año 1759. Clavigero, en el tomo II de su Historia, publicó en 1780 un fragmento, dando opuesta dirección á las figuras, y refiriéndolo al diluvio y á la confusión de las lenguas. Cuando Humboldt estuvo en México, buscó en vano esa pintura; aun cuando la publicó en su obra grande *Vues des Cordilleres*, bajo el número 32 de sus láminas. Es de suponerse que á la expulsión de los jesuitas, quedó la pintura en la biblioteca de la Profesa, ya porque ahí se encontraron varios papeles de Sigüenza, ya por la circunstancia de haberse hallado después en poder del padre Pichardo. Esto podía hacer creer también que hubiese pertenecido al famoso Gama, pues los papeles de éste paraban en poder del padre Pichardo. Hay además que considerar que, según el señor Gondra, el padre Pichardo de la Profesa fué albacea de don Antonio León y Gama, y éste heredero de don Carlos Sigüenza y Góngora. De la testamentaría del padre Pichardo lo compró don J. Vicente Sánchez, y lo donó al Museo. Ya no está en él; pero tengamos la esperanza de que algún día lo restituyan. Muchas veces y en diversas obras se ha publicado esta pintura; pero su edición más importante fué la que, en tamaño reducido y con colores, hizo el señor don José Fernando Ramírez en el Atlas del señor García Cubas: la acompañó de una explicación é interpretación marginales, que aun cuando no fueron completas han sido importantísimas, no solamente por ser las primeras dignas de fe, sino porque dieron ocasión para desvanecer las patrañas de los que han querido ver en los jeroglíficos de los indios el diluvio bíblico, la torre de Babel y la confusión de las lenguas. Después se han publicado dos interpretaciones más extensas: una en la *Historia de México* del señor Orozco y la otra en el *Apéndice* á la *Historia de las Indias* del padre Durán. Para distinguir esta importantísima pintura la llamaremos jeroglífico de Sigüenza.

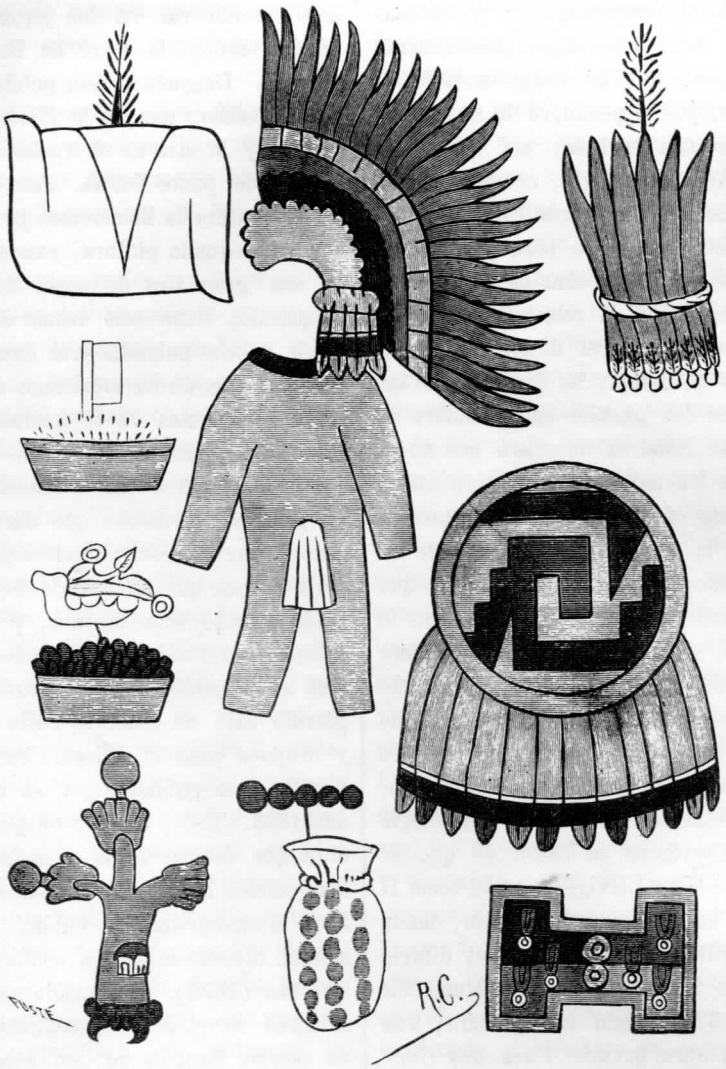
Lá segunda pintura, existente todavía en el Museo, es una gran tira de papel de maguey perfectamente preparado; tiene seis varas diez y siete pulgadas de largo, y ocho pulgadas tres líneas de ancho. Abraza la peregrinación de los mexicanos desde su salida de Aztlan hasta poco antes de la fundación de México, pues le falta un pequeño pedazo al fin. Tiene la cronología año por año y marca las estancias de la tribu viajera y los principales sucesos que durante la peregrinación le acaecieron. No está pintada con colores, sino con negro; pero la línea que va uniendo los años es roja. Torquemada conoció esta pintura, y se refiere á ella en su *Monarquía Indiana*. Después perteneció á Boturini, y está en el catálogo de su Museo bajo el número uno del párrafo VII. Se conservó en la Secretaría del Vireinato, y después pasó al Museo. Parece que el de Londres la pidió para publicarlo, y se entregó á M. Beuloch el año 1823. Éste, además de publicar el jeroglífico en su obra que dió en París á la estampa el año siguiente, hizo edición aparte de él con sus dimensiones exactas. Lord Kingsborough lo publicó también en su tamaño, aunque dividiéndolo para conformarse á la paginación de su obra (1829). Reclamado por México, el Museo de Londres devolvió el jeroglífico, y hoy se encuentra en nuestro Museo. Se han hecho diversas publicaciones de él en tamaño reducido; pero la más importante, en tamaño reducido también, y tomando la forma renglonaria para que quedase como un cuadro, fué la publicada por el señor Ramírez en el Atlas del señor García Cubas. Le acompañó también de una explicación marginal, y también se han publicado explicaciones de él en la Historia del señor Orozco y en el Apéndice al padre Durán. A este jeroglífico lo llamamos la tira del Museo.

Estos dos jeroglíficos, sumamente auténticos y perfectamente interpretados, son base suficiente para escribir la Peregrinación azteca; pero tenemos además pinturas que abrazan mayor período de la historia y

que nos suministran también muy buenos datos del referido viaje.

Historia de México. Al tratar este punto, debemos manifestar que las principales pinturas jeroglíficas que existían en Europa fueron publicadas en lujosísima edición por lord Kingsborough en Londres, en 1831, bajo el título de *Antiquities of Mexico:* formó su colección de siete volúmenes en gran folio, á los que más tarde se agregaron otros dos. Contiene su colección crónicas y escritos muy importantes; pero la parte más interesante de ella es la reproducción con colores que de interesantísimos jeroglíficos hace en los tres tomos primeros. Seguiremos el orden de la obra para hablar de ellos.

Códice Mendocino. Deriva su nombre de don Antonio de Mendoza, primer virey de México, que lo mandó hacer para enviarlo á Carlos V. Hecho poco después de la Conquista, está pintado en papel europeo;



Códice Mendocino.— Tributos

pero sus autores eran peritos en su arte, pues las figuras tienen todo el carácter de los jeroglíficos antiguos. No sabemos acertivamente si es obra original de los indios instruídos, que al efecto comisionó Mendoza, ó copia de diversas pinturas antiguas que se coligieron en este Códice. Esta parece ser la opinión del señor Ramírez, porque al autor le llama copiante. En la publicación de Purchas se da á entender que son pinturas originales, pues se dice que no sin gran trabajo sacó el Virey de manos de los indígenas la Historia con su interpretación en lengua mexicana, la que hizo traducir al español. El señor Orozco, al decir que la colección fué formada por indígenas entendidos, parece inclinado á creer, que si bien no son las pinturas anteriores á la Conquista, fueron hechas por historiógrafos del antiguo imperio mexicano y son originales de ellos. Nosotros creemos que son copia perfecta de varios jeroglíficos antiguos, que se unieron en colección para formar un cuerpo completo de la historia de los mexicanos. Esto fué lo que quiso enviar á Carlos V el virey Mendoza y esto lo que encargó á algunos indios de los más inteligentes que habían sobrevivido al

derrumbamiento del señorío de Moteczuma. Hay un dato importantísimo para creerlo: la segunda parte del códice es una copia con ligeras variantes del libro de tributos que original existe en el Museo. De todas maneras debemos considerar estas pinturas como copia auténtica, y pudiéramos decir oficial, y por lo tanto como un documento importantísimo para nuestra Historia.

Formada la colección y escrita la interpretación de ella, fué desde luego mandada por el Virey al Emperador, probablemente en el año de 1549, en la flota que zarpó de la Veracruz. Pero el navío que la llevaba fué apresado por un corsario francés y las pinturas fueron á parar á poder de Andrés Thevet, geógrafo del rey de Francia. Debió adquirirlas en 1553, fecha que agrega á su nombre al fin de la interpretación, habiendo puesto antes en la primera pintura: *A. Thevet Cosmographe du Roy*. A la muerte de Thevet, sus herederos vendieron el códice á Ricardo Hakhuyt, capellán de la embajada inglesa en París en 1584. Más tarde, 1625-26, se publicó en Londres en la obra de Samuel Purchas, intitulada *Pilgrimes*. Tomando las estampas de esta obra, hizo también edición, aunque defectuosa, Thevenot en 1696, poniendo en francés la interpretación. En 1652 había publicado en Roma algunas láminas el padre Kircher, en su obra *Œdipus*. El códice pasó á la Biblioteca Bodleiana, y lo insertó íntegro y con colores en su colección lord Kingsborough. Con colores también está haciendo una edición reducida el Museo en sus anales.

Hemos dicho ya que el Museo posee un original en papel de maguey de la Matrícula de tributos, semejante á la segunda parte del códice Mendocino, conteniendo además la pintura de las dos últimas láminas de la primera parte, lo que confirma que el códice es una copia de originales mexicanos. Esta matrícula perteneció á Boturini, y pasó en 1743 á la Secretaría del vireinato. En 1770 la publicó en México el arzobispo Lorenzana, acompañándola á las Cartas de Cortés: la edición es de treinta y una láminas, que corresponden á las diez y seis hojas del original que están pintadas por ambos lados.

Según Clavigero, las pinturas del códice son sesenta y tres, pero en la cuenta que de ellas hace salen cincuenta y tres solamente. En la edición de Thevenot faltan las pinturas XXI y XXII, y la mayor parte de las ciudades tributarias. En Kingsborough son setenta y tres. Entre éstas y las de Purchas hay diferencias, no solamente en el dibujo, sino también en el orden.

Describiremos el códice tal como está en Kingsborough, y creemos que lo dicho basta para comprender su importancia, y podemos agregar su autenticidad, como colección de pinturas mandada formar por el primer virey, para enviarla al emperador Carlos V.

El códice se compone de tres partes: la primera contiene los anales del señorío de México, desde la fundación de la ciudad, llevando la cuenta de años, año por año, marcados en una faja azul que corre de arriba abajo por la izquierda, y que cuando es necesario sigue por debajo y sube por la derecha. Esta primera parte se compone de diez y ocho láminas: arriba de la primera dice en letra de la época: *número de años;* y al fin de la última, se lee de la misma letra: *fin de la partida primera de esta ystoria*. No se pueden llamar completos estos anales, porque se reducen á marcar el período de cada reinado y los pueblos que durante él conquistaron los mexicanos, sin entrar en otras particularidades ú otros hechos notables de la historia; pero son importantísimos, ya por lo bien determinado de su cronología, ya porque nos dan á conocer con precisión las guerras y el creciente progreso del señorío de México. Es de advertir que concluyen con el reinado de Moteczuma; pero no abrazan la Conquista.

La segunda parte es el libro de tributos, y tiene treinta y nueve láminas. Ésta es muy interesante, no sólo porque nos presenta la gran extensión del poderío de México y la multitud de pueblos lejanísimos adonde llevó sus armas victoriosas y á los cuales sujetó al pago de tributos, sino que expresados éstos claramente en su cantidad y calidad, forman una estadística completa de los productos é industria de aquellos pueblos y aquellos tiempos, poniendo de manifiesto el riquísimo contingente que traían las ciudades tributarias, ya en maíz, frijoles y bledos, ya en lujosas mantas, vestimentas y armas de guerra, en águilas vivas y plumas de quetzal, en turquesas y oro en barras ó en polvo, y en cuanto el trabajo del hombre ó la prodigalidad de la naturaleza producían en estas vastas regiones.

La tercera parte tiene quince láminas, advirtiendo que en la última se comprenden las pinturas números setenta y dos y setenta y tres. Esta parte es la más importante, porque nos presenta minuciosamente las costumbres de los antiguos mexicanos. Comienza por el nacimiento de un niño y las ceremonias que entonces se hacían; sigue en varias láminas la educación de los niños desde la edad de tres hasta la de quince años, y se ocupa después de los matrimonios y sus ritos. A continuación está representada la educación de los mancebos en los colegios de los templos, y su instrucción en el ejército. Siguen los guerreros, sus armas, sus triunfos, grados y premios; los oficiales civiles, embajadores y mercaderes; los tribunales y manera de hacer justicia. Están después los diversos oficios é industrias, como los de carpintero, lapidario, pintor, guarnecedor de plumas y platero, y las fiestas y juegos que usaban. Al fin vienen los grandes delitos y las terribles penas con que se castigaban. Y de esta manera en diez y seis pinturas únicamente, tenemos toda la vida social y doméstica de aquella gran nación. Con justicia se considera este códice como una de las fuentes principales de nuestra historia.

Códice Telleriano-Remense. Éste es el segundo publicado en la colección de Kingsborough. Formó su

nombre de Le Tellier, arzobispo de Reims, á quien perteneció. Hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de París. Humboldt fué el primero que lo dió á conocer, y manifestó que era copia y que se ignoraba su procedencia. Nosotros lo hemos tenido en nuestras manos, y es en efecto copia pintada en papel europeo. La ejecución de las figuras y el carácter que conserva la pintura dan á conocer que la copia se hizo por mano inteligente en México, poco después de la Conquista. Según el señor Ramírez, se notan algunos descuidos é interpolaciones europeas, como la representación de las estrellas en el eclipse de 1496, cuya figura, semejante á la que hoy se les da, es diferente de la que usaban los mexicanos. Pero estas pequeñeces en nada quitan su autenticidad é importancia al códice. Confrontando las fechas que se citan en su interpretación, puede fijarse á la copia el año de 1562, que es además el marcado en el último cuadrete de la pintura.

Los caracteres crónicos de este códice son semejantes al del Mendocino; pero los cuadretes tienen fondo rosado con orla azul y los signos son amarillos. La cronología sigue año por año, y la mayor parte de las veces en fajas horizontales unidas; otras los signos están separados, y algunas tienen dirección vertical como en el Mendocino: los últimos cuadretes no contienen signos ni están pintados de colores, sino que únicamente se ve en ellos la fecha europea puesta por el intérprete.

El códice se compone de dos partes distintas, una cronológica y otra histórica. La primera comienza con tres láminas que contienen los símbolos de los doce últimos meses del año; faltan por lo mismo los de los seis primeros, que debían estar sin duda en dos hojas perdidas. Sigue el calendario del año religioso ó *tonalámatl* en otras treinta y tres láminas, y también está trunco en el principio, pues le faltan siete. Mas la disposición especial de este calendario, los símbolos, fiestas y dioses que comprende, jeroglíficos cuya inteligencia é interpretación nos causó larguísimas labores, lo hacen sumamente importante en cuanto se relaciona á la cronología, teogonía y ritos de los mexicanos.

La parte histórica principia por la peregrinación azteca, faltándole el principio, y nos proporciona datos muy interesantes que no se hallan en las dos pinturas citadas sobre dicho viaje, ya respecto de las estancias y contiendas de la tribu peregrina, ya sobre los diversos sucesos que en aquel tiempo acaecieron. Viene esta pintura á ser complemento importantísimo de las otras dos. Abraza este período ocho láminas y no está completo, pues le falta el fin de la peregrinación. Sigue la historia del señorío de México, pero faltándole la pintura relativa á la fundación de la ciudad. La historia de los señores de México se contiene en diez y nueve láminas, de las cuales están invertidas las tres primeras. Es esta parte complemento perfecto de la del Mendocino; no tiene, como ella, la numeración exacta de los pueblos conquistados, pero consigna las principales guerras, y otras particularidades como dedicación de templos, hambres, inundaciones, pestes, terremotos, eclipses y aparición de cometas. Concluye con seis láminas, que abrazan desde la Conquista hasta 1549, siendo el último suceso en ellas señalado la muerte del primer obispo de México, don fray Juan de Zumárraga. Hay todavía una lámina con seis caracteres de años, y siete cuadretes sin caracteres.

Basta la simple enunciación de lo que comprende este códice para persuadirse de que, aun trunco como está, es importantísima fuente de nuestra historia.

Códice Vaticano. Se conserva en la Biblioteca del Vaticano bajo el número 3738. Es copia en papel europeo é igual al códice Telleriano-Remense; pero tiene la ventaja de estar completo. La ejecución artística es más incorrecta, precisamente porque es más fiel al original. Se encuentran algunas variantes entre ambos códices, lo que acusa mayor cuidado en el copista del Vaticano; pero no puede desconocerse que ambos son copias de un mismo original. Esta copia fué hecha por el dominicano fray Pedro de los Ríos hacia el año de 1562; y sin duda desde entonces estuvo en la Biblioteca del Vaticano, pues Acosta da razón de haberla visto ahí á fines del siglo XVI.

Tiene una primera parte que falta al Telleriano, y que podemos llamar cosmogónica. Abraza la creación de los cielos, de la mansión y dioses infernales y el viaje de los muertos; el árbol que mana leche para alimentar á los niños que han de volver á la vida; la creación de la luna; los cuatro soles ó épocas; y los períodos astronómicos y fábulas de *Quetzalcoatl,* ya como lucero del alba, ya como estrella de la tarde: todo esto en nueve láminas que comprenden diez y seis pinturas. Esta parte nos ha servido mucho para estudiar las ideas religiosas primitivas y las cosmogónicas de los pueblos nahoas; su adoración á los astros y admirable combinación de sus cursos; sus ideas filosóficas sobre la creación y la inmortalidad del alma, para poder explicar los fenómenos celestes que se velaban en el misterio de sus portentosas leyendas y para comprender sus grandes edades ó soles, los cataclismos en que aquellas razas perecieron, siendo al mismo tiempo datos suficientes estos para fijar la antigüedad del pueblo nahoa.

La parte cronológica se compone del calendario que está primero en cuarenta láminas y de los símbolos de los meses que aquí están después; están completos y varía su disposición algo respecto del Telleriano. Los meses están en cinco láminas que abrazan diez y ocho pinturas; y hay que agregar otra lámina que representa al sol en figura varonil, rodeado de los veinte símbolos de los días.

Siguen nueve láminas, que faltan también en el códice Telleriano, y que se refieren á los sacrificios, fiestas y

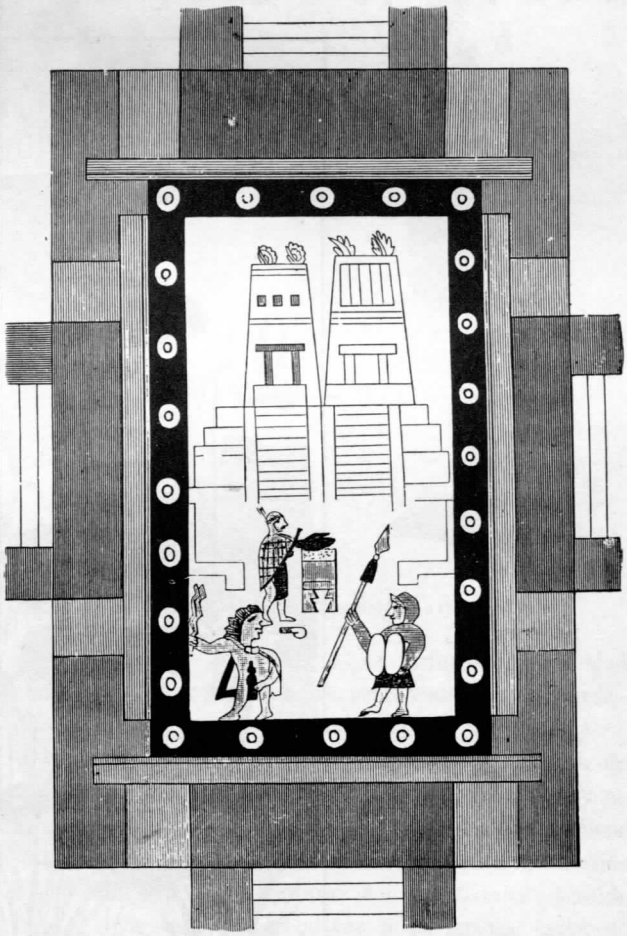
ceremonias de los sacerdotes; dándonos á conocer además los verdaderos y vistosos trajes de los guerreros y jefes, de los hombres del pueblo y magistrados, y aun nos presentan dos tipos de muy bellos colores de trajes de mujeres, de diferentes y vistosos tejidos.

La parte histórica principia con la peregrinación desde Aztlán y la salida de las tribus de Chicomoztoc: ésta tiene doce láminas con quince pinturas, y es curiosa en episodios, sobre todo en lo relativo á la guerra de Chapultepec y á la servidumbre de los mexica en Culhuacán, siendo minuciosa respecto á la fundación de la ciudad. Las tres primeras láminas de los reyes están invertidas como en el códice Telleriano, y la historia del señorío de México, semejante, pero más perfecta que la de aquel códice, comprende diez y siete láminas con treinta pinturas. Concluye el códice con nueve láminas, desde la Conquista hasta la muerte del obispo Zumárraga. Al fin tiene una faja de años, que terminan con el de 1562. Sólo hay que advertir que los signos crónicos son iguales y tienen la misma disposición que en el Telleriano; son también amarillos, pero los cuadretes tienen fondo azul con orla roja.

Si hemos considerado tan interesante el códice Telleriano, su semejante de la Biblioteca Vaticana es sin duda de mayor valer, siquiera sea porque está completo: de manera que puede llamársele fuente preciosísima de nuestra historia.

Libro de tributos al templo. Hemos hablado ya de los tributos que al señorío de México daban los pueblos conquistados, y de los dos libros que existen, la copia del códice Mendocino y el original del Museo. Está reproducido en la colección de Kingsborough un jeroglífico que nadie ha explicado ni dado cuenta de su significación: es la estadística de los tributos que en épocas determinadas del año y en fiestas señaladas daban al templo mayor varios señoríos, comenzando por el de México. Perteneció esta pintura al barón de Humboldt, quien la depositó en la Biblioteca de Berlín. En el original es una tira larga, que debe leerse de abajo arriba y de derecha á izquierda; pero en el de Kingsborough está dividida en diez y ocho láminas, debiendo comenzarse la lectura por la última. Los tributos consisten principalmente en mantas para los sacerdotes, copal ó incienso y espinas para el culto y maderas para el templo, no faltando turquesas y esmeraldas. Estas son las pinturas históricas que encontramos en la colección de lord Kingsborough: existen separadamente otras de que vamos á ocuparnos.

Códice Aubin. M. Aubin, que há más de cuarenta años tenía en México un colegio, formó una preciosa colección de manuscritos y jeroglíficos que ahora conserva en París. Sumamente avaro de su riqueza arqueológica jamás la había querido dar á conocer, habiéndose contentado con escribir y publicar en París, en 1851, una Memoria sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos. En ella da razón de sus conocimientos en la lectura jeroglífica, y son ya importantes, aunque no muy adelantados. Da además cuenta de los manuscritos y pinturas de su colección: da en primer lugar noticia de la historia tolteca, anales pintados y manuscritos en *náhuatl*, en cincuenta hojas, papel europeo, con figuras que representan sus altos hechos, sus expediciones, sus batallas y los personajes de esa nación, con los símbolos de los días y de los años en que pasaron los sucesos. Se comprenderá inmediata-



Códice Aubin.—Ataque del Templo

mente la importancia de ese documento; pero por desgracia, como ya hemos dicho, permanece desconocido y ni el señor Ramírez pudo verlo nunca. Pero sí pudo convencer á M. Aubin para que se publicasen otras de sus pinturas, y entre ellas el códice de 1576, al que hemos impuesto el nombre de su poseedor, por el gran servicio que ha hecho dándolo á la estampa. Fué de Boturini y lo catalogó en el número 14 del párrafo VIII. Es una historia de los mexicanos, parte en figuras y caracteres y parte en prosa *náhuatl*, escrita por un anónimo en 1576, y continuada por otros autores indios hasta 1608. El texto mexicano es la explicación de las figuras.

El códice, que en el original tiene setenta y nueve fojas, en la reproducción está en ciento cincuenta y ocho páginas: la parte jeroglífica se ha litografiado con sus colores, y el texto está intercalado en la pintura en mexicano y con el mismo carácter de letra del autógrafo. Los signos crónicos son azules, y están en cuadretes rojos con orlas azules. Los años generalmente van en fajas de arriba abajo, como en el códice Mendocino, y algunas veces horizontalmente, de izquierda á derecha. Comienza con el ciclo de cincuenta y dos años en las dos primeras páginas. Sigue en cuarenta y tres páginas la peregrinación, desde Aztlán hasta la fundación de la ciudad de México. Este viaje es casi igual al de la tira del Museo, y la completa en la parte que le falta desde la servidumbre de Culhuacán hasta el fin de la peregrinación. En treinta y dos páginas sigue la historia de los señores de México, marcando los años de cada reinado, y algunos sucesos como dedicación de templos, plagas de langosta, nevadas y peste, feracidad, algunas guerras, terremotos y eclipses, señalando con un buque adornado de cruces el desembarco de los españoles. Las cincuenta y seis páginas siguientes hasta el fin abrazan desde la

Atlas de Durán. — Fundación de México

Conquista al año 1606: están llenas de importantísimos sucesos.

Con este códice publicó M. Aubin otro de diez y nueve páginas, también con colores. Dedica cada página á uno de los señores de México, anotando únicamente la duración de su reinado: para esto se vale de pequeñas ruedas azules que semejan turquesas, usando del signo del número 20 cuando es necesario. Después de los señores de México, continúa la cronología y algunos hechos notables, hasta el año de 1607. Le llamaremos, pues, el códice de 1607.

Atlas del padre Durán.—Códice Ramírez. A la *Historia de las Indias de Nueva España* del cronista dominicano, acompaña un copioso atlas jeroglífico, que se ha publicado con los colores de las pinturas del original. En éste esas pinturas están á la cabeza de los capítulos. En el atlas se dividen en tres partes ó tratados. Después de una portada que representa á los mexicanos en su primitiva patria, sigue el tratado primero con treinta y dos láminas que comprenden sesenta y dos pinturas; la primera es relativa al viaje de los azteca, las veinticinco siguientes se refieren á los

señores de México y á los principales sucesos que en su tiempo acaecieron; después hay cinco que se ocupan de la Conquista, y la última del tratado representa la fundación de la ciudad de México. El tratado segundo tiene once láminas, y en ellas treinta y cuatro pinturas relativas á los dioses, templos, ceremonias del culto, sacrificios y fiestas religiosas, danzas y juegos públicos. El tratado tercero se ocupa del calendario, y tiene seis láminas con veintidos pinturas. En todo tiene el atlas ciento diez y ocho pinturas muy interesantes.

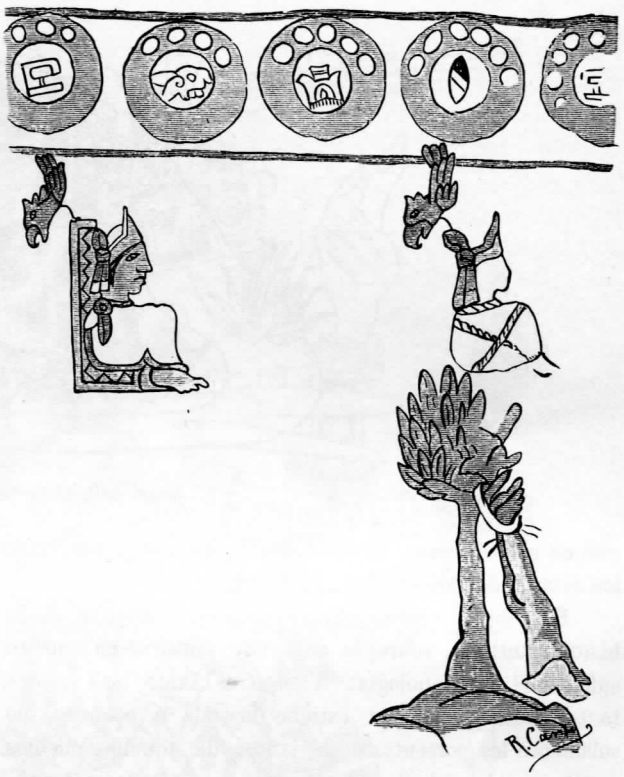
Creemos que estas pinturas son copia de algún códice indio, porque son semejantes á las de su congénere el códice Ramírez. Pero si el copista en éste, en donde están simplemente á tinta, imitó exactamente las figuras del original, el de las pinturas de Durán quiso adornarlas y corregir su mala forma, y naturalmente las adulteró. Por lo tanto, estas pinturas, en el fondo de lo que representan, son auténticas y deben tomarse como buena fuente; pero debe desconfiarse de lo que se refiere á forma.

Las estampas del códice Ramírez son treinta y dos: cuatro tratan de la peregrinación, doce de los señores de México, doce de los dioses, ritos, sacrificios y fiestas, dos del calendario y dos de la Conquista.

Debemos agregar que como apéndice al atlas de Durán, hay un códice cuyo original existe en poder de M. Aubin, y que con sus colores se ha reproducido fielmente. Tiene diez y seis láminas con veintitres pinturas que se refieren á los dioses, meses y sus fiestas religiosas. Es muy notable este códice, y él nos ha dado la verdadera forma, tanto tiempo discutida, del templo mayor de México.

Tira de Tepéchpan. Tiene seis metros cuarenta y nueve centímetros de largo por veinte centímetros de ancho. También ha sido publicada con colores por M. Aubin. Perteneció también á Boturini, que la cataloga en el número 4 del párrafo III, diciendo: «Otro Mapa grande en papel Indiano, extendido como una faxa. Parte las Figuras de arriba, y de abaxo con los Caracteres de los años, que van corriendo por el medio. Representa la sucesión de varios Señores Chichimecas y Mexicanos, y cosas acaecidas á las dos Monarquías.» Aubin agrega con razón, que es propiamente la historia sincrónica de Tepéchpan y de México. Además del original, dice que tiene la copia hecha por el padre Pichardo y una calca de la que habla Boturini, conservada en el Museo.

En efecto, la litografía tiene en colores la reproducción del original; pero como tanto la copia del padre Pichardo como la que fué del Museo, donde ya no existe, eran algo más grandes, se indica su mayor extensión con líneas y caracteres negros. Comienza el jeroglífico desde el año *ce tochtli* 1298; indica la peregrinación de los mexicanos y su estancia en Culhuacan; pone la fundación de la ciudad, y sigue con la cronología de los reyes, indicando algunos sucesos, como la destrucción del señorío tepaneca; llega después á la Conquista y continúa hasta el año 1589. Desde el año 1533 faltan ya los colores. Interesante es esta tira



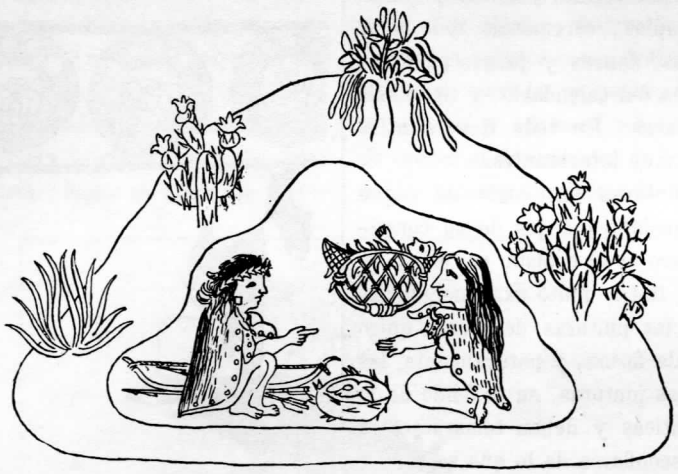
Mapa de Tepéchpan. — Ejecución de Cuauhtemoc

de Tepéchpan; pero acaso su principal curiosidad consista en habernos dado la representación del verdadero suplicio y muerte de Cuauhtemoc.

Estos son los datos jeroglíficos que en forma de códices tenemos sobre la historia de los mexicanos, y no faltan otras pinturas aisladas que vienen á contribuir al mismo objeto. Por lo que hace á los otros señoríos ó pueblos, no existen pinturas con su historia, y solamente conocemos dos relativas á la famosa corte de Texcuco.

Historia del señorío de Aculhuacan. También estos dos jeroglíficos pertenecen á la colección Aubin, y han sido publicados en negro. Ambos fueron del famoso Museo de Boturini, y los cataloga en el párrafo III, números 1 y 3. Dice de ellos: «1. Un Mapa de exquisito primor en papel Indiano, como de marca mayor, donde se ven, con Figuras y Caracteres, historiados los principios del Imperio Chichimeco, desde *Xólotl* hasta *Netzahualcóyotl*, después que recuperó el Imperio del poder del Tirano *Maxtlaton*. Tiene 6 fojas y 10 páginas útiles en un todo pintadas, cuyas dos primeras llevan insertos unos renglones en lengua *Náhuatl*, casi borrados de la antigüedad. Tuvo este Mapa en su Librería el mencionado Don Fernando *Ixtlilxóchitl*, y le sirvió para escribir la Historia del mismo Imperio, como consta

de Testimonio.»—«3. Otro Mapa en una Piel curada, donde se pinta la Descendencia, y varios parentescos de los Emperadores Chichimecos, desde *Tlótzin* hasta el último Rey Don Fernando Cortés *Ixtlilxóchitzin*. Lleva varios renglones en lengua *Náhuatl.*» En la impresión se puso cada una de estas pinturas en una tira ancha, dándoles respectivamente los nombres de mapa *Quinátzin* y mapa *Tlótzin*. Ambos mapas, además de los datos



Mapa Quinátzin.—Chichimecas trogloditas

que en sí encierran, sirven para confrontar y confirmar los relatos del historiador Ixtlilxóchitl.

Hay otra materia importantísima, relativa á la historia antigua, sobre la cual hay pinturas en número suficiente: la cronología. Y esto es tanto más importante, cuanto que su estudio nos da á conocer, no solamente los portentosos adelantos de aquellos pueblos en la medida del tiempo y sus conocimientos astronómicos, sino que nos revela por completo su teogonía, el verdadero carácter de sus creencias, nos descubre sus ideas filosóficas y morales, nos enseña sus fiestas, ritos y ceremonias, y por las costumbres religiosas nos hace entrar en su verdadera vida civil; y por último, al darnos el verdadero sentido de las leyendas históricas, nos pone de manifiesto la causa de la grandeza y decadencia de aquellas razas, en cuya alma al fin podemos decir que penetramos. Los estudios de esta parte jeroglífica eran desconocidos. Gama los había emprendido; pero su manuscrito se perdió. Fábrega escribió un libro; mas no se publicó. Veamos las pinturas que hay y cuáles hemos estudiado. Ya hemos visto que los códices Telleriano y Vaticano, sobre todo este último, abrazan una parte importantísima de ese estudio. En la colección de lord Kingsborough hay además los siguientes códices dedicados especialmente á dicha materia.

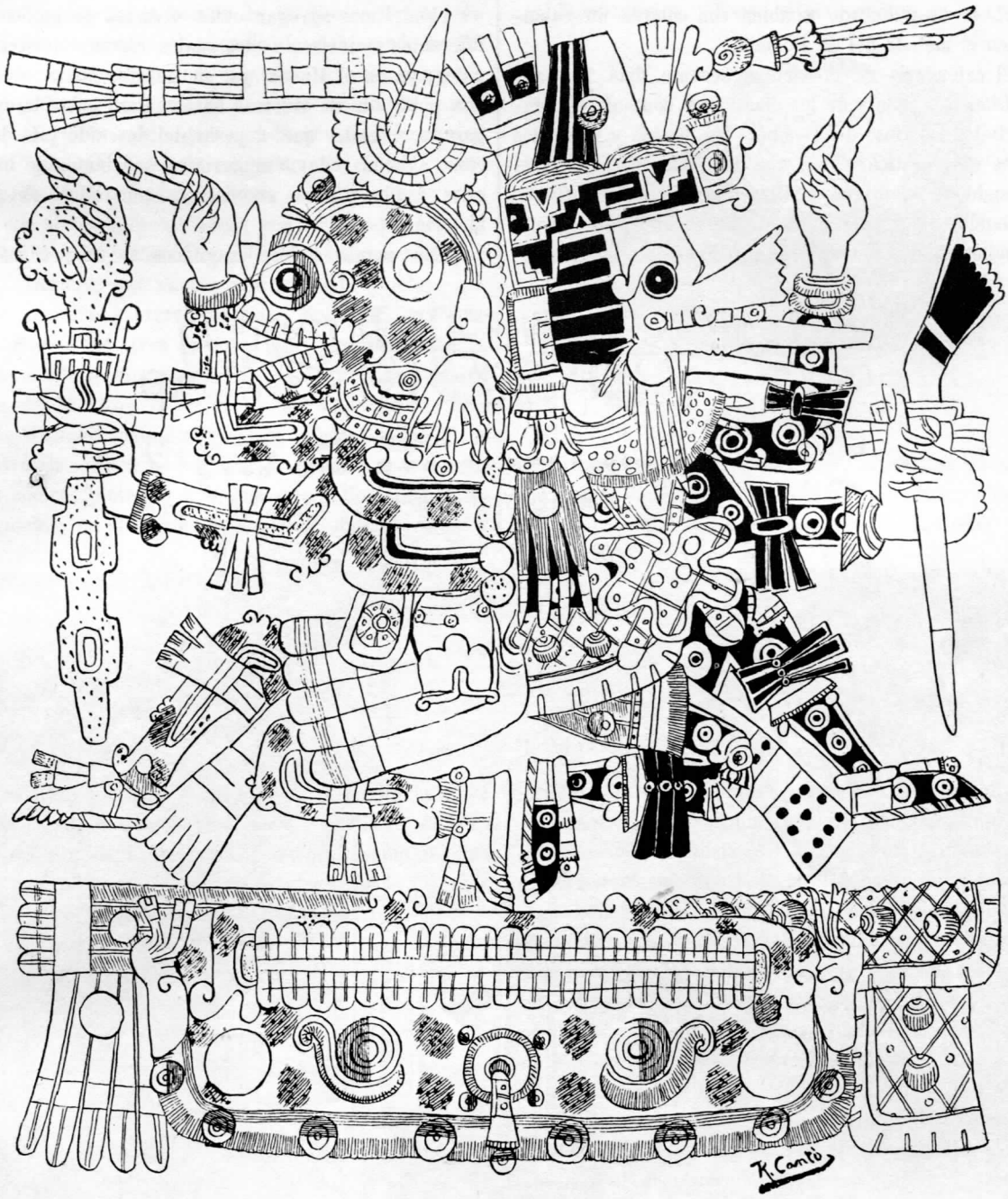
En el primer tomo dos códices que el señor Orozco y yo hemos creído mixtecos, y que nunca se han estudiado. Los originales se encuentran en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Allí mismo existe otra pintura muy interesante, que Kingsborough publica al fin de su primer tomo, y que nosotros hemos explicado: es una completa exposición de la cosmogonía mexicana, y de las bases y orígenes del calendario.

En el tomo segundo del Kingsborough hay las siguientes pinturas sobre la materia. El códice que hemos llamado Laudense, de cuarenta y seis páginas, y que es un calendario ritual y astronómico. Se encuentra también el original en la Biblioteca Bodleiana. El códice de la Biblioteca de Bolonia, calendario astronómico de veinticuatro páginas. El Clementino, que llamamos así por haber pertenecido á Clemente VII, á quien lo donó el rey Manuel de Portugal; calendario ritual mixteco de sesenta y cinco páginas, notable por la belleza de los colores de la pintura: se conserva el original en la Biblioteca de Viena.

En el tomo tercero del Kingsborough están los códices más importantes y que más hemos estudiado. El Borgiano, que se tiene por la más hermosa y más interesante pintura que nos haya quedado de la antigua México, y que está reproducido en setenta y seis páginas. Es un admirable calendario civil, ritual y astronómico, portento de la ciencia de aquellos pueblos. De este códice solamente pudimos saber en Roma, que una vez jugaba con él y lo estaba quemando, un niño hijo del conserje del palacio del príncipe Justiniani, sin que se haya podido saber de dónde lo había tomado. El príncipe lo recogió, y hacia fines del siglo anterior pasó á poder del cardenal Borgia y formó parte de su museo de Velletri, en donde lo vió Humboldt. Más tarde pasó á la *Propaganda Fide* de Roma; allí se conserva, y allí lo examinamos. Es una banda larga de piel gruesa, preparada con arcilla blanca, de 25 ½ centímetros de ancho, doblada en forma de libro y pintada por ambos lados. Abierto presenta dos ó más páginas para verse donde se necesita, y extendido aparecen treinta y ocho páginas por lado, en todo setenta y seis. La dificultad principal para leer este códice, consiste en acertar con el extremo que deba servir de principio: por eso en el Kingsborough

está trastornado el orden de las pinturas. Pero como es la única edición que del códice existe, acostumbramos usar la numeración de las páginas que ahí tiene. Diremos para concluir que el original plegado forma un libro cuadrado de catorce pulgadas y media por tres de altura.

El segundo códice del tomo III de la colección de Kingsborough es el de Fejervary de Hungría, que tiene cuarenta y cuatro láminas: no se ha estudiado, pero es de grande importancia, pues es un tratado cronológico completo y perfectamente ordenado.



Códice Borgiano. — La estrella vespertina y matutina

Al fin del tomo está el ritual Vaticano con noventa y seis páginas, y es muy semejante al códice Borgiano: aquél nos ha servido en nuestros estudios para completar la inteligencia de éste. El ritual Vaticano es también de piel de ciervo preparada: es una faja de nueve trozos unidos, que hacen treinta y un palmos y medio de largo. Tiene cuarenta y ocho páginas pintadas en parte; las últimas están pegadas á unas pequeñas tablas, de manera que plegándolo forma un librito de ocho pulgadas de largo, siete de ancho y tres de alto. Como las cuarenta y ocho páginas están pintadas por ambos lados, resultan noventa y seis láminas en el Kingsborough.

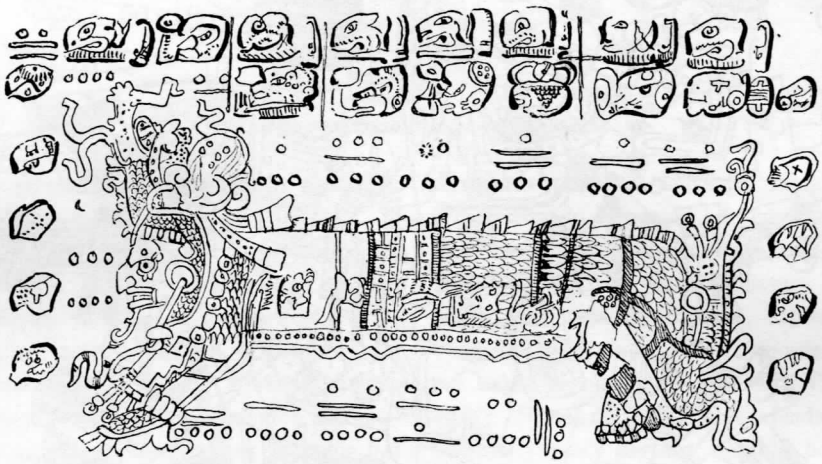
Otros varios jeroglíficos, aunque aislados, tenemos sobre tan importante materia, como son la rueda de

que habla Mendieta y que pertenece al calendario del padre Olmos, las del códice Ramírez y la historia del padre Durán, etc. Tenemos además los jeroglíficos de los meses en el atlas de Durán, y en el apéndice diez y seis láminas de símbolos de meses y fiestas que en ellos se celebraban, figuras de los dioses y la del Templo mayor. Se ha publicado también con colores un calendario en el método del de Bolonia.

El calendario de doscientos sesenta días, llamado *Tonalámatl* ó cuenta de los días, que contenía el cómputo civil y religioso del tiempo, las fiestas y ritos, los agüeros y supersticiones, y que por lo mismo era ya el más usado en la antigua civilización, existe por fortuna, aun cuando se tuvo por perdido. Se encontró en la antigua biblioteca del convento de san Francisco de México, y los frailes se lo cambiaron á M. Aubin ¡por un ejemplar del *Genio del cristianismo!* El nuevo poseedor lo publicó en París en veinte láminas con colores. En la Biblioteca de París existe otro *Tonalámatl*, del que guardamos una copia: tiene algunas variantes respecto del de M. Aubin.

Podríamos agregar otros diversos jeroglíficos sobre diferentes materias, de los cuales algunos existen originales, ya en el Museo, ya en nuestro poder, y otros se han publicado en diversas obras. Pero basta lo expuesto para comprender que, á pesar del descuido y la destrucción, existen todavía materiales suficientes de los antiguos indios, para reconstruir con ellos su antigua historia.

En cuanto á los jeroglíficos mayas, ó más bien



Códice de Dresde. — Jeroglífico maya

dicho, de la civilización maya-quiché, nos son enteramente ininteligibles. Existen muchas inscripciones en los monumentos, y conocemos tres códices: el de Dresde, publicado en el tomo III de la colección de Kingsborough, que parece ser un calendario maya, y al cual equivocadamente le llaman allí manuscrito mexicano; el Troano, que dió á la estampa el abate Brasseur, y que á pesar de su interpretación fantástica y novelesca no es otra cosa, en nuestro concepto, que un calendario rural maya, perfectamente claro, que se conserva en la Cámara de diputados de París, y ha sido publicado en fotografía.

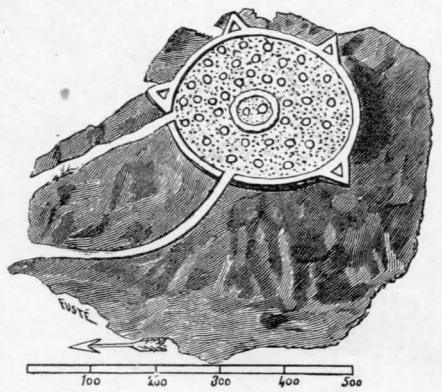
Para concluir esta breve reseña sobre los códices jeroglíficos y á fin de no extendernos más de lo necesario, hablaremos de la pintura más importante que existe sobre la Conquista, y que se conoce con el nombre de Lienzo de Tlaxcalla. Pintado á la manera jeroglífica figurativa para conmemorar las campañas en que los tlaxcaltecas acompañaron como aliados á los españoles, se guardaba como rico tesoro en el Ayuntamiento de la ciudad de Tlaxcalla. De él se había sacado años há una copia, que dividida en grandes cuadros existe en el Museo: no es enteramente fiel. En la época del imperio de Maximiliano se trajo el original á México para que la comisión francesa sacase otra copia, la que se sacó con algunas inexactitudes. Nosotros tenemos una exactísima

Lienzo de Tlaxcalla. — Cortés introduciendo el cristianismo

reducida á forma de códice, y como no se ha publicado nunca esta pintura y parece que el original se ha extraviado, vamos á describir la copia que poseemos. El

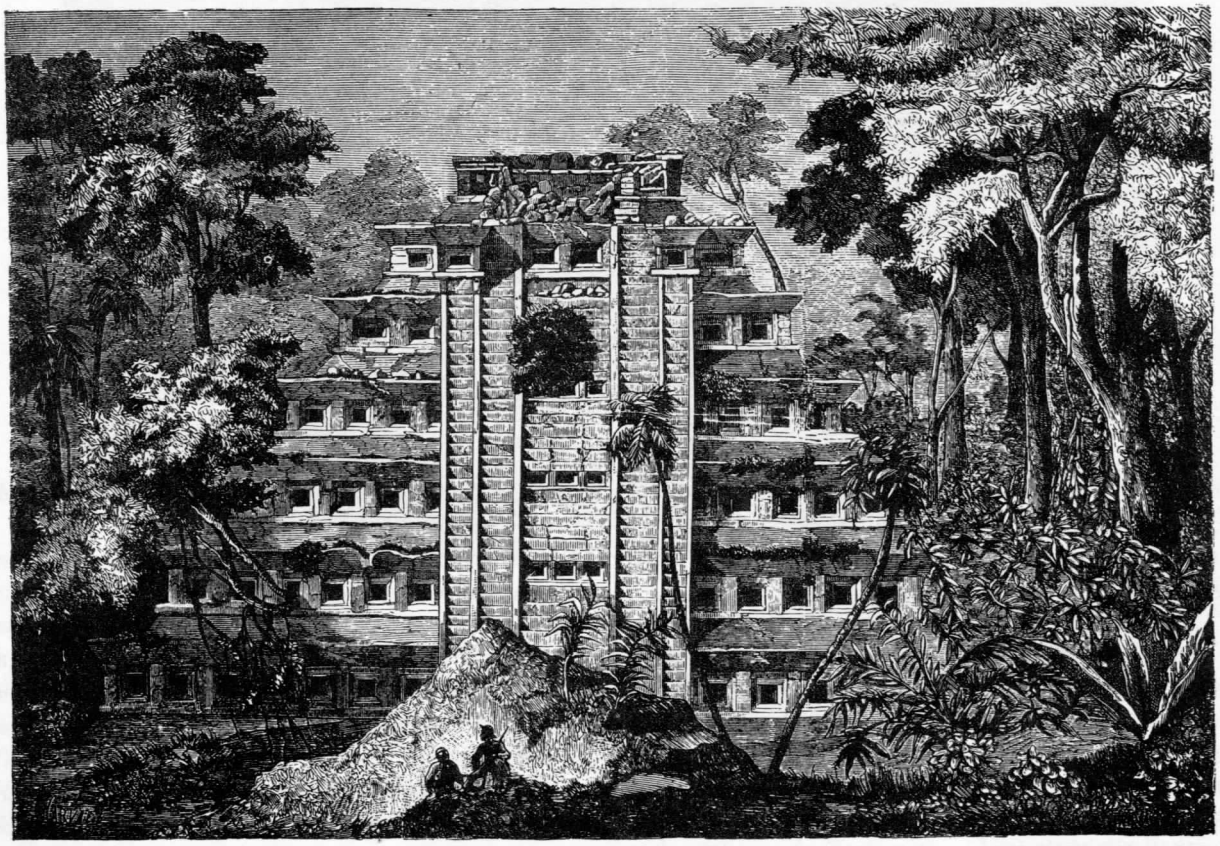
original se compone de una serie de cuadros: cada uno corresponde á una población ocupada por conquistadores y aliados; el nombre de la población se marca con su antiguo signo jeroglífico. Como los cuadros son de igual tamaño, ha podido hacerse en la copia un códice de forma regular, poniendo un cuadro en cada hoja. Esto tiene como excepción la batalla de la Noche Triste, en que la pintura abraza el espacio de dos cuadros. El lienzo tiene como cabeza una alegoría, que en la copia sirve de portada. La copia se hizo por medio de calcos muy exactos y se cuidó de reproducir los colores con completa igualdad á los del original. El códice, pues, se compone de la portada y ochenta cuadros. Sigue una página con siete cuadros blancos con orla negra, y en ellos, nombres de pueblos: en dos se comenzaron á dibujar figuras. Después hay cuatro pinturas sin concluir con escudos, macanas y otras alegorías. Se puede decir que este códice tiene tres partes, que comprenden: la primera, desde la alianza de Tlaxcalla con Cortés hasta la toma de México; la segunda, las expediciones con Nuño de Guzmán hasta Sinaloa, y la tercera, la conquista de Guatemala. Fácil es percibir la grande importancia de este códice, pintado por los mismos indios aliados de los españoles; en él se encuentran datos desconocidos y que tiene, además, la garantía de su verdad. De nosotros, sabemos decir, que nos ha servido alguna vez para resolver puntos importantísimos. Y ya que de los jeroglíficos, fuente primera de nuestra historia, bastante nos hemos ocupado, tratemos ahora de otra fuente no menos preciosa, los monumentos y sus inscripciones.

Monumentos. Esas cifras gigantescas que las



Pueblo del Norte

viejas razas dejan, al desaparecer, esparcidas en el suelo que ocuparon, han sido, en todos los países, elementos de primer orden para reconstruir su historia. Sirven



Pirámide de Papantla

para este objeto los monumentos, primeramente por su carácter, distinguiéndose su carácter propio y su carácter progresivo. El primero, que se forma de los elementos arquitectónicos especiales, como son materiales, manera de construcción y forma, no solamente determina las razas en un país, sino que es marca

segura del camino de las emigraciones; y la comparación de monumentos ha llegado á ser uno de los principales datos en los estudios etnográficos. El segundo, el carácter progresivo, señala las etapas de una civilización y es signo seguro del desarrollo sucesivo de un pueblo ó raza. El interés de los monumentos crece cuando tienen inscripciones, que naturalmente en nuestras antigüedades son inscripciones jeroglíficas. Son entonces los

Nueva cruz del Palemke

monumentos grandiosas páginas de la historia, teniendo la ventaja de que no es discutible su autenticidad. Y esta preciosa fuente histórica es muy abundante entre nosotros.

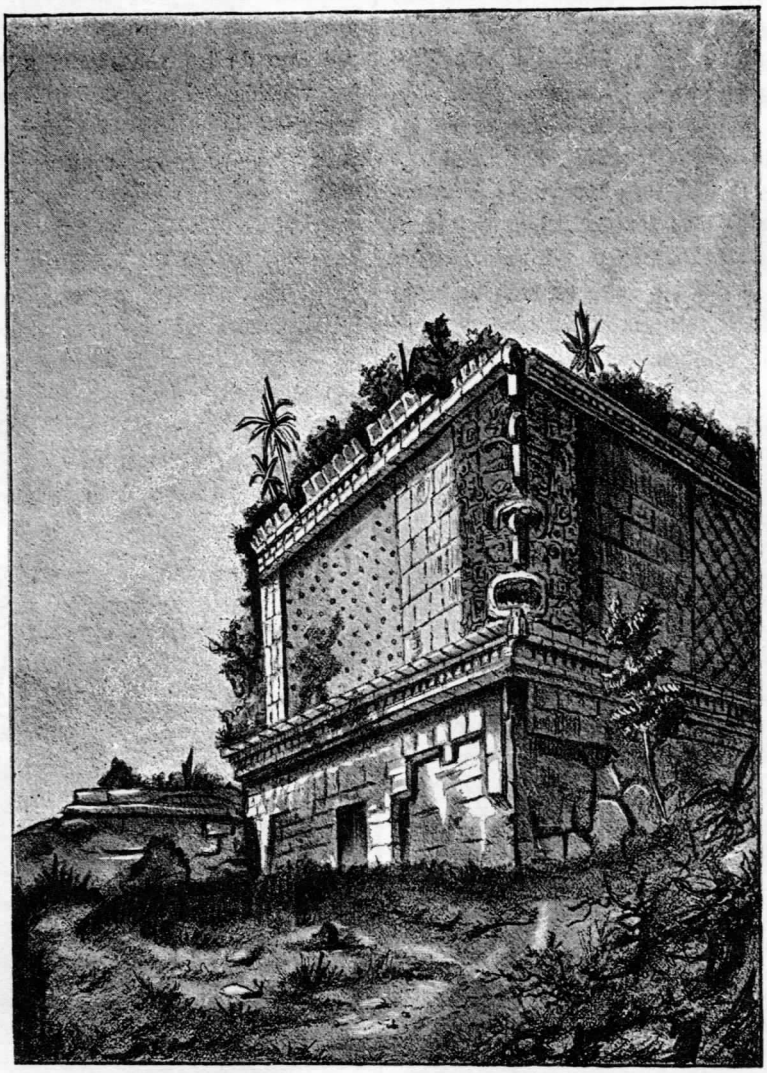
Comenzamos por las grandes rocas naturales grabadas con jeroglíficos ó figuras, desde las peñas de Sinaloa hasta las de Chapultepec, en que se esculpieron la meridiana y los señores de México, esculturas hoy destruídas, como lo está también el relieve del cerro de Magoni cerca de Tula. Las rocas nos proporcionan también obras arquitectónicas gigantescas, hechas en el pórfido y el granito. Basta citar el baño del rey-poeta Netzahualcóyotl, labrada en un peñón de pórfido del cerro de Texcutzinco. Se llega á él por numerosos peldaños tallados en la misma roca, y en la roca también se abre la anchurosa cavidad circular del baño, que es taza de pórfido rojo levantado á los cielos en la cúspide de la montaña.

Los monumentos se presentan más importantes en dos grandes regiones, la del Norte y la del Sur; habiendo sido centro la primera de la antigua y poderosa raza nahoa y la segunda de la raza maya-quiché, que nos admira todavía por los portentosos edificios que como muestra de civilización dejó desparramados en la zona que ocupaba.

Los monumentos del Norte se extienden en nuestra frontera, desde las ruinas de los ríos Gila y Colorado hasta las Casas Grandes de Chihuahua, bajando hacia el Sur á la Quemada y Pabellón. Pero no se limitaban en lo que es hoy nuestro territorio: existen en gran número en la frontera de los Estados Unidos. Su construcción especial, la disposición de las habitaciones, su forma

y la que tomaban algunas ciudades con el agrupamiento de las casas, nos dan á conocer muchas circunstancias especiales de la vida ignorada de sus habitantes, algunas de sus costumbres y de sus prácticas sociales; y sobre todo, nos patentizan la base principal de su religión, el culto al sol.

La región del Sur es más rica en monumentos, como que pertenecen á una civilización que alcanzó su apogeo en época posterior y más cercana á nosotros. Extiéndense palacios y templos en línea desde Palemke hasta Comalcalco en el Golfo; llenan la península yucateca, sobresaliendo en Izamal, Chichén-Itzá y Uxmal; penetran hasta Mitla, en tierra de zapotecas, y adelantan como centinelas avanzadas al mismo centro del territorio las pirámides de Papantla, Cholóllan, Teotihuacán y Xochicalco. La forma de estas construcciones, como la piramidal; el estilo, rico, suntuoso, excesivamente labrado y especial, que le dán carácter único é imposible



Casa de las Monjas, en Uxmal

de confundirse; sus estucos, grecas y monolitos por columnas; la bóveda ojival encontrada por superposición de grandes piedras de menor á mayor; todo da un aspecto de grandiosidad portentosa á esas ruinas, que hace meditar profundamente contemplando un salón de Mitla, las pinturas de Chichén ó la casa de las Monjas de Uxmal.

Pero si estas ruinas en sí son ya bastante lección de aquella vieja historia, aumenta su interés con las inscripciones jeroglíficas, ya formadas de estuco como en Palemke, ya pintadas como en Chichén, ya esculturadas en la piedra como en Xochicalco. Estas son verdaderas páginas históricas, más importantes y menos deleznables que los mismos códices jeroglíficos. Así encontramos la leyenda de Totec en las paredes de Chichén y en los pórfidos de Tóllan; los grandes períodos cronológicos en los templos de Palemke, y la reforma del calendario en los relieves de Xochicalco. Y si algún día llegase á ser posible el leer las inscripciones silábicas de las ruinas del Sur, se correría al fin el velo que hoy cubre una historia que nos asombraría, cuando ya sus restos ruinosos asombro son bastante para nosotros.

La última civilización fijó su residencia en el centro y, á pesar de ser la última, es la que menos nos ha dejado en monumentos. Ya no se encuentra el templo tolteca de que nos habla Sahagún, y que tenía por columnas culebras de pórfido rojo: apenas se hallan en Tóllan trozos de columnas admirablemente labradas y la mitad baja de una gigantesca cariátide. Del gran templo de México solamente han podido encontrarse en excavaciones últimas unas cabezas de culebra del *Coapantli*. Construyéndose las ciudades modernas en donde estaban las antiguas ciudades, éstas fueron destruídas y con sus materiales se formaron las modernas. Todavía hoy, al penetrar en la catedral de México, se pisa sobre baldosas que en otro tiempo fueron de las graderías del templo de *Huitzilopochtli*. Y sin embargo se han salvado algunos restos, y se han vuelto á encontrar piedras con inscripciones jeroglíficas muy interesantes, como el gran *Cuauhxicalli* de Tizoc, la lápida conmemorativa de la dedicación del gran templo, la de la sequía en la época de Moteczuma Ilhuicamina, y sobre todo la Piedra del Sol, el monumento más importante de nuestra antigüedad.

Por lo expuesto se ve cuántos elementos traen al concurso de los que á historiar se dedican, esos colosos mudos que, en la soledad de los bosques, conservan el recuerdo de viejas edades y vienen á ser cifras de alto precio para reconstruir la vida de las épocas más lejanas. Pero aun hay otros elementos de no menor valía, que forman un grupo semejante al de los monumentos, y que generalmente en ellos se encuentran; los utensilios, instrumentos, armas é ídolos. Aun cuando el transcurso de los siglos y el cambio de costumbres han debido hacerlos escasos, hállanse todavía utensilios, instrumentos y armas en número bastante para darnos á conocer varias costumbres de aquellos pueblos. En el Museo Nacional y en algunos particulares se encuentran, ya la colección de malacates, husos con que las mujeres hilaban el algodón; ya la de puntas de flecha de obsidiana ó de cuchillos de pedernal para los sacrificios; acá el *huéhuetl* ó gran tambor y el sonoro *teponaxtli* ó el pito de barro de figuras caprichosas; allá los cinceles de cobre ó de piedra durísima, la taza que conserva todavía la pintura ó la pequeña mufla del platero, ó bien la labrada boquilla para fumar las hojas de tabaco, ó la pipa de época anterior; concurriendo todos estos objetos á hacernos ridivivos los hábitos de aquellas sociedades que parecían perdidos entre el polvo del olvido.

Materia muy importante es el estudio de los ídolos ó dioses de los pueblos que aquí habitaban, no solamente porque las ideas religiosas nos dan á conocer el grado de adelanto y las tendencias sociales de un país, sino también por la circunstancia especial de que, siendo la teogonía nahoa esencialmente astronómica, las diversas representaciones de sus deidades nos enseñan muchos de sus conocimientos cosmogónicos y cronológicos, y nos descubren al fin el armonioso conjunto de sus creencias y de su filosofía, explicándonos sus ritos, varias de sus costumbres, y aun nos dan razón de las causas de sus grandes sucesos históricos y los motivos de su grandeza y de su decadencia. Y no es este estudio parte poco interesante para la etnografía, pues las conquistas de los pueblos eran conquistas también de la religión, y la huella de los mismos ídolos era huella también del triunfo de las razas. En materia de ídolos somos bastante ricos, á pesar de las muchas causas que concurrieron á destruirlos: por una parte el fanatismo religioso de los vencedores y el abandono natural de los vencidos al abrazar nuevas crencias; después la necesidad de utilizar la piedra en que estaban labrados para las nuevas construcciones; así hemos visto há poco, cuando se descubrieron las columnas de la primera catedral de México, que todavía en su base conservaban huellas labradas de los ídolos á que pertenecieron; y finalmente. millares se emplearon para cimientos de iglesias, queriendo así que lo que había sido instrumento de idolatrías, sirviese de base á los templos cristianos: aún está debajo de la pila bautismal del Sagrario de la Catedral la famosa piedra del sacrificio gladiatorio. Y sin embargo, como hemos dicho, se conserva gran cantidad de ídolos: podemos decir que tenemos todos los dioses

Totec. — Cabeza colosal de diorita

en sus diversas manifestaciones; y se encuentran como escalonados en todo el territorio, sirviendo así de la huella etnográfica de que ya hemos hablado. Ha llegado nuestra fortuna hasta haberse encontrado en diversas excavaciones algunos de los principales ídolos del Templo mayor, entre los cuales sobresalen, en el Museo, la cabeza gigantesca de diorita de *Totec*, que se acerca, en su perfección y belleza, á las esculturas griegas, y la

colosal y simbólica estatua de *Coatlicue,* madre de *Huitzilopochtli.*

No son menos importantes, y por fortuna abundan, los vasos sagrados que de diversas materias, desde el barro hasta la serpentina, contienen en sus grabados, pinturas ó adornos, datos importantes teogónicos ó

Fondo de un vaso sagrado de serpentina

cronológicos. Otros presentan perfiles y tipos interesantísimos para el estudio. En cuanto á tipos, por donde quiera se encuentran cabezas ó máscaras, algunas de materias preciosas como la obsidiana, que nos manifiestan la figura de la raza que las ejecutó; y en esto son admirables las cabecitas de barro que se sacan de los túmulos de Teotihuacán, y que el señor Orozco, con razón, considera que son verdaderos retratos, que nos reproducen diferentes tipos y razas, diversos peinados y tocados variadísimos. Si á esto agregamos el estudio de la craneología, el de las sepulturas y las costumbres funerarias que nos revelan, tendremos nuevas y abundantes fuentes etnográficas. Y estos trabajos alcanzan mayor fruto por la comparación, pues todavía existen en nuestro territorio cuatro millones de indios que conservan el tipo de su raza, su carácter propio, varias de sus costumbres y sobre todo, el principal elemento etnográfico, su lengua propia.

Lingüística. Supuesto que la lengua es la expresión de los objetos materiales y de las ideas de un pueblo, conocer el idioma, no solamente nos hace saber las costumbres, sino que nos ayuda á penetrar en el alma de una nación. Además, las relaciones de lengua á lengua, nos muestran el parentesco de los pueblos, son marcas que deja la conquista y rastro de las victorias. Por fortuna, no sólo conocemos las antiguas lenguas de México, de las que muchas se hablan todavía, sino que desde un principio se formaron de ellas por los primeros frailes, gramáticas y vocabularios; obra meritoria, más que para la religión, para las letras y la historia. Y á imitación de los primeros continuaron otros ese trabajo, y publicáronse también en aquellas lenguas doctrinas y confesionarios, sermones y aun piezas literarias, pues tenemos vertidos al nahoa algunas comedias de Lope de Vega y varios autos sacramentales. Después, con tan preciosos elementos, ha podido hacerse la comparación y clasificación de esas lenguas; se han agrupado las de la misma familia, y si tales estudios no han llegado á su fin y todavía tienen que revelarnos hechos desconocidos hasta hoy, son, sin embargo, ya gran elemento para resolver muchas dificultades etnográficas y prehistóricas.

Todas las fuentes antes citadas traen su origen de los mismos pueblos conquistados, son su obra y como legado de ellos para nuestra historia: por lo mismo son elementos de gran precio é indiscutibles. Tan numerosos son y sobre materias tan diversas, según se ha visto,

Guerrero tolteca esculpido en una concha nácar

que nos atreveríamos á decir que bastarían por sí solos para escribir verídica y casi completa nuestra historia antigua. Pero á más tenemos abundantes y de grandísimo mérito los elementos escritos posteriores á la Conquista: intérpretes, cronistas é historiadores.

Intérpretes. Éstos casi todos pertenecen al

siglo XVI y escribieron poco después de la Conquista; ya indios antiguos que vertían al idioma vulgar sus pinturas, ya valiéndose de ellos cronistas ó escritores que quisieron explicar el significado de los códices jeroglíficos. Parece á primera vista que debería darse entero crédito á tales interpretaciones; pero hay que recibirlas con cautela en todo lo que á la religión tenga referencia, pues desde un principio los escritores españoles, y naturalmente los indios neófitos que los seguían, manifestaron la tendencia de concordar las tradiciones aborígenes con el relato bíblico, y desde entonces buscaron en las pinturas jeroglíficas el diluvio, la torre de Babel, la confusión de las lenguas, etc. Procuraron también desde aquella época ocultar todo lo que juzgaban que pudiese ser aliciente para conservar la destronada idolatría, lo que hizo que sus explicaciones fueran incompletas. Además, por el trastorno natural que les producía la combinación de dos sistemas distintos de computar el tiempo, cometieron errores muy graves de cronología que hay que corregir con las mismas pinturas, hoy que perfectamente conocemos esas complicadas relaciones, y que ayudados de las tablas ya formadas, con facilidad fijamos las fechas correspondientes.

INTÉRPRETES DEL CÓDICE MENDOCINO. — Como la intención del primer virey al mandar formarlo, fué dar á conocer la historia de México al emperador Carlos V, no hubieran bastado á su intento solas las pinturas, sino que mandó que se hiciese de ellas una traducción por indígenas entendidos, la que se vertió al español por un perito en ambas lenguas. Atendida la forma especial de ese códice, de la que ya hemos dado razón, puede decirse que los intérpretes redujeron su trabajo á dar los nombres de los muchos pueblos conquistados, cuyos jeroglíficos están en la primera parte y en el libro de tributos; á consignar los nombres de los reyes y de los objetos que se tributaban; y únicamente en la parte relativa á las costumbres hicieron una verdadera explicación. Debe, pues, considerarse su trabajo más bien como un diccionario jeroglífico; pero es de suma importancia, porque nos fija los nombres de casi todos los lugares ó pueblos de aquellos tiempos. Se advierten varias equivocaciones, según la publicación que hizo lord Kingsborough; y lo atribuimos á que los indios intérpretes no sabían escribir, y los que escribían por su dictado no conocían la lengua de los mexicanos. Urgente era por lo mismo una rectificación de esas equivocaciones: el señor Ramírez había preparado ese trabajo, nosotros lo habíamos emprendido, y el señor Orozco lo llevó á cabo, casi completamente, en los *Anales del Museo*.

INTÉRPRETES DEL CÓDICE TELLERIANO-REMENSE. — Publica también lord Kingsborough la interpretación de este códice, como si fuera obra de una sola mano. Examinando el original se ve que hay tres letras diferentes y tres distintos intérpretes. Como Kingsborough publicó seguida la interpretación cual si fuese obra de un solo autor, resultó confusa y en algunos puntos ininteligible. Pero aun así es muy útil, porque los intérpretes no se limitan á decir el simple significado de cada figura, sino que explican las pinturas, agregando, aunque someramente, la parte relativa de la tradición, lo que hace que esta interpretación pueda ya considerarse como trabajo histórico.

Se divide en tres partes: la primera da noticia de los meses y de las fiestas que en ellos se celebraban; la segunda habla del *Tonalámatl*, de los dioses respectivos, y cuenta varias leyendas cosmogónicas y algunas creencias muy interesantes de su teogonía; y la tercera se ocupa, con pormenores interesantes, de la parte histórica, desde la peregrinación azteca hasta el año de 1557

EL PADRE RÍOS. — Este fraile dominicano fué el intérprete del códice Vaticano. Su obra está escrita en italiano y fué publicada también en la colección de Kingsborough. Está sin duda incompleta y es muy de sentirse porque revela profundo conocimiento de las cosas mexicanas; á pesar de que incurre en el defecto, ya indicado, de querer explicar aquellas antigüedades por las ideas bíblicas. Se ocupa extensamente de las partes cosmogónica y teogónica y algo de la cronológica: es de altísimo mérito en ese trabajo. Al comenzar la parte histórica concluye la interpretación, lo que la deja trunca.

EL PADRE LINO FÁBREGA. — Tenemos de él una extensa y notabilísima interpretación del códice Borgiano. Escribió su obra en italiano y permanece inédita. Nosotros tenemos una versión al castellano, manuscrita y único ejemplar, hecha por el sabio jurisconsulto don Teodosio Lares. Como el códice es un completísimo calendario astronómico, civil y ritual, en que se abrazan todas las creencias cosmogónicas, teogónicas y filosóficas de los nahoas, se comprenderá fácilmente que la obra de Fábrega es una de las más importantes que tenemos sobre las antigüedades mexicanas. Se ocupa de materias antes no tocadas por ningún cronista; descorre velos que parecían impenetrables, y puede decirse que el asunto principal que toca, la cronología nahoa, no se había tratado sino superficialmente antes de él, y podemos agregar hasta ahora. Verdad es que incurre en el defecto común de querer sujetar las creencias de los mexicanos á las tradiciones é ideas cristianas; pero aun así no conocemos obra más profunda sobre nuestras antigüedades.

Fábrega nació en Tegusijalpa el 22 de setiembre de 1746, y entró á los veinte años de edad en el colegio de jesuitas de Tepotzotlán. Le alcanzó la expulsión siendo novicio y se embarcó en Veracruz el 29 de noviembre de 1767 en la fragata nombrada *San Miguel* alias *El Bizarro*. Profesó en Italia á 3 de noviembre de 1771 y murió en Italia también el 20 de mayo

de 1797. Él mismo nos cuenta que desde México había comenzado á dedicarse á las antigüedades y había empezado á estudiar la lengua nahoa ó mexicana, cuyo estudio continuó en Roma ayudado nada más que de una gramática y un vocabulario. Allí alcanzó el favor del cardenal Borgia, prefecto de la Propaganda, y como el códice en cuestión estaba en el museo de este cardenal, se dedicó nuestro Fábrega á interpretarlo, y escribió, dedicándosela á su protector, la admirable obra de que nos vamos ocupando. El manuscrito permanecía aún á principios del siglo en la casa del cardenal Borgia, en Velletri, pues allí lo vió Humboldt; pero después se trajo á México. Esto debió de ser antes del año de 1831 en que Kingsborough publicó su colección, pues de otra manera lo habría incluído en ella, como lo hizo con las explicaciones de los códices Mendocino, Telleriano-Remense y Vaticano. En vano lo hemos buscado en la Biblioteca Nacional: parece que se ha extraviado.

La versión española que poseemos es un volumen en cuarto mayor de seiscientas trece páginas; después de una introducción del traductor, sigue la dedicatoria de Fábrega; á continuación va un estudio sobre los códices originales y copias existentes en Europa, que conocía el autor; en seguida un tratado que intitula: *Nuevo sistema de los mexicanos en el cómputo de sus tiempos,* y del cual no sabríamos hacer un elogio bastante; viene inmediatamente otro tratado sobre las *Tradiciones históricas de los mexicanos* y un estudio *Sobre el origen, pasaje á América, y arte de escribir de los mexicanos,* y finalmente la extensa explicación é interpretación del códice. Debemos advertir que se agregan al manuscrito algunas notas, un índice y la correspondencia de las pinturas del jeroglífico original, en el orden que lo estudia Fábrega, con la numeración de las láminas de Kingsborough, porque éste las publicó trastornando su verdadero orden.

Codex Cumárraga.—Llamamos así á un manuscrito que forma parte de un códice intitulado *Libro de Oro y Thesoro Índico,* propiedad del señor don Joaquín Icazbalceta. Este sabio historiador y bibliógrafo lo dió á la estampa en los *Anales del Museo.* Tiene el título de *Historia de los mexicanos por sus pinturas,* y fué llevado á España por don Sebastián Ramírez de Fuenleal. Su solo título indica bastante que es la interpretación de un códice jeroglífico; pero á más al principio de la relación se dice que fué formada según lo que refirieron los viejos y papas del tiempo de la infidelidad, y en vista de sus libros y figuras antiguas, muchas de ellas untadas de sangre humana. Creemos que el códice publicado al fin del tomo primero de la colección de Kingsborough fué una de esas pinturas. Dedica la obra los primeros ocho capítulos á la cosmogonía y cronología, siendo muy notable en lo que á la primera se refiere. Lo demás se ocupa de la peregrinación é historia de los mexicanos, refiriendo hechos curiosos y tradiciones muy interesantes,

Intérprete del códice Aubin.—Este códice, de que ya nos hemos ocupado, tiene en las mismas pinturas un relato escrito en lengua nahoa, que no se limita á darnos la traducción de las figuras jeroglíficas, sino que es una explicación de los sucesos respectivos, ampliados con curiosísimos datos. Ignoramos el nombre del intérprete, y en otro códice manuscrito, que contiene diferentes piezas, hemos encontrado una versión castellana de esa interpretación. Es notable principalmente en lo que se refiere á la peregrinación azteca; y como en este punto hemos visto que el códice de M. Aubin va de acuerdo con la tira del Museo, sirve también para ésta la interpretación de que nos ocupamos.

Anales de Cuauhtitlán.—Que este manuscrito es la obra de un intérprete y la explicación de una pintura jeroglífica, no puede dudarse al ver su método especial, que consiste en ir poniendo en riguroso orden la sucesión de años y consignando en los relativos los hechos históricos, que es el mismo sistema usado en los jeroglíficos, en los cuales se ponían las tiras de cuadretes de los años, y frente al cuadro correspondiente las figuras que consignaban el suceso que querían recordar. La interpretación debió hacerse poco después de la Conquista y por un indio inteligente, pues el original se escribió en mexicano y con letra de la época. Tenemos una traducción hecha por don Faustino Galicia Chimalpopoca, que fué muy versado en estos achaques, y una copia de ella sirvió al abate Brasseur de Bourbourg, que la llamó códice Chimalpopoca del nombre del traductor, y creyó ver en ella con su exaltada imaginación no sabemos qué historia fantástica de la formación de la tierra, de sus cataclismos y de las razas primitivas. El abate se disponía á publicar el manuscrito en París, cuando la muerte lo sorprendió. Comenzó después á publicarse en México en los *Anales del Museo,* y esperemos que la publicación se continúe y al fin se dé á la estampa uno de los trabajos de mayor mérito que sobre nuestras antigüedades tenemos. Si no se conoce el autor del manuscrito, tampoco se sabe la procedencia de éste: únicamente tenemos noticia de que estuvo en la biblioteca de San Gregorio y después en la de los jesuitas.

Hasta ahora hemos visto que los intérpretes, como notaremos después que hicieron muchos cronistas, no se ocupan de la historia sino desde la peregrinación azteca y solamente de ésta en ese tiempo; se reducen en realidad á escribir los hechos de los mexicanos; y puede decirse que la parte verdaderamente histórica que relatan comienza solamente con la fundación de la ciudad á principios del siglo XIV de nuestra era. Mientras que este manuscrito comienza su relato desde la peregrinación chichimeca en el año de 583 y aun se ocupa de la de las tribus cazadoras en el de 271, es decir, á fines del siglo III, de manera que cuando los otros relatos de que nos hemos ocupado abrazan nada más que el período de dos siglos de nuestra historia antigua, éste se extiende

acerca de trece siglos, es decir, más de diez siglos que las otras relaciones. Por lo menos, en siete siglos más que éstas, es extenso y á veces minucioso. Bastaría esto sólo para considerar el manuscrito como una de las fuentes históricas más importantes.

Como desde el principio se ocupa con bastante cuidado de los chichimeca de Cuauhtitlán, se le impuso el nombre que hoy lleva. Pero trata también de la leyenda cosmogónica de los soles, y puede tenerse por una historia completa de los tolteca. En este punto es para nosotros el único documento auténtico, y en él únicamente hemos podido darnos razón de la parte real del misterioso personaje Quetzalcoatl y de la verdadera inteligencia de las leyendas en que figura. Se ocupa el manuscrito de varios pueblos, y es el único que trata del importantísimo reino de Culhuacán, que conservó la civilización nahoa en el período intermedio de la destrucción de Tóllan al engrandecimiento de los mexicanos. De la peregrinación de éstos da noticias de mucho interés. Da cuenta de muchos pueblos sincrónicos del señorío de México, y concluye el año de 1519, en que desembarcaron los conquistadores.

Cuanto dijéramos de este trabajo, que es hasta ahora casi desconocido, sería poco con relación á su mérito é importancia; y debemos tenerlo como uno de los mejores manuscritos que puedan consultarse para escribir nuestra historia en el largo período que hay del año de 583 al de 1519, ó sea en más de nueve siglos. Debemos, sin embargo, advertir que el manuscrito sin duda se compaginó mal en el principio, lo que hace que el orden de algunos sucesos esté trastornado, de manera que se debe cuidar mucho de no confundirlos y de buscar la relación exacta de la cronología.

ANÓNIMO NÚMERO 1.—ANALES TOLTECAS.—También manuscrito, tenemos este códice, que se conoce igualmente que es obra de un intérprete y explicación de una antigua pintura. Se ocupa de la historia de *Tóllan*, da pormenores estadísticos sobre la extensión de su señorío, y se extiende á sucesos posteriores, llegando hasta la época del primer virey. El señor Ramírez creía este manuscrito un extracto moderno de uno antiguo más extenso. De su mismo texto se desprende que el primitivo se escribió en mexicano por un indio poco después de la Conquista.

ANÓNIMO NÚMERO 2.—ANALES TOLTECA-CHICHIMECAS.—El original pertenece á M. Aubin, y es una colección de pinturas históricas, al estilo mexicano, acompañadas de noticias intercaladas, escritas en mexicano. M. Aubin litografió en *fac-simile* este monumento histórico, y el señor Galicia tradujo la parte de interpretación. Se ignora también el nombre del intérprete, que debe haber sido de Coatlinchán, cerca de México, porque escribió en mexicano, y dice en su final que es la historia de los pobladores de ese señorío. Como ésta llega hasta el año de 1526, es de suponerse que en él se hizo el manuscrito. Se ocupa de los tolteca y de los chichimeca, y además de los nonoalca, nacionalidad anterior, narrando cómo se incorporaron á ella los primeros. Además de las noticias interesantes que contiene, como abraza pueblos anteriores á los tolteca, extiende nuestros conocimientos á un período mayor de tiempo en la antigüedad.

ANÓNIMO NÚMERO 3.—LISTA DE LOS PUEBLOS QUE PERTENECÍAN Á TEXCOCO.—Este manuscrito es la traducción de un jeroglífico que comprendía los tributos que se pagaban á los señores de México, Texcoco y Tlacópan. Es un trabajo importante, porque nos da cuenta de la partición que entre ellos se hacía en virtud de su pacto federativo. También es curioso el modo conque dividían los diez y ocho meses del año mexicano para el pago de tributos, pues por este documento se ve que cada medio año lo partían en cinco y cuatro meses. El jeroglífico se pintó entre los años de 1502 y 1515, y el intérprete, cuyo nombre ignoramos, debió hacer su trabajo poco después de la Conquista. El original está escrito en mexicano, y la traducción de él fué cuidadosamente hecha por el ya citado don Faustino Galicia Chimalpopoca.

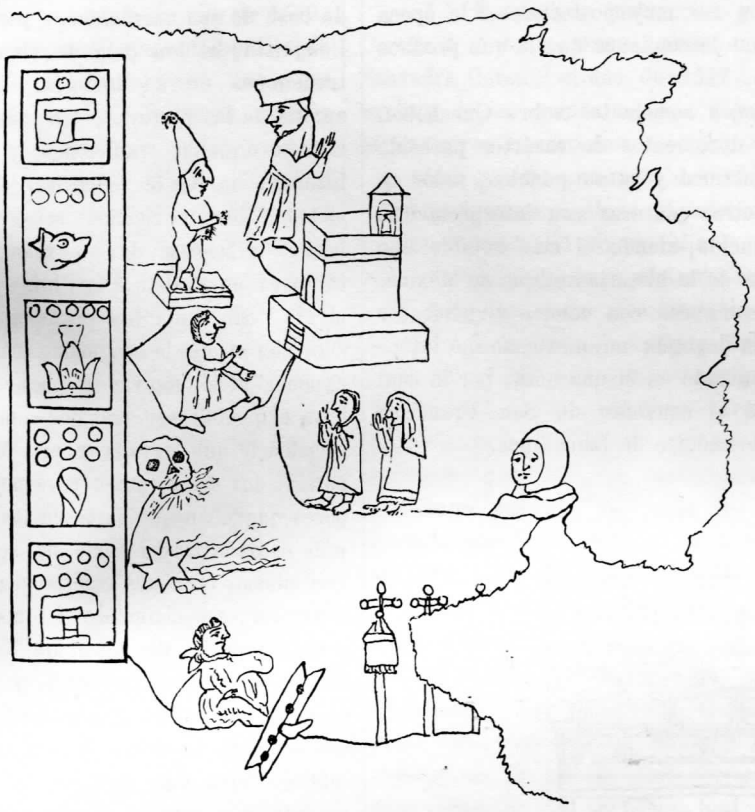
ANÓNIMO NÚMERO 4.—ANALES TEPANECAS.—Este manuscrito en mexicano y sin nombre de autor, si bien parece por su método interpretación de un jeroglífico, debe considerarse de preferencia como crónica por la extensión de su relato, sobre todo en lo que se refiere al importante señorío de Atzcaputzalco, y en esto es el mejor trabajo que conocemos. Parece que le falta el principio, pues comienza en el año de 1426 con la muerte de Tezozomoc; relata tradiciones de mucho interés y concluye en 1589, ya avanzada la época de la dominación española.

ANÓNIMO NÚMERO 5.—ANALES MEXICANOS.—Este manuscrito contiene diversos hechos relativos á la historia de México y las fechas en que acaecieron. Está escrito en mexicano y se ignora el nombre del intérprete. Perteneció al Museo de Boturini, y es el número 16, Inv.° 5.° Comienza en el año 1168 durante la peregrinación azteca y concluye en el de 1546.

ANÓNIMO NÚMERO 6.—ANALES MEXICANOS.—Este manuscrito, también sin autor conocido, abraza un período completo de doscientos años, desde el de 1196 en que llegan los azteca á Tóllan durante su peregrinación, hasta la elección de su segundo señor ó rey en 1396. Llama la atención la exactitud de la correspondencia entre los años mexicanos y los nuestros, cosa muy rara en esta clase de narraciones. Se conoce que es la interpretación de un jeroglífico; pero agrega además algunas tradiciones importantes. Es de suponerse que le falta el principio y el fin.

ANÓNIMO NUMERO 7.—ANALES DE MÉXICO Y TLATELULCO.—Explicación en mexicano, de autor desconocido, de una pintura que abraza la historia de estos dos

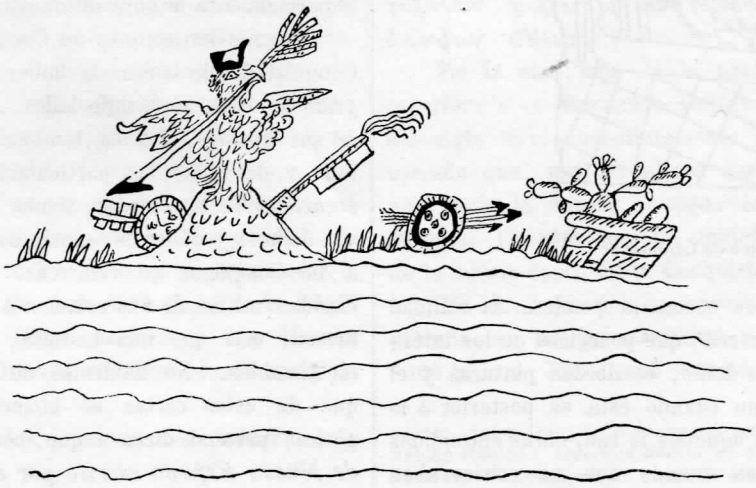
señorío, desde el año de 1473 hasta los últimos sucesos de la toma de México por los conquistadores. Es de creerse que le falta el principio; pero en la parte que abraza es interesantísimo, como relato de uno de los vencidos.



Anales mexicanos

Sin duda se escribió poco después de la Conquista. Perteneció este manuscrito al Museo de Boturini, y está marcado: 2.no 14-N.° 11-Inv.° 5-N.° 15.

Anónimo número 8.—Anales de Puebla y Tlaxcalla.—Además de los ya citados, conocemos otros varios trabajos de intérpretes sobre jeroglíficos que se



Anales de México y Tlatelolco

refieren á Teotihuacán, México, Tlatelulco, Tlaxcalla y otros pueblos; pero algunos comienzan su relato después de la Conquista y otros no tienen importancia en la parte que vamos tratando. Todos ellos escribieron en mexicano, y en vista de las pinturas que trataban de explicar. El manuscrito de que ahora nos ocupamos existía en la catedral de Puebla: comprende desde la fundación del señorío ó monarquía de México hasta el

año de 1739. Aun cuando bajo cierto aspecto puede tener gran interés, ya puede considerarse como obra de segunda mano, como escrita en el siglo XVIII. Las mismas pinturas deben ser muy posteriores á la época antigua, é inspiran igual desconfianza que la que produce naturalmente el relato.

Tenemos aún trabajos semejantes sobre Quecholac, Tepeaca y Cholóllan y documentos de carácter parecido sobre Tláhuac, Huexotzinco y otros pueblos, todos en mexicano; y también otras pinturas con interpretación, que aun no se ha traducido, siendo el más notable uno que abraza buena parte de la historia antigua de México: éste tiene pintadas las figuras con colores vivísimos, y al lado de cada una la leyenda en mexicano del intérprete. Habiendo encontrado en él una nota, por la cual parece que perteneció al convento de San Francisco Izhuatepec, le llamamos códice de Izhuatepec.

Códice de Izhuatepec

Creemos que no es necesario ponderar la utilidad del gran material manuscrito que poseemos de los intérpretes: tiene un interés doble, el de las pinturas y el de su explicación. Aun cuando ésta es posterior á la Conquista y algunas de aquéllas lo son, obras entendidas en la materia, escritas cuando aun se conservaban frescas las tradiciones, y, á ocasiones, por indios que fueron instruídos en ellas antes de la venida de los españoles, no pueden menos de ser datos importantísimos para escribir nuestra historia antigua.

CRONISTAS É HISTORIADORES.—Todavía en los primeros escritores de la época colonial vamos á encontrar elementos auténticos de los antiguos indios: algunos cronistas guiaron su relato por jeroglíficos, que no se limitaban á interpretar, sino que les servían solamente de base de sus narraciones; pero, contemporáneos de la Conquista, habían oído de viva voz á los vencidos las tradiciones de su historia. Otros, sin valerse del auxilio de las pinturas, trasladaron simplemente en sus escritos aquellas tradiciones: y recordemos, que por la insuficiencia de la escritura jeroglífica, acostumbraron siempre los mexicanos conservar en la memoria los hechos gloriosos de su raza, que en relaciones y cantares enseñaban á sus hijos para que no cayesen en olvido. Sin duda las primeras obras de los cronistas adolecieron de la vaguedad natural que se siente al exponer ideas nuevas y poco antes desconocidas. No eran ni podían ser trabajos completos, porque cada uno escribía lo que lograba saber. Muertos, peleando por la patria, los importantes personajes del pueblo vencido, pocos quedaban que supiesen los secretos de su historia, y de éstos la mayor parte no se prestaba á revelarlos. Los mismos cronistas ocultaban algo de lo que llegaron á conocer, especialmente si tenía relación con los dioses y el calendario, por temor de despertar la mal dormida idolatría. Y fué parte también para la confusión de sus escritos, el querer desde un principio concordar las creencias de los indios y sus tradiciones con el relato bíblico: idea muy natural en la época, y que debe tenerse en cuenta al leer las crónicas, para descartar las falsas apreciaciones de ella nacidas. Pero cualesquiera que sean sus defectos, no puede negarse que constituyen un material preciosísimo, en el cual, escogiendo con discreción y lógica, se encuentran abundantes tesoros históricos. Demos, pues, cuenta de las principales crónicas y de su importancia, examinando imparcialmente la obra de nuestros historiadores.

CARTAS-RELACIONES DE CORTÉS.—Cábele también al Conquistador la honra de haber sido el primer historiógrafo de nuestras antigüedades. Al dar razón á Carlos V de sus hazañas, diósela también de la ciudad conquistada y de todas las particularidades que llamaron su atención. Testigo ocular, tienen extraordinaria autoridad sus dichos; y debemos tenerla como principal en lo que á la Conquista se relaciona. Sin embargo, por el carácter mismo de sus relaciones, era preciso que éstas fuesen, más que una historia, un conjunto de datos inestimables. No hablemos de las diversas ediciones que de estas cartas se hicieron, comenzando por la gótica; pero sí diremos que, con el título de *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés,* las publicó en México el arzobispo Lorenzana en el año de 1770. Esta publicación es incompleta; y para dar cuenta de las cartas de Cortés, nos valdremos de la edición hecha por don Pascual Gayangos y del códice manuscrito que está en nuestro poder.

De este códice da las siguientes noticias el señor Gayangos en la Introducción á la referida publicación de las cartas: «La primera en orden cronológico, es decir, la que Cortés debió escribir por junio ó julio de 1519, no ha sido aún hallada. Hasta el mismo González de Barcia, que tanta diligencia puso en buscar éste y otros documentos relativos al descubrimiento y conquista de la Nueva España, desesperó de hallarla, sospechando fuese la misma que el Consejo de Indias mandó recoger á instancias de Pánfilo de Narváez ó la que Juan de Flores quitó á Alonso de Ávila. El inglés Robertson fué el primero que con su acostumbrada perspicacia indicó la idea de que la carta perdida se encontraría quizá en algún archivo de Viena, donde, por residir en ella Carlos V, se despachaban á la sazón muchos negocios importantes de la gobernación de España é Indias. Buscóse allí en efecto, y aunque no fué hallada, pareció una escrita en 10 de julio de 1519 y dirigida al Emperador por la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de la Veracruz, ciudad recién fundada por Cortés. De presumir es que el que la redactó tuviese á la vista la que el mismo Conquistador había poco antes dirigido al Emperador, y así es que, á falta de la primitiva, ha pasado y pasa por la primera de sus Cartas-relaciones...» «La quinta, ó sea aquella en que Cortés da larga y minuciosa cuenta de su expedición al golfo de Hibueras, ha sido hallada en el mismo códice de la biblioteca imperial de Viena, que, según ya dijimos, contenía la primera, *códice precioso para la historia de la Nueva España*, y acerca del cual nos cumple dar algunas más noticias, como quiera que hasta ahora nadie, que sepamos [1], se haya ocupado de su contenido. Es un folio menor, de seiscientas cuarenta hojas útiles, y está señalado con el N.° CXX. Además de las cinco Cartas-relaciones de Cortés, hállanse en él los siguientes documentos relativos todos al mismo asunto, exceptuando uno solo que se refiere al Perú:

»1.° Relación de Pedro de Alvarado á Hernán Cortés escrita en Villatan á 11 de abril (de 1523), en la que refiere todo lo sucedido hasta aquel punto.

»2.° Relación del mismo Pedro de Alvarado á Hernán Cortés, dándole cuenta de la tierra que había andado, conquistas que había hecho y demás sucesos [2]. Escrita en la ciudad de Santiago á 28 de julio de 1523.

»3.° Relación de Diego de Godoy [3] á Hernán Cortés, refiriéndole los hechos ocurridos desde su salida de Canacautlán.

»4.° Extracto de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hecho por Juan de Sámano, para remitir á algún príncipe ó personaje cuyo nombre no se expresa.

»5.° Despacho, instrucción y cartas de Hernán Cortés á Antonio Guiral para entregar á Álvaro de Saavedra Ceron [1] el año de 1527, cuando éste fué por capitán de la armada enviada á las islas de Maluco y otras tierras comarcanas.

»Tal es el contenido del códice de Viena, que debió pertenecer á algún español de los que por aquel tiempo volvían del Nuevo Mundo, como parecen indicarlo los epígrafes ó encabezamientos que el compilador puso á algunas de las relaciones de Cortés; á no ser que la colección la formase el mismo Juan de Sámano, autor del extracto señalado con el número 4. El haber éste ejercido por aquellos tiempos el cargo de Secretario del Real Consejo de Indias, y la circunstancia de ser *traslado auténtico, y debidamente legalizado por escribano público*, la copia de la relación primera enviada por la Justicia y Regimiento de la Veracruz en 1519, esfuerzan algún tanto la conjetura.»

Poco tendremos que agregar á la descripción del señor Gayangos; pero hay algo que añadir.

El códice tiene una cubierta de pergamino en forma de cartera, que sin duda ninguna es primitiva. En el lomo lleva dos títulos borrados é ilegibles; sobre el inferior se ha escrito posteriormente N. CXX. En la hoja superior de la pasta hay varias leyendas. La primera está completamente borrada, y se ven huellas de una antigua é historiada rúbrica. Después dice: *periit fuga a me et non est qui consolet animam meã.* En la parte inferior hay las dos siguientes inscripciones griegas: 1.ª (Ιων μεν νάς ἄγιων ϖȷ παντων ϖλησιορή...2.ª ȷῶ μένγας ἡμαν ὀνιπες χῶμεν ȷ ȷεν ορλϖο go .ω εἰδωολα ϖ dordμν ϖκιὰν.)

En la otra hoja de la pasta, dice en la parte superior: [illegible] Hernando Cortés. La letra es de fines del siglo XVI. Inmediatamente debajo hay un letrero borrado que, por los astros que han quedado, parece que decía lo mismo, aunque la letra era algo más antigua. Después hay la siguiente inscripción en letra de la misma época de la Conquista: Cortés.

En la hoja del manuscrito que puede llamarse portada, se lee primeramente y en la parte superior: 5606 × ϰ. Esto está escrito con lápiz y después

[1] «El mismo Navarrete que en 1842 dió á luz la primera, hasta entonces inédita, por una copia que en 1778 mandó sacar en Viena el conde de Floridablanca, á la sazón ministro de Estado, omitió toda descripción del códice que le sirvió de original.»

[2] «Tratan una y otra de la expedición que Alvarado hizo á la provincia de Guatemala por orden de Cortés.»

[3] «Algunas veces se le llama *Pedro* en lugar de *Diego;* pero como la carta sea original y esté firmada, no queda duda de que su verdadero nombre fué Diego. Era paisano y aun deudo de Cortés, quien le envió á Chiapa á reducir ciertos indios que se habían rebelado. Insertóla Barcia en el tomo I de su colección, así como las dos anteriores de Pedro de Alvarado, aunque debió imprimirlas por mala copia, según están desfiguradas y plagadas de errores.»

[1] «Este Álvaro de Saavedra Ceron es distinto de otro Álvaro de Saavedra, que también figura en las expediciones que Cortés envió al descubrimiento del mar del Sur. Aquél era capitán general de la armada; éste veedor. Algunos de los documentos comprendidos bajo este número 5 fueron ya publicados por don Martín Fernández de Navarrete, en el V tomo de su *Colección de los viajes y descubrimientos*, etc. Madrid, 1837.»

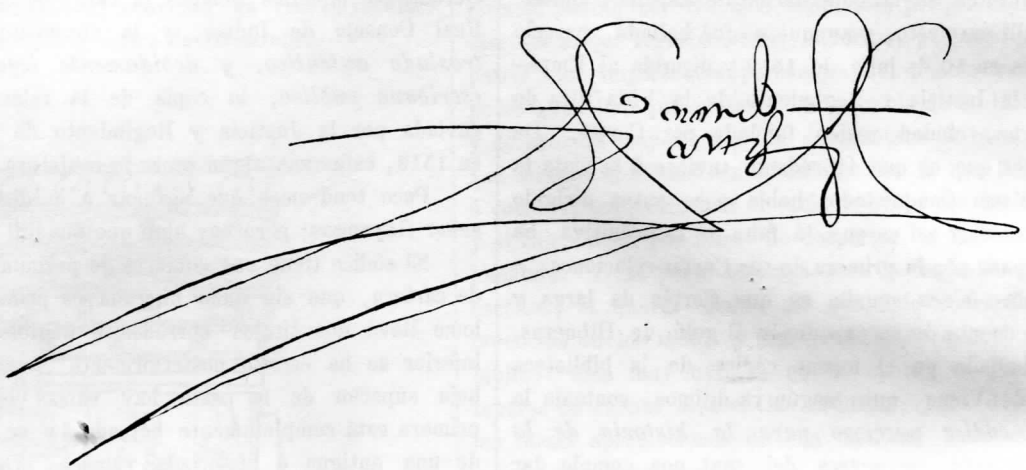
encima con tinta. Inmediatamente debajo dice: «prymera Relacion.» Más abajo, con lápiz: XIII B 29. En la parte inferior de la hoja, con lápiz: 522. Y debajo, también con lápiz: 128 N CXX Ol. S. N.

En la parte superior de la primera foja dice: «prymera Relaçion.» En la inferior, con letra diferente pero también del siglo XVI, se lee: «Ex Augustissimâ Bibliothecâ Cæsareâ Vindobonensi.»

No comienza desde luego la primera relación, pues la precede una noticia histórica que ocupa foja y media. Síguese la relación hasta el principio de la foja diez y nueve, y sin nuevo título continúa la lista d^ joyas y otros objetos enviados al Emperador, la cual ocupa hasta el fin de la foja veintiuna y tiene la fecha del año 1520. Todo esto escrito con letra muy pulida de la época de la Conquista.

Esta primera Relación no se había comprendido en la publicación del arzobispo Lorenzana ni en ninguna otra antigua, pues, como ya hemos visto, la dió á la estampa por primera vez el señor Navarrete en el año de 1842; valiéndose, no del códice de Viena, sino de una antigua copia sacada de él. Agrególe algunas notas, y con ellas se han hecho las publicaciones posteriores. Llama la atención que el señor Gayangos reprodujera el mismo texto, limitándose á corregirlo por las notas de Navarrete, con lo que quedó más adulterado. Hemos tenido la paciencia de confrontar las dos publicaciones con el códice, y resultan aquéllas con errores graves.

Resulta, pues, que hasta hoy no se ha publicado de un modo escrupuloso la primera Relación, y que sólo podemos tener por auténtica la primera del códice.



Verdadera firma de Hernán Cortés

Respecto de ella dice el señor Gayangos lo siguiente: «El original de esta carta, primera de las atribuídas á Cortés y conocidas con el nombre de *Relaciones,* no se ha podido hallar en ninguno de nuestros archivos nacionales; pero en la Biblioteca Imperial de Viena se conserva un traslado auténtico, legalizado por escribano público, así de éstas como de otras escritas por aquel conquistador, reunidas en un tomo en folio. El colector, que debió ser español, las puso á todas, y en especial á ésta, una especie de prefacio ó introducción, ya explicando las causas que á recogerlas le movieron, ya refiriendo sucesos anteriores á los allí narrados. Así sucede con esta primera, la cual se halla precedida de una extensa relación de cómo los españoles descubrieron la costa del Yucatán en 1518; cómo Juan de Grijalva fué allá en tres naos por orden del adelantado de Cuba, Diego Velázquez, y rescató con los naturales de la tierra oro y esclavos; cómo éste, no satisfecho del resultado mercantil de la expedición, recibió mal á Grijalva y determinó dar á Cortés el mando de otra mayor armada, etc.»

La segunda Relación, que es la primera de las cartas de Cortés que existen, comienza en el códice á la foja veintidos. Antes debo decir, que la paginación es posterior á la escritura de las Relaciones, y de la misma mano que la marca *número* 123 de la pasta; lo que con fundamento hace suponer que sea obra del bibliotecario de Viena de fines del siglo XVI. No es de la misma mano, ni tampoco de la del que escribió las Relaciones, la escritura de los títulos de éstas, sino de pluma más imperfecta, si bien de la misma época. El título es sencillamente: «Segunda Relacion.» Por el carácter de letra, no puede haber duda de que este antiguo título se le puso en Viena. No tiene introducción y se extiende de la foja veintidos hasta el fin de la foja noventa y siete. Le falta el primer párrafo, que se encuentra en las cartas impresas; pero en la foja doscientos veintinueve del códice está escrito de la misma letra del informe de Juan de Sámano, y á la vuelta está el título y sumario conque corre generalmente.

El texto que ha servido de base para las diferentes publicaciones de esta segunda Relación, ha sido la impresión hecha en Sevilla por Jacobo Cromberger, á 8 de noviembre de 1522. El título en esa edición *princeps* es el siguiente: «Carta de relacion embiada a su magestad el Imperador por el capitan general de la

Nueva España llamado Fernan Cortes, en la cual hace relacion de las provincias y tierras sin cuento que se han nuevamente descubierto en el Yucatan del año de XIX a esta parte.» Por colofón dice: «La presente carta de relacion fué impresa en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla: por *Jacobo Cromberger*, aleman. A. VIII. dias de Noviembre. Año de M.DXXII.» La impresión está hecha en caracteres góticos, en folio y en veintiocho hojas sin paginación. Esta carta es la primera publicada en la colección del arzobispo Lorenzana. Comparando con ésta y con la de la edición del señor Gayangos la lectura del códice, se notan variantes que hacen suponer que ésta se tomó directamente del original, mientras que aquéllas han seguido reproduciendo los errores de la primera impresión.

A fojas noventa y ocho del códice de Viena se halla como un solo título, el que como tal y sumario se pone generalmente á la tercera Relación. El señor Gayangos lo suprime. A la foja siguiente comienza la carta, teniendo por cabeza: «Tercera Relacion,» siempre de la misma letra. Concluye en la foja ciento ochenta y tres. Al fin de la carta hay una como postdata, que suprime el señor Gayangos. Hay además en el manuscrito las siguientes líneas finales: «Esta (carta) de relacion fue impresa en la muy noble y leal cibdad de Sevilla por. Jacobo Cromberger aleman. Acabose a 30 dias de Março de 1523 años.» El título de la impresión dice: «Carta tercera de relacion: embiada por Fernando Cortes, capitan y justicia mayor del Yucatan llamado la Nueva España del mar Oceano; al muy alto Señor D. Carlos emperador... de las cosas sucedidas y muy dignas de admiracion en la conquista y recuperacion de la muy grande y maravillosa ciudad de Temixtitlan y de las otras provincias a ellas subjetas que se rebelaron, etc. Sevilla. *Jacobo Cromberger*, 1523.» Esta edición es también gótica y en folio, con treinta hojas sin paginación.

De esta edición gótica es copia el códice en la tercera carta, y parece que el señor Gayangos se sirvió de ella también. La edición de la Iberia se sacó de la publicación del señor Lorenzana, y la de la Biblioteca de autores españoles de la compilación de Barcia. Se puede decir, pues, que el común origen es la impresión de Cromberger.

La cuarta Relación principia en el códice á fojas ciento ochenta y una y concluye á fojas doscientas doce. Está fechada á 15 de octubre de 1524. Se imprimió con la siguiente portada: «La cuarta relacion que Fernando Cortes, governador y capitan por Su Majestad en la Nueva España del Mar Oceano, embio al muy alto y muy potentissimo invictissmo señor D. Carlos emperador semper augusto y rey de España nuestro señor, en la qual estan otras cartas y relaciones que los capitanes Pedro de Alvarado y Diego de Godoy embiaron al dicho capitan Fernando Cortes. Toledo. *Gaspar de Avila* 1525.» Edición gótica en folio, de veintiuna hojas sin paginación. En la publicación del señor Lorenzana tiene también una portada que dice: «Carta de Relacion que D. Fernando Cortés Gobernador y Capitan General por su Majestad en la Nueva España del Mar Océano embió al muy alto, y muy potentíssimo, invictíssimo Señor Don Carlos, Emperador por siempre augusto, y Rey de España Nuestro Señor.» La semejanza de títulos acredita que el señor Lorenzana siguió la edición gótica. Se conoce que el códice la siguió también, porque tiene las relaciones de Pedro de Alvarado y de Diego Godoy comprendidas en aquélla. En el códice falta la dirección al Emperador; pero sí se encuentra en la edición del señor Gayangos y en la de la Iberia; la primera tomada de Barcia ó de la colección de Muñoz y la segunda de Lorenzana.

Se ve, pues, que en esta Relación como en la anterior ha servido constantemente de original la edición gótica.

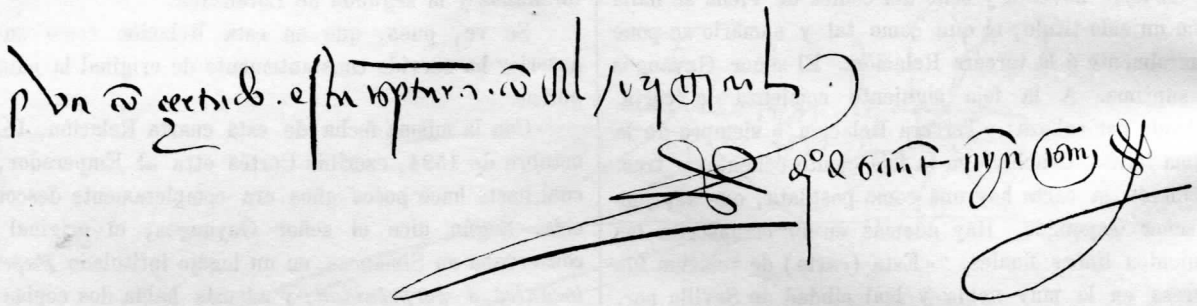
Con la misma fecha de esta cuarta Relación, 15 de octubre de 1524, escribió Cortés otra al Emperador, la cual hasta hace pocos años era completamente desconocida. Según dice el señor Gayangos, el original se conservaba en Simancas, en un legajo intitulado *Papeles tocantes á perpetuidad;* y además había dos copias en la colección Muñoz, poco diferentes en cuanto al contexto, llevando una la fecha del XIV y la otra del XV de octubre. El señor García Icazbalceta la publicó por primera vez en México, en 1855, en preciosa edición gótica de sesenta ejemplares; la reprodujo en 1859 en su Colección de Documentos para la historia de México, é hizo de ella nueva edición gótica de setenta ejemplares en 1865. Lleva ésta la siguiente portada: «℄ Esta es vna carta que el muy ilustre señor Don Hernando Cortes marques que luego fue dl̄ Valle | escriuio á la S. C. C. M. dl̄ Emperador, dandole quēta d̄ lo q̄ ?uenia puees ē aquellas ptes: y de algunas cossas en ellas acaescidas. ℄ Fecha ē la gran cibdad de Temistitan Mexico d̄ la nueua España: a xv dias del mes d̄ octubre d m.d.xxiv Años. ℄ Agora nueuamēte impssa por su original.» A la usanza antigua lleva el siguiente colofón: «℄ A honrra y gloria de nuestro señor Jesu xpo: aqui se acaba la p̄sente carta: la qual fue impressa en la gran cibdad de Temestitā Mexico: ē casa de Joaquin Garcia Icazbalceta. Acabose a. xxv. dias dl̄ mes d̄ agosto del año de m.dccc.lxv. ✠» Esta preciosidad bibliográfica se imprimió á dos tintas, con el escudo de Carlos V, en papel de Holanda, en octavo menor y en catorce fojas.

El señor Gayangos la incluye también en su edición de las cartas de Cortés, publicada en París en 1866. Tiene algunas variantes de redacción, aunque de poca importancia. Pero debe preferirse el texto publicado por el señor Icazbalceta, porque está sacado directamente de la carta original, que es de su propiedad.

La quinta Relación fué hallada en el códice de Viena y es de 3 de setiembre de 1526: en ella da Cortés cuenta pormenorizada de su expedición á las Hibueras. Por las citas que hace el señor Gayangos se viene en conocimiento de que hay en Madrid una copia en la Academia y otra en la Biblioteca Nacional.

Esta carta está publicada en la colección de la Iberia con el siguiente título: «Carta quinta dirigida á la sacra católica cesarea magestad del invictísimo emperador don Carlos V, desde la ciudad de Tenuxtitan, á 3 de Setiembre de 1526 años.» El señor Gayangos le da solamente el siguiente sencillo título: «Carta de Hernán Cortés al Emperador. Méjico 3 de Setiembre de 1526.» No tiene ya el número de relación ni título alguno en el códice. Comienza en la foja doscientas treinta y acaba en la doscientas ochenta y siete. El señor Gayangos dice que concluye con el siguiente párrafo: «Potentissimo Señor, de V. Ces. Maj. muy humilde siervo y vasallo que los muy reales pies y manos de V. M. besa.—*Hernando Cortes.*» Esto es un error; la que concluye así es la cuarta, y no ésta, que no tiene fecha ni firma en el códice. En éste concluye con las siguientes palabras: «son notorios mis servicios y lealtad con que los hago y no quiero otro mayorazgo sino este.» Y en la publicación del señor Gayangos varía diciendo: «y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino este.»

Al fin de esta quinta carta y en la parte baja de la página, está la certificación del escribano público de que ya hemos hablado. Esta certificación en nuestro concepto aclara el origen del códice. Dice así, según



Facsímile de la certificación del Códice de Viena
(Cartas de Cortés)

hemos podido leer: «y ba cõcertada esta escriptura co el oryginal—Diego de Sant Martin Escribano (Una rúbrica).»

Veamos nuevamente la opinión del señor Gayangos en este punto, para dar la nuestra. Dice que debió pertenecer á algún español de los que por aquel tiempo volvían del Nuevo Mundo, á no ser que formase la colección Juan de Sámano, autor del extracto número 4 y Secretario del Real Consejo de Indias. Lo primero no puede ser, tanto porque el escribano da fe de haberse sacado la copia del original, cuanto porque no hubo en México, en el siglo XVI, ningún escribano que se llamase Diego de Sant Martín, como puede verse en la lista de escribanos habidos en México, que se publicó en el Apéndice á la Memoria de Hacienda de 1874. Lo segundo es cierto en parte. No fué Sámano quien mandó hacer y certificar la copia; pero, como Secretario del Consejo de Indias, con ella y otros documentos formó este precioso volumen. Lo comprueba el ser letra igual á la de su extracto la foja doscientas veintinueve, en que agregó el sumario y principio que faltaba á la segunda Relación. Creemos que puede deducirse que este códice se mandó formar para el Consejo de Indias. De aquí se infieren varias consecuencias importantes.

En efecto, ocurre desde luego que la primera carta de Cortés, si la escribió, no llegó á España. De lo contrario, no se explicaría su ausencia en el traslado del códice. No es razón en contra la enumeración de las cartas; no se fijó hasta la tercera, y pudo muy bien tomarse como primera la del Ayuntamiento de Veracruz. No es tampoco razón la referencia de Gomara, pues se puede aplicar perfectamente á la del Ayuntamiento. Pudo Cortés muy bien escribir con la misma fecha una carta de menor importancia, pues ya hemos observado que así lo hacía, y varias de estas cartas pueden verse en las ediciones de la Iberia y del señor Gayangos. Pero como Cartas-relaciones sólo se admiten las cinco de que hemos hablado. Y hasta fué natural que la primera no la escribiese Cortés. Él había venido á nuestras costas, no con cargo real, sino como oficial de Diego Velázquez y con una armada suya, á rescatar oro y plata. Al llegar á las playas á que da frente el islote de Ulúa, comprendió que, por las leyes providenciales de la historia, su misión era más grande que el rescate de metales preciosos; que un gran pueblo se presentaba ante su espada para conquistarlo á sus reyes y á su fe; pero su autoridad se derivaba de Velázquez, y era necesario que del Emperador se derivase, para convertirlo de soldado en capitán y de mercader en conquistador. Entonces fundó la Villa Rica de la Veracruz y formó ayuntamiento, y éste, en nombre del Emperador, le hizo capitán de la expedición y de la conquista; rasgo de genio y audacia, acaso el mayor del atrevido extremeño. Por eso era lógico que diese cuenta de todo lo acontecido

hasta entonces, no el mismo Cortés, sino el Ayuntamiento. Que él fuese el redactor de la Relación, sí es muy posible; que lo mismo con la pluma que con el acero sobresalía de cien codos sobre todos los que le rodeaban aunque se llamasen Cristóbal de Olid ó Bernal Díaz del Castillo.

Además, como de esta primera carta no se conoce original, ni más traslado auténtico que el del códice, y ninguna impresión está enteramente conforme con él, se hace indispensable una publicación esmerada. Y aun para la segunda, tercera y cuarta deberá seguirse su lectura por la mayor fe que da un traslado con legalización de escribano. Mayor razón hay para seguirlo en la quinta que de él toma su origen. De todas maneras, perdidos como están los originales, debe tenerse como original este códice y ser él la base única de las publicaciones posteriores.

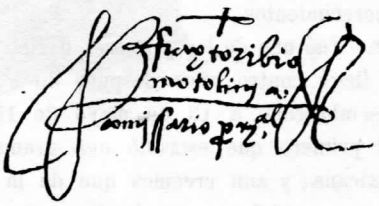
¿Pero cómo pasó el códice del Consejo de Indias á Viena? Fácil es resolverlo. Muchos negocios de Indias se despachaban en aquella corte, residencia de Carlos V. Quedó, pues, desde entonces ahí, pasando más tarde á la Biblioteca. Y prueba es de esto la paginación y los títulos de las Relaciones, que son claramente de letra alemana del siglo XVI.

Para concluir diremos que este códice será nuestro libro de consulta en lo que á las dichas relaciones se refiera; y que se conserva en un perfecto estado, sin que el papel de Génova en que está escrito, tenga ninguna rotura ó picadura de polilla; como si el mismo tiempo hubiese querido respetar este monumento de nuestra historia, y monumento preciosísimo, que al fin está en México, cabiéndonos la fortuna de utilizarlo para esta obra.

Primeros cronistas. A la conquista de la espada siguió la conquista de la fe; tras el duro soldado que con muerte y exterminio venía á arrebatar á los indios la tierra de sus mayores, llegaron los primeros frailes á darles con dulzura y caridad un cielo desconocido para ellos, un cielo todo amor y todo ternura: sin los doce gigantes del corazón que vinieron después de los titanes de la espada, la obra de Cortés se habría perdido. Este había ganado la tierra para sus reyes; aquéllos venían á ganar un pueblo para la humanidad. Por eso nosotros, al hablar de la patente conque el general de la Orden mandó á los doce primeros frailes franciscos, patente que original tenemos y como rico tesoro guardamos, hemos dicho que fué la credencial conque la civilización vino de embajada al Nuevo Mundo.

Los conquistadores saben hacerse entender de todos los pueblos con la voz de trueno del cañón y el silbo de acero de la espada; pero aquellos heróicos frailes, que llegaban á predicar á hombres que no entendían su lengua, tuvieron que comenzar por aprender la suya; y no una, sino las diversas de los diferentes pueblos que doctrinaban. No contentos con labor tan ímproba, que hoy no osaríamos emprender, escudriñaron esas nuevas lenguas, y formaron de ellas vocabularios y gramáticas; trabajo inapreciable y extraordinario, que en los tiempos de ahora habría merecido calurosos aplausos de la prensa de todo el mundo, medallas de las academias y elogios y diplomas de las sociedades científicas; pero que en aquella sazón pasó desapercibido como todas las buenas obras de sus autores, sin más galardón que la gratitud de los que amamos nuestra historia, y sin más triunfo para ellos que los vítores de su conciencia.

Motolinía. Tal es el nombre que adoptó y conque se conoce á fray Toribio de Benavente, uno de los doce primeros frailes. Su solo sobrenombre pinta su carácter y su alma. Habiendo llegado á la plaza de Tlaxcalla, primera ciudad importante en que tocaba la pléyade peregrina, y siendo día de mercado en donde se juntaba la mayor parte de la población, ya que no les podían predicar por falta de su lengua, señalábanles á los indios el cielo, queriendo así darles á entender su santa misión. Los indios andaban tras de los frailes, causándoles lástima por desarrapados y verlos en traje tan diferente del gallardo y brillante de los soldados españoles, y



Facsímile de la firma de Motolinia

menudeaban al contemplarlos la palabra *motolinia*. Indagóse de su significado con un español nuestro fray Toribio: Respondióle el español: «Padre, *motolinia* quiere decir pobre ó pobres.» A lo que contestó el fraile: «Pues ese será mi nombre para toda la vida.» Y desde entonces se firmó y llamó Motolinía; y la palabra que los indios le dirigían por escarnio y que él para nombre tomó por humildad, hoy resuena gloriosa recordando á uno de nuestros primeros historiadores y á uno de los protectores y padres más cariñosos de los vencidos.

Dejando á un lado las cuestiones bibliográficas referentes á nuestro cronista, que han sido ya tratadas por mano maestra, nos ocuparemos solamente de su *Historia de los Indios de Nueva España*. Por su dedicatoria al conde de Benavente en Tehuacán, día del glorioso apóstol san Matías (el 24 de febrero), año de 1541, puede conjeturarse que en esa fecha acabó su Historia. Aunque utilizada por la mayor parte de los historiadores de segunda mano, no vió la luz pública hasta el año de 1848 en la colección de Kingsborough, pero quedó truncada en el volumen póstumo de esa publicación. En 1858 salió más completa la Historia en el primer tomo de *Documentos para la Historia de México*, que dió á luz el señor Icazbalceta. Después se

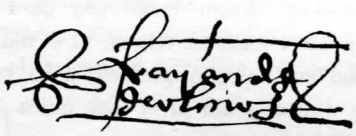
publicó en Madrid sin nombre de autor: hay en ésta algunas diferencias con las otras publicaciones, no solamente en la ortografía, sino en la numeración de los capítulos del segundo tratado, faltando unos párrafos al fin de la obra. En la edición del señor Icazbalceta lleva el título citado; en la de Kingsborough el siguiente: *Ritos antiguos, sacrificios é idolatrías de los Indios de la Nueva España, y de su conversion á la fé, y quienes fueron los que primero la predicaron.* La edición de Madrid agrega: *Va dividido el libro en tres tratados.*

La obra, en efecto, consta de tres tratados; pero el autor habla explícitamente de un cuarto, que no escribió ó se ha perdido. En el *Libro de Oro* tiene el señor Icazbalceta un manuscrito más completo de esta crónica, y según nos ha comunicado está preparando su impresión. En el mismo códice hay otro escrito importantísimo de Motolinía sobre el planeta Venus. Ese trabajo, por tantos años desconocido, nos ha servido de clave para comprender al fin el verdadero mecanismo del calendario mexicano. Consideramos á Motolinía como primera y muy principal fuente de nuestra historia escrita; y cuantos elogios pudiéramos hacer de su obra serían pequeños para sus merecimientos.

Olmos. Fué uno de los primeros frailes que vinieron, pues llegó cuatro años después de los doce que habían desembarcado á 13 de mayo de 1524, y fué también el primero que escribió una gramática de la lengua mexicana; y aun creemos que de la otomí, por alguna hoja que estaba agregada á nuestro manuscrito de aquélla. El primero fué, igualmente, en escribir un vocabulario mexicano, una gramática y vocabulario de la lengua huasteca ó *cuexteca* y gramática y vocabulario de la lengua totonaca, á más de sermones, confesionarios y doctrinas en huasteco y mexicano.

No sabemos que se hubiesen publicado estas obras y acaso estén perdidas, aunque creemos tener copia manuscrita de la gramática huasteca. En cuanto á la mexicana, que concluída tenía desde 1547, es decir, veinticuatro años antes de que se imprimiese la de Molina, fracasó su impresión en 1562, por muerte de Francisco Bustamante, protector de Olmos, y que en viaje que hizo á España se había encargado de solicitar el real privilegio. Había manuscrito de ella en la Biblioteca de París; y por fin, después de más de tres siglos de permanecer inédita, dióse á la estampa en esa ciudad el año de 1875.

Pero además de sus trabajos lingüísticos, debemos considerar como historiador al compañero de Zumárraga. Perdidos están sus manuscritos, aun cuando no debemos desesperar de que parezcan, como parecieron los de Mendieta. Éste nos cuenta que por ser Olmos la mejor lengua mexicana que entonces había en esta tierra y hombre docto y discreto, le encargaron don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la Real Audiencia de México, y fray Martín de Valencia, que de prelado vino con los doce primeros frailes, que sacase en un libro las antigüedades de los indios, en especial de México, Texcuco y Tlaxcalla. En obediencia nuestro Olmos, habiendo visto todas las pinturas que los caciques y principales de estos lugares de sus antiguallas conservaban, hizo un libro muy copioso y de él se sacaron tres ó cuatro trasuntos que se enviaron á España, llevándose después el original un religioso que se fué á Castilla, de suerte que no quedó en México copia ninguna de la obra. Pero por lo que conservaba en la memoria, más tarde escribió Olmos un compendio de su



Facsímile de la firma de Olmos

Historia; y éste quedó sin duda en México, pues Mendieta dice haberse valido de él, y sin duda también se valió Torquemada, aunque no lo dice.

Ya se comprenderá lo que importaría el hallazgo de tal manuscrito, por ser una de las fuentes primitivas y principales. Pero creemos haber encontrado otro trabajo de Olmos: su calendario. Cuenta Mendieta que se sacó el calendario de los indios en rueda con mucha curiosidad y sutileza, conformándolo con la cuenta del europeo; pero que como era peligroso que entre los indios anduviese, de temor que les trajese á la memoria sus antiguos ritos y ceremonias, fué mandado destruir. Por fortuna se conservó un ejemplar de la rueda y de su explicación, que se han encontrado en el ya citado *Libro de Oro*. Por la colocación que tiene en ese códice, creería cualquiera que es de Motolinía; pero hay las siguientes razones para afirmar que es el célebre de rueda ó caracol de Olmos. En primer lugar, no forma parte del texto de la crónica de fray Toribio, sino que está aislado de él por fojas blancas y es de letra diversa; en segundo lugar, porque Motolinía, como hicieron todos los cronistas, busca la relación del principio del año mexicano con el europeo y lo coloca en marzo, mientras que en este manuscrito se sigue un sistema único: tomar por base el calendario europeo, y referir al 1.° de enero el principio del año mexicano para explicar así sus relaciones. En tercer lugar, porque Motolinía afirma que los indios no usaban el bisiesto, y el manuscrito asegura lo contrario. Y en fin, porque Motolinía, cuando en su crónica trata del calendario, no hace referencia ninguna á este trabajo.

Este escrito del padre Olmos es muy importante y debe tenerse siempre en cuenta para el estudio de la cronología mexicana.

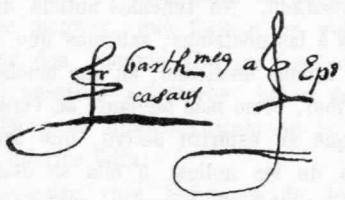
Las Casas. No vamos á hablar de la vida y carácter del famoso obispo de Chiapa, fray Bartolomé de Las Casas: insignes talentos se han ocupado de ello.

Ni siquiera vamos á tratar de sus obras de polémica, demasiado conocidas y poco útiles para el intento de esta empresa. Vamos á hablar solamente de sus dos trabajos históricos. Y nótese que los escritos de este cronista, como los de Olmos y Motolinía, parecieron también condenados al olvido. Apenas hace ocho años, en el de 1875, que se comenzó en Madrid la publicación de su *Historia de las Indias*. Ocúpase la mayor parte de esa historia de los viajes de Colón; mas ya al fin del tomo IV trata con buenos datos de las expediciones de Grijalva y de Cortés. Desgraciadamente la historia no alcanza sino hasta el año de 1519, y en lo que á

Fray Bartolomé de Las Casas

nosotros se relaciona, concluye con la fundación de la Veracruz, formación del Ayuntamiento y nombramiento de gobernador en la persona de Cortés.

Teníamos gran esperanza de que se imprimiese la



Facsímile de la firma de Las Casas

Apologética Historia, por ver si en ella Las Casas había escrito algo más importante sobre nuestra historia antigua; pero sólo se dieron á luz algunos capítulos; y éstos engañaron más nuestras esperanzas, pues tan sólo tres ó cuatro pueden aprovecharse para nuestra historia antigua, y aun esos, poco nos enseñan que ya no supiéramos.

Admiremos, sin embargo, al valeroso defensor de los indios; y curioso es que yendo al mismo fin que Motolinía, — ser el amparo de los vencidos y el conservador de su historia, — se tornase en enemigo de él y separase á ambos un desvío profundo. Tal vez únicamente porque el carácter del primero era agitado y vigoroso como la mar, y el del fraile francisco apacible y tranquilo como nuestros lagos.

Sahagún.—Nació Bernardino Ribeira en el pueblo de Sahagún, del reino de León, en los primeros años del siglo XVI. Comenzó sus estudios en la Universidad de Salamanca, y estudiante y joven aun, metióse fraile francisco en el convento salmantino. Bello era de semblante como de alma, y en ingenio no cedía á su afición por las letras.

Las naciones indias, subyugadas en la Nueva España, incitaban entonces á los conquistadores de almas; y nuestro fray Bernardino, soldado del cristianismo, embarcóse para las costas del Nuevo Mundo y llegó á nuestras playas con otros diez y nueve frailes, que en su compañía trajo fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Tuvo esto lugar en el año de 1529, según consta de un volumen MS. en folio, que tiene por título: «Bezerro General ‖ Menologico y Chronologico de todos los ‖ Religiosos que de las tres parcialidades conviene â saber ‖ Padres de España, Hijos de Provincia, y Criollos ha ‖ avido en esta S^ta^ Prov.^a^ del S^to^ Evang.°

desde su fundación ‖ hasta el presᵗᵉ año de 1764. y de todos los Prelados assí ‖ nros M. Rᵈᵒˢ P. P. Comisar.ˢ como Rᵈᵒˢ P. P. Provinciales que ‖ la han governado ‖ Dispuesto, y elaborado ‖ con la possible fidelidad y claridad por Fr. Franᶜᵒ Antonio ‖ de la Rosa Figueroa Predr Notario Appᶜᵒ Nott.º y Revisor. ‖ por el Sᵗᵒ Off. Archivero de esta Sᵗᵃ Prov.ª y Bibliothecario ‖ en este Convento de México.»—En este documento auténtico, en el catálogo de los *Padres de España que componen la Parcialidad de los Gachupines*, á fojas noventa y cuatro, se lee: «43. V. P. Fr. Bernardino de Sahagun. Sⁿtiago (sic) 1529.»

Sabemos, pues, el año de su arribo, y que fué anotado el cuadragésimo tercero de los franciscanos que vinieron á México, como indica el numeral que precede á su nombre. Los religiosos de su Orden, dedicados principalmente á doctrinar á los indios, necesitaban ante todo aprender el idioma de los vencidos; y se dió para

Fray Bernardino de Sahagún

ello tales trazas nuestro Sahagún, que cuenta el padre Mendieta, que «llegado á esta tierra, aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ningun otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella y ninguno tanto se ha ocupado en escribir en ella.» Esta opinión era general en sus contemporáneos, pues en los informes que en 1570 rindieron los franciscanos al rey, se dice que fray Bernardino y fray Alonso de Molina eran las mejores *lenguas* de la provincia.

Esto y los estudios que había hecho en la famosa Salamanca, disponíanlo especialmente al profesorado de los indios, misión sublime que desempeñó hasta el fin de su existencia.

Antes de que se fundara el Colegio de Santa Cruz en Santiago Tlatelolco para instruir á los hijos de indios principales, habíales comenzado á leerles la gramática en la capilla de San José del convento de San Francisco de México, siendo el primer maestro fray Arnaldo Bassacio. Debe creerse que Sahagún, cuya vida se dedicó á la enseñanza de los naturales, tan luego como aprendió la lengua mexicana, comenzó á ejercer su benéfico profesorado. No tenemos noticia de que á su venida saliera á las doctrinas; sabemos que se dedicaba á cultivar el idioma mexicano, en que mucho sobresalió y mucho escribió, como más adelante se verá, y fácil es comprender que su espíritu activo, que tanto hizo por la instrucción de los indios, á ella se dedicara desde luego, como se dedicó después, cuando se fundó el colegio de Santa Cruz.

Quién fuera el primer Rector del colegio, cosa es que ignoramos; pero nos persuadimos á creer que no lo fué Sahagún, pues, aun como lector, no ocupó al principio puesto importante.

En el tiempo que medió de la fundación del colegio á la partida del virey Mendoza, piérdese el hilo de los sucesos y nada sabemos de Sahagún. Suponémoslo leyendo su latín.

Si durante este tiempo se nos pierde Sahagún, digámoslo así, rastro nos dan de él, sin embargo, sus obras; y debemos á más suponerlo en sus primeros años

variando de monasterios y dedicándose á doctrinar, pues Mendieta dice que «en su juventud fué guardián de principales conventos; mas después, por espacio de cuasi cuarenta años, se excusó de este cargo, aunque en veces fué difinidor de esta Provincia del Santo Evangelio y visitador de la de Michuacan, siendo custodia.»

Esta época debió ocupar precisamente los veinticinco años que habían transcurrido desde la llegada de Sahagún á los tiempos en que Pablo Nazareo era rector del colegio. Siendo de doctrinar por entonces los trabajos de Sahagún, lógico era que sus obras de ese tiempo exclusivamente se refirieran á ese objeto. Aun no llegamos á la época de su vida, en que cambiara la pluma del teólogo por la del historiador; y nos encontramos desde luego en frente de tres obras puramente religiosas.

La primera es un MS. en cuarto menor, todo de letra de Sahagún, aunque sin nombre de autor. Está escrito en mexicano y comprende los Evangelios y Epístolas de las dominicas: tiene setenta y cuatro fojas y una de índice, de letra diferente y de época posterior: los títulos y capitales están escritos con tinta roja y de éstas algunas con oro y colores semejando pájaros ó monstruos, como era usanza en los manuscritos. La letra es todavía firme y clara, señal de que la traducción fué hecha y redactada no mucho después del año de la llegada de nuestro buen Padre, y con seguridad antes del de 1563, en el cual, según algunos renglones que conservamos, la letra estaba ya muy cansada. Este MS. no solamente está inédito, sino que era desconocido. Sin duda fué el primer trabajo de Sahagún, preparatorio del *Evangeliarium*, *Epistolarium y Lectionarium*, de que trataremos después.

La segunda obra es un sermonario que nuestro autor compuso en 1540 y corrigió después en 1563: está copiado por mano de escribiente en hojas de gran folio de papel de maguey, que forman un volumen grueso. Ya el señor don Joaquín García Icazbalceta, el más erudito de nuestros escritores, había dado razón de este MS. Tiene el siguiente título en la primera foja, cuya mitad inferior falta:

«✠ Siguense vnos Sermones de dominicas y de Sanctos en lengua mexicana: no traduzidos de sermonario alguno sino cõpuestos nuevamente ala medida de la capacidad de los indios: breves en materia y enlenguaje congruo venusto y llano facil de entender para todos los que le oyerẽ altos y baxos principales y macegales hombres y mugeres. Compusierõse el año de 1540. anse comẽçado acorregir y añadir este año de 1563. enestemes dejulio infraoctava Visitationis. El avtor los somete alacorrectiõ de la madre sancta yglesia romana cõtodas las otras obras q̃ enesta lengua mexicana acõpuesto.—una cruz—fray bnardio de sahagun—una rúbrica—otra cruz lateral á la firma.» Toda esta portada es de puño y letra de Sahagún, firmada y rubricada por él.

A continuación de la portada faltan algunas hojas y se hallan dos sueltas, ya de letra del escribiente. En la cabeza de la que viene después se encuentra, de letra de Sahagún, esta nota:

«Siguense unos sermones breves enla lengua mexicana el autor dellos los somete ala correptiõ de la madre sancta yglesia cõtodas las demas obras suyas son para todo el año de domynycas y sãctos no estan corregidos. (La misma firma de la portada).»

Tiene el MS., tal cual se conserva hoy, noventa y cinco hojas á grandes márgenes, en los cuales escribió el autor, de propia mano, muchas correcciones y apostillas. Conserva su pasta primitiva de cuero ordinario, que forra una especie de cartón formado con hojas escritas de papel de maguey, cuyo contenido ignoramos, porque para saberlo hubiera sido preciso deshacer la pasta primitiva, á lo que no nos atrevimos.

Esta obra ha permanecido inédita.

Sin duda que hacia la misma época se escribió el MS., que en lujosa impresión dió Biondelli á la luz en Milán, con el siguiente título: «Evangeliarium Epistolarium et Lectionarium Aztecum sive Mexicanorum ex Antiguo Codice Mexicano nuper reperto depromptum cum præfatione interpretatione adnotationibus glossario edidit Bernardinus Biondelli Mediolani Typis Jos. Bernardini 2.ᵐ Joannis MDCCCLVIII.»

Tiene el libro después: una foja de dedicatoria; *Præfatio,* XXI páginas; *De lingua azteca,* XXI-XLIX; *Evangeliarium Epistolarium et Lectionarium Aztecum*, cuatrocientas veinticinco páginas á dos columnas, latín y mexicano, con una hoja facsímile del códice original; *Glossarium Azteco-Latinum,* páginas 427–553; *Index totius voluminis*, páginas 555–574; *Errata-Corrige*, una foja.—Hermosa edición de lujo en folio.

Hablando de esta obra dice el señor Orozco y Berra: «Este libro es el mencionado por el autor bajo el nombre de *Postilla*.» Torquemada cuenta entre las obras del autor «una muy elegante Postilla, sobre las Epístolas y Evangelios dominicales y el modo y pláticas que los doce primeros padres tuvieron en la conversión de los señores y principales de esta tierra.»—Vetancourt asegura á este propósito: «una Postilla de los Evangelios y Epístolas de lenguaje muy propio y elegante, donde he aprendido muy elegantes períodos; está en este tomo la noticia de la venida de los primeros Padres, respuestas que tuvieron con los sátrapas y sacerdotes fingidos de los ídolos acerca de los misterios de la Fee, en castellano y mexicano, en dos libros, que el uno tiene treinta capítulos y el otro veinte y uno, doctrina de materias católicas.»—Lo impreso sólo alcanza á los Evangelios y Epístolas, y no contiene las demás materias encerradas en el ejemplar de Vetancourt.» Basta ver un ejemplar de la edición de Biondelli para

conocer que no es la Postilla de que habla Vetancourt, no solamente porque de muy diversas materias se ocupa, sino porque ésta se hallaba escrita en mexicano y español y aquélla lo está en mexicano y latín. Creemos que es uno de tantos ejemplares que de diversa manera hizo Sahagún de su Postilla, y semejante, aunque más amplio, al que sólo en mexicano tenemos citado. Sin duda lo amplió y corrigió, como el Sermonario, al hacerlo sacar en limpio; pues según la descripción que del manuscrito original hace el editor, es semejante al Sermonario, aun en el modo con que estaba formada su pasta; y lo comprueba el facsímile publicado, que en tamaño y forma de letra también concuerda con él. Este facsímile ha producido un error muy natural: se ha creído que representa la letra de Sahagún, así como el editor creyó que había escrito de su mano el códice; pero es letra de escribiente, enteramente igual á la del Sermonario, muy diferente de la del autor, como se ve con toda claridad en las apostillas de dicho Sermonario.

Precede al *Evangeliarium* un estudio sobre la lengua mexicana, en que equivocadamente se la quiere comparar con las indo-europeas; y al fin se encuentra un glosario de las voces mexicanas del códice: no sabemos si está arreglado por Biondelli, pero tememos que lo haya tomado de alguna otra parte, según lo que se asemeja á cierto vocabulario de que en seguida pasamos á ocuparnos.

Vocabulario trilingüe.—Dice Torquemada: «Escribió también otro vocabulario, que llamó *Trilingüe*, en lengua mexicana, castellana y latina, de grandísima erudicion, en este exercicio de la lengua castellana.» Vetancourt agrega: «Hizo un Vocabulario Trilingüe, en latin, castellano, y mexicano, que destrozado tengo en mi poder.»

Túvose por perdido el vocabulario en cuestión, pues después de Vetancourt nadie lo había vuelto á ver; y aun hubo quien negase su existencia. Así, el autor de la bibliografía publicada en los *Ocios de Españoles emigrados*, dice en una nota: «Nicolás Antonio habla de este escritor (Sahagún); mas de su obra con inexactitud, porque no la vió; aunque dice haberla enviado á España un virrey de Méjico. Fiado en el testimonio de Lucas Wadingo, dice que escribió *Dictionarium copiosissimum trilingue, mexicanum, hispanicum et latinum*. Equivocación nacida de haber ordenado el autor su historia á tres columnas, como él lo dice; mas no hizo diccionario ninguno en tres lenguas.»

Pero la equivocación fué del español emigrado, pues además de los testimonios, irrecusables en esta materia, de Torquemada y Vetancourt, hay una prueba palmaria y es que todavía existe: formaba parte de nuestra biblioteca.

Es un volumen grueso en cuarto menor español, escrito con magnífica letra de forma medio gótica, en papel genovés. En cada renglón la primera palabra está en español y la sigue su traducción latina, colocándose encima del renglón, con tinta roja, la voz mexicana, aunque en algunos falta esta última. El diccionario es á dos columnas. Tiene al principio dos fojas independientes del vocabulario, y en ellas y en la última página hay de letras diferentes varios nombres con su traducción mexicana: una de estas letras, en la primera página, es de Sahagún. Esto, que aparece como corrección ó adición de la copia, y el no tenerse noticia de que otro escritor haya hecho otro vocabulario trilingüe, son para nosotros pruebas bastantes de que el presente es el tan buscado de fray Bernardino. De su discípulo Martín Jacobita, hay varias firmas en el códice de Santiago, y comparándolas con la letra del vocabulario, se conoce desde luego que el discípulo fué el escribiente de la magnífica obra del maestro.

Entremos ahora en la segunda parte de la vida de Sahagún, la más interesante, porque el maestro de indios se va á convertir en historiador, de sus mismos discípulos ayudado. Sin duda que antes del año 1540 ya había comenzado sus estudios, y por eso rehusaba todo cargo ó primacía en su Orden. Sábese que ya en 1547 tenía redactadas las materias que forman el libro VI de su historia. Y antes de pasar adelante veamos las noticias ajenas que de tan importante obra han llegado á nuestro conocimiento.

Publicóse en México con la siguiente portada: «Historia general ‖ de ‖ las cosas de Nueva España, ‖ que en doce libros y dos volúmenes ‖ escribió, ‖ el R. P. Fr. Bernardino de Sahagun, ‖ de la observancia de San Francisco, ‖ y uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio ‖ en aquellas regiones. ‖ Dala á luz con notas y suplementos ‖ Carlos María de Bustamante, ‖ diputado por el Estado de Oaxaca ‖ en el Congreso general de la Federación mexicana: ‖ y la dedica ‖ á nuestro santísimo padre ‖ Pio VIII.

»Mexico: ‖ Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, calle de Santo Domingo ‖ y esquina de Tacuba. ‖ 1829=30=3 volúmenes en 4to. menor.»

El señor Bustamante solamente publicó entonces once libros, y no hay que decir que, como edición suya, no es completamente fidedigna y está llena de errores y de notas absurdas é impertinentes.

La obra de Sahagún permaneció inédita cerca de tres siglos; y hubo la coincidencia de que al mismo tiempo se publicase en México y en Londres en la famosa colección de lord Kingsborough.

Habían dado razón de esta obra varios escritores. Nicolás Antonio habla de la *Historia de las cosas antiguas de los indios*, aunque no la vió; y dice que está dividida en once libros, sin hacer mérito del duodécimo que, aunque trata de la Conquista, forma parte de la obra. León Pinelo cita también esta obra de Sahagún y otras. Con Torquemada, otros escritores dan también noticia de Sahagún, pero no hacen su bibliografía.

Por primera vez se publicó un análisis de la Historia de las cosas de Nueva España, en un periódico mensual, que con el título de *Ocios de españoles emigrados* se daba á luz en Londres en el año de 1824, y puede el curioso lector ver tan importante noticia en las páginas trescientas sesenta y nueve á trescientas ochenta del primer tomo de esa colección.

Quien nos da una bibliografía extensa, aunque incompleta, es don José Mariano Beristain y Souza, en su Biblioteca Hispano-Americana.

Veamos ahora lo que de la historia de tan importante libro hemos podido alcanzar y procuremos desenredar la maraña de datos confusos que han llegado hasta nosotros.

Hemos visto que en 1547 estaba ya Sahagún dedicado á los estudios históricos. Debió llamar la atención de los superiores de su Orden, pues él mismo nos cuenta que su provincial fray Francisco Toral le mandó que escribiese su obra. Como el padre Toral fué provincial en el año de 1557, debemos señalar éste como el del principio de su historia. Para llevar á cabo su empresa, pasó nuestro autor al pueblo de Tepeopulco, de la jurisdicción de Texcoco. Allí, valiéndose del señor principal don Diego de Mendoza, reunió á diez ó doce de los más entendidos en antigüedades, siendo algunos ancianos contemporáneos del imperio azteca, y cuatro de ellos, latinos, discípulos del mismo Sahagún. Entonces siguió un sistema curioso y peculiar que ningún otro historiador puso en práctica. Comprendiendo que la escritura jeroglífica era la fuente más genuina de nuestras antigüedades, como esta fuente había sido destruída, empezó por reconstruirla. Al efecto hizo en castellano *una minuta ó memoria* de las cosas que quería tratar, y los indios le escribieron esas materias «por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban.» A su vez, los gramáticos «las declararon en su lengua escribiendo la declaración al pié de la pintura.»

Este fué, pues, el primer ensayo de su obra y puede datarse poco más ó menos en 1559. Sahagún lo conservaba, según nos cuenta: veremos después su paradero. Esta primera obra, más que de Sahagún, fuélo de los indios: ellos hicieron las pinturas y la paráfrasis mexicana para contestar á las dudas y preguntas del maestro.

Al siguiente año de 1560 terminó el padre Toral su oficio, y nombrado provincial fray Francisco Bustamante, volvió nuestro fray Bernardino á Tlatelolco. Siguió allí sus trabajos bajo el mismo método empleado en Tepeopulco, pues por intermediación del gobernador y de los alcaldes de la parcialidad, reunió como unos diez indios instruídos y tres ó cuatro colegiales trilingües, ayudándose principalmente de Martín Jacobita, Antonio Valeriano, Alonso Vexarano y Pedro de San Buenaventura, todos expertos en tres lenguas, latina, española é indiana. «Por espacio de un año y algo más encerrados en el colegio, se enmendó de claro y añadió todo lo que de Tepeopulco traje escrito, y todo se tornó á escribir de nuevo de ruín letra, porque se escribió con mucha prisa.»

Tenemos ya un tercer trabajo, considerando como primero la Memoria del autor, al cual se puede fijar la fecha de 1561. Todavía no es propiamente la obra de Sahagún, sino un estudio hecho en compañía de los colegiales é indios instruídos; pero ya en él aparece la personalidad del autor de una manera más importante que en el manuscrito de Tepeopulco.

Ya acopiados así los materiales para la obra, retiróse Sahagún á la tranquilidad del claustro del convento grande de San Francisco de México, y él nos dice: «con todas mis escrituras, en donde por espacio de tres años las pasé y repasé á mis solas y las torné á enmendar, y divididas por libros en doce libros, y cada libro por capítulos y párrafos.» En la introducción al primer libro explica la división de las materias.

Ya ésta es la obra de Sahagún, y aun cuando es el cuarto manuscrito sobre la materia, podemos llamarlo el primero de la Historia, advirtiendo que en México también consultó gramáticos colegiales.

El manuscrito estaba en mexicano y se concluyó el año de 1566. Así aparece con toda claridad en la página trescientas cuarenta y siete del tomo I de la edición de Bustamante, en donde, hablando del calendario, dice el autor: «de manera que este año de 1566 anda en quince años la gavilla que corre.»

Al siguiente año de 1567, siendo provincial fray Miguel Navarro y general fray Diego de Mendoza, «con su favor se sacaron en blanco en buena letra todos los doce libros... y los *mexicanos* añadieron y enmendaron muchas cosas á los doce libros cuando se iban sacando en blanco.» Fueron los copiantes Diego de Grado, vecino del barrio de San Martín, y Mateo Severino, vecino de Xochimilco.

Este es el quinto manuscrito, segundo de la obra.

Escribióse esta copia en 1569, lo que se deduce de que el autor dice en el prólogo, que una vez concluída, se pasó á revisión al padre Rivera, comisario nombrado en ese año de 1569. Y no pudo ser después, porque el padre Navarro hizo viaje á España el siguiente de 1570, y ya llevó el sumario de la Historia, de que nos ocuparemos más adelante.

Hasta aquí el historiador había sido protegido como se protegía entonces á todos los que á estos estudios se dedicaban; pero va á empezar para él la época de prueba, y al acompañarlo en ella, investiguemos las causas de tal cambio.

En efecto, á petición de Sahagún, había nombrado el comisario fray Francisco de Rivera tres religiosos para que diesen su opinión sobre la Historia, y reunido el capítulo provincial de 1570, fueron de parecer «que

las escrituras eran buenas y debían ser terminadas;» pero algunos definidores opinaron que tales gastos eran contrarios á la pobreza que profesaba la Orden, «y así mandaron al autor que despidiere á los escribanos, y que él solo escribiese de su mano lo que quisiese en ellas» (las escrituras).

No nos podemos explicar este acto verdaderamente deshonroso sino por las rivalidades que habían surgido entre los franciscos, y que motivaron el viaje á España de fray Miguel Navarro y de fray Jerónimo de Mendieta. Protegido había sido del primero nuestro Sahagún, y al triunfar en el capítulo el nuevo provincial fray Alonso de Escalona, satisfacía su orgullo, íbamos á decir su venganza, de triunfador, retirando la pequeña protección que al historiador se impartía, y obligando á un anciano de setenta años á escribir de su temblorosa mano sus páginas inmortales.

No debió callarse Sahagún; debió reclamar, aun cuando con la dulce humildad de su carácter. Hizo más; para conquistarse el favor de la Metrópoli, formó un sumario de todos los libros con sus prólogos y lo entregó á su antiguo protector para que á España lo llevase.

El sumario es el sexto manuscrito sobre la materia, y debió escribirse en castellano, pues gustó mucho á don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, que sin duda no era conocedor del mexicano.

Este hecho, que el orgullo frailesco debía considerar como un acto punible de rebelión, hizo que el provincial quitase á Sahagún todos sus libros y los repartiese por los conventos de la provincia. Suspendióse, pues, todo trabajo, hasta que, habiendo vuelto fray Miguel Navarro en 1573 nombrado comisario general, mandó recoger, poniendo censuras, los libros esparcidos que en el año siguiente de 1574 fueron entregados al autor, quien cuenta que «en este tiempo ninguna cosa se hizo en ellos ni hubo quien favoreciese para acabarse de traducir en romance.»

El manuscrito, pues, interrumpido por el padre Escalona, era el séptimo, traducción de la obra mexicana al castellano.

Pero por fortuna el sumario había dado el resultado apetecido; había llamado en España la atención del Consejo de Indias, y fray Rodrigo de Sequera, nombrado nuevo comisario general, trajo en 1576 orden de enviar los doce libros, para lo cual «mandó al dicho autor que los tradujese en romance y proveyó de todo lo necesario para que se escribiesen de nuevo, la lengua mexicana en una columna y el romance en la otra.»

Concluyóse en el mismo año de 1576 el traslado de los cinco primeros libros, en 1577 la traducción del libro sexto y en 1578 los seis restantes, encuadernándose los doce en cuatro volúmenes. Este fué el octavo manuscrito, y sin duda el que sirvió al cronista Herrera, aunque no lo cita, para escribir sus décadas.

Parece que en 1582, dando cumplimiento á una sobrecarta del Consejo, se enviaron otros originales, entre ellos el manuscrito de Tlatelolco.

Vale la pena de que nos ocupemos separadamente del libro doce, que trata de la Conquista.

Ya dijimos que don Carlos M. Bustamante publicó trunca la obra de Sahagún, pues su edición solamente contiene los once primeros libros: por separado dió á luz el duodécimo con el siguiente título:

«—*Historia de la conquista de México*, por el padre Sahagún.—México, 1829.—4to. menor, setenta y ocho páginas.»

No se tenía entonces noticia de otra obra sobre la Conquista, de que el mismo autor nos da cuenta. «Cuando escribí en este pueblo de Tlatilulco, dice en el prólogo de su nueva relación, los doce libros de la historia de esta Nueva España (por los cuales envió nuestro señor el rey don Felipe; que los tiene allá), el nono libro fué de la conquista desta tierra. Cuando esta escriptura se escribió (que hay ya mas de treinta años), toda se escribió en lengua mexicana y despues se romanció toda. Los que me ayudaron en esta escriptura fueron viejos principales y muy entendidos en todas las cosas, así de la idolatria como de la república, y oficios della, y tambien que *se hallaron presentes en la guerra cuando se conquistó esta ciudad.*» «En el libro nono, donde se trata de la conquista, se hicieron varios defectos, y fué *que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta conquista que fueron mal puestas,* y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmendé este libro, y por eso va escripto en tres columnas. La primera es el lenguaje indiano ansí como ellos lo pronunciaron, y se escribió entre los otros libros. La segunda columna es enmienda de la primera ansí en vocablos como en sentencias. La tercera está en romance, sacado segun las enmiendas de la segunda. Los que tienen este tractado en la lengua mexicana tan solamente, sepan que están enmendadas muchas cosas en este que va en tres columnas en cada plana.»

Este fué el noveno manuscrito del padre Sahagún sobre nuestra historia. Nadie se ha fijado en que él fué la última prueba de sufrimiento para nuestro autor. En un espacio de cerca de treinta años había conservado sin reforma la relación de la Conquista, porque era el relato de los indios contemporáneos y sabía que era la verdad. Pero convenía al vencedor que se ocultasen algunas cosas, *que fueron mal puestas,* y como del mismo relato de Sahagún aparece que andaban varias copias, se le hizo cambiar la narración de los sucesos. Él, sin embargo, protestó silencioso contra la violencia, dejando en la primera columna su vieja narración, aunque sólo en mexicano.

Herrera y Torquemada tuvieron á la vista la Conquista de Sahagún; pero como uno se sirvió de la original y otro de la retocada, se contradicen, con apoyo

del mismo autor, ambos escritores. Torquemada no tuvo á la vista los otros once libros, sino las notas y apuntes y algunos fragmentos.

Esta nueva conquista la llevó á España don Juan Francisco de Montemayor, presidente de la Real Audiencia. Y con tal motivo dice Torquemada: «y del (manuscrito de la Conquista) tengo en mi poder un traslado donde dice, que el Señor Don Martin de Villamanrique le quitó los doce libros y los remitió á su Magestad.» Como don Martín de Villamanrique, séptimo virey de la Nueva España, gobernó de 17 de octubre de 1585 á febrero de 1590, claro es que éste no fué el manuscrito que se remitió en 1578, sino que nuestro fray Bernardino se había dejado un ejemplar, décimo de sus trabajos, y aun de él fué cruelmente despojado. Consolémonos con hacer constar que no pudieron despojarlo de la inmortalidad que gozará mientras haya quien de nuestra historia antigua se ocupe.

El manuscrito de la Conquista reformado fué á parar á la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid: en 1808, durante la invasión francesa, fué extraído, y en 1828 nuestro compatriota don José Gómez de la Cortina lo compró en España á don Lorenzo Ruiz de Artieda. Don Carlos M. Bustamante tuvo la fortuna de que se lo facilitara el conde de la Cortina, y lo publicó en 1840, precediéndolo de una disertación inconducente y agregando al fin de cada capítulo de la obra otro con el nombre de *nota*, que bien pudiera haber suprimido.

La portada del manuscrito dice:

«Relacion de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. Convertida en lengua española, llana é inteligible, y bien enmendada en este año de 1585.»

Bustamante puso la siguiente portada, parto de su ingenio:

«La ‖ aparicion ‖ de ‖ N.tra Señora de Guadalupe ‖ de México, ‖ Comprobada con la refutacion del argumento negativo que presenta ‖ D. Juan Bautista Muñoz, fundándose en el testimonio del P. Fr. Ber ‖ nardino Sahagun; ‖ ó sea: ‖ Historia original ‖ de este escritor, ‖ que altera la publicada en 1829 ‖ en el equivocado concepto ‖ de ser la única y original de dicho autor. ‖ Publícala, ‖ precediendo una disertacion sobre la ‖ Aparicion Guadalupana, y con notas sobre la conquista de México, ‖ Cárlos Ma. de Bustamante, ‖ individuo del supremo poder conservador. ‖ México. Ympreso por Ignacio Cumplido. 1840. ‖ Calle de los rebeldes N.° 2.—Un volúmen en cuarto español, con una litografía de la Vírgen de Guadalupe.—Páginas I–XXII—una foja sin paginacion—y 1–247—dos fojas de índice.»

Después del anterior relato, veamos qué noticias hay del paradero de esos manuscritos. Hemos visto que son diez:

1.° La Memoria que hizo Sahagún para interrogar á los indios de Tepeopulco.—Como solamente fué un trabajo preparatorio, es de suponer que no lo conservó el autor ó que lo dejó entre los borradores que tuvo Torquemada y que se han perdido.

2.° El manuscrito de Tepeopulco, que se reducía á jeroglíficos con su traducción en mexicano.—También se ha perdido y su hallazgo sería precioso.

3.° El manuscrito de Tlatelolco que, aunque se forma también de los jeroglíficos, ya su explicación más extensa constituye una verdadera historia.—Sahagún nos dice que fué enviado á España; y en efecto, este códice mexicano existe en fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid.

4.° El manuscrito en mexicano, ya dividido en doce libros, y que quedó como borrador.—Ignórase su paradero.

5.° La copia en limpio, con adiciones, que se concluyó en 1569.—Hay también fragmentos muy importantes en la biblioteca de la Academia.

6.° El sumario que llevó fray Rodrigo Navarro.—Sábese que fué á parar al Consejo de Indias y debe encontrarse en su archivo.

7.° La Historia con su traducción al castellano, cuya continuación se interrumpió por el padre Escalona.—Fueron sin duda los fragmentos que tuvo Torquemada y que se han perdido.

8.° El manuscrito en mexicano y castellano, en cuatro volúmenes, que se mandó al rey, y que es propiamente la Historia.—Se sabe que después de haber estado en poder de don Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, pasó á los franciscos de Tolosa.—Cuando á éstos se mandó de orden real que entregaran la Historia al cronista don Juan Bautista Muñoz, le dieron solamente una copia, en dos volúmenes, de la parte española. ¡Quién sabe qué habrá sucedido con el original en las vicisitudes políticas de España!—La copia de Muñoz se conserva en la Academia, y debe estar trunca, según aparece comparándola con los fragmentos mexicanos.

De esta copia se sacó la que sirvió para la obra de lord Kingsborough.

En tiempo de Muñoz, y con su permiso, sacó también copia el coronel don Diego García Panes y la trajo á México. Don José Miguel Ballido la compró en cien pesos, y por la misma cantidad la cedió al señor Bustamante que la publicó. Ignoramos dónde paran los once primeros libros; el último está en nuestro poder.

No siendo completo el ejemplar de Muñoz, puede decirse que la obra de Sahagún no ha sido debidamente publicada ni en Londres ni en México.

9.° El manuscrito de la Conquista.—Hemos visto su historia hasta su publicación el año de 1840. Ignoramos quién lo posee actualmente.

10.° El manuscrito que quitó á Sahagún el virey Villamanrique y cuyo paradero se ignora.

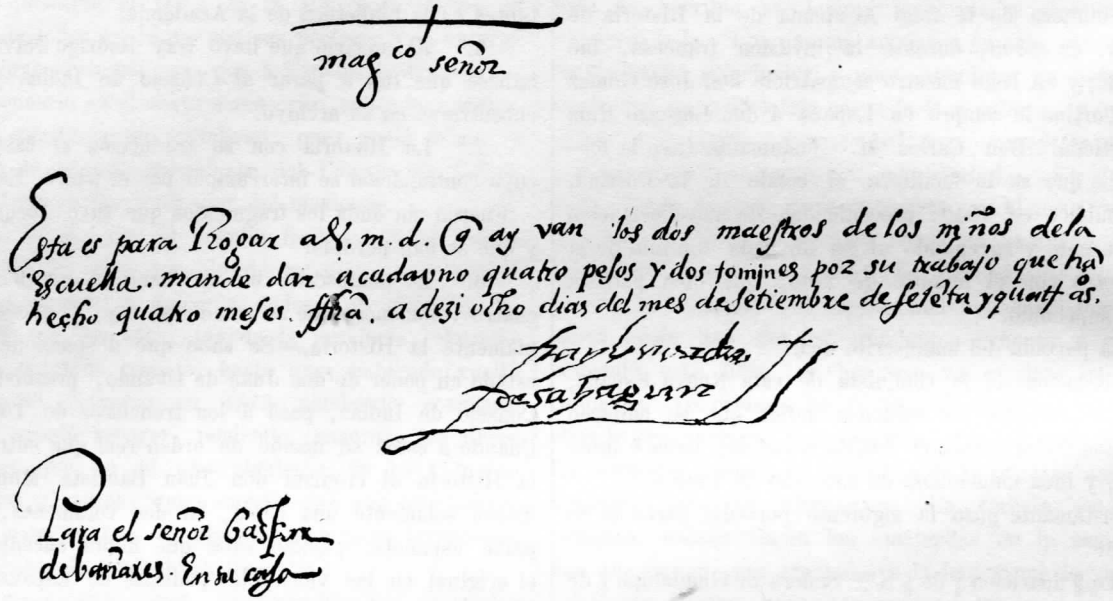
En vida de Sahagún deben haberse sacado copias de su obra, á lo menos sabemos que se sacaron del libro de la Conquista, pero se han perdido.

Debemos agregar que, desde 1762, Llaguno Amirola encontró parte de la obra de Sahagún; que conocemos una noticia bibliográfica de los doce libros por el señor Gayangos, dos descripciones del señor Goycochea, bibliotecario de la Academia de la Historia, una del códice castellano del señor Buckingham Smith y los apuntes del señor Ramírez: todo inédito.

Algún día, con todos estos datos y mayores investigaciones, podrá hacerse una edición de la historia de Sahagún, digna de su ilustre memoria.

Hemos perdido de vista la vida de fray Bernardino; dijimos que en sus estudios históricos, de Tepeopulco pasó á Tlatelolco, y de allí al Convento grande donde se ocupaba en que se pusiera *en blanco* su historia, hasta que en 1569 sufrió las iras del padre Escalona. Sabemos que en 1574 volvió su amigo fray Miguel Navarro. Había vivido sin duda esos cinco años despreciado y en el olvido de su celda. No tenemos noticia de obras suyas de esa época. El corazón lacerado no está dispuesto á consentir los goces de la inteligencia. Pero la vuelta del padre Navarro lo restituyó á su antigua vida, y en 10 de junio de 1574, lo encontramos tomando, en compañía del padre Molina, la cuenta de Tomé López, mayordomo de Santiago y viviendo otra vez en Tlatelolco. En efecto, Sahagún era entonces rector del Colegio de Santa Cruz, y fray Alonso Molina guardián del convento.

En el códice de Santiago encontramos algunas constancias de esa fecha muy curiosas. En la cuenta del 13 de junio hay al fin la siguiente nota: «En este estado q̄daron en este dho Dia las dhas Ctas y firmaros los dhos Juez y. el padre fray bern.o de Sahagun-p.e de



Facsímile de la firma de Sahagún. — Códice de Tlatelolco

Requena (una rúbrica)—fray bna t rdio de Sahagun † (una rúbrica).» Se vuelven á encontrar tres veces las firmas de Molina y Sahagún, la segunda vez en el inventario de objetos y libros, hecho el 13 de diciembre de 1574. Después hay varios recibos de Sahagún, todos de 1574, que dan curiosa luz sobre los gastos del colegio.

Un recibo de veinte pesos de oro para gastos, el viernes 23 de julio de 1574; y por él se ve que no había mucha holgura, porque nuestro padre, por no haber para el gasto, manda pedir *los veynte pesos en que se vendio el macho*. En la foja ochenta y cuatro dice otro recibo: «Recibio el collegio Vn tocino que costo dos pesos y medio. Oy Miercoles á Veinte y ocho dias del mes de Julio de 1574 años.» Sigue una orden que nos da la medida de lo que entonces se pagaba á los maestros, pues á Alonso Vexarano, lector (catedrático), se le manda dar *peso y medio* por las cuatro lecciones de la semana. Este Alonso Vexarano fué uno de los que ayudaron á Sahagún en su historia.

El códice de Santiago nos hace creer que la letra de la Doctrina, de que después nos ocuparemos, es de Alonso Vexarano, y también nos ha hecho conocer que la letra del vocabulario trilingüe es de Martín Jacobita, otro de los auxiliares de Sahagún, cuya firma allí se encuentra, viniéndose á saber además que después de fray Bernardino fué rector del colegio en 1577.

A fojas ochenta y siete hay un documento por el cual sabemos que era procurador del colegio *Bernabe Velazq.z* El siguiente nos da el precio que entonces tenía el maíz, pues las *hanegas* fueron pagadas á peso en Xuchimilco.

A la foja noventa y dos se lee la siguiente razón:

«Esta es para Rogar á V. m. d. q̄ ay van *los dos maestros de los* njños de la Escuela. mande dar a cada vno *quatro pesos y dos tomjnes* por su trabajo que hâ hecho *quatro meses.*»

Nos hemos detenido en estos documentos por dos razones: la primera, porque nos presentan á fray Bernardino bajo su más hermoso aspecto, cuidando de la instrucción y sustento de los niños indios y ejerciendo su ministerio en el santo templo de la escuela: la segunda, porque nos dan datos de la pobreza á que había llegado el colegio y algunos precios curiosos. No creemos, sin embargo, que el colegio haya dejado de existir en 1578, como generalmente se ha dicho, pues hemos visto que todavía en 1577 era rector Martín Jacobita.

Sin duda que las tareas del rectorado ocuparon la vida de Sahagún hasta 1576; pero las abandonó, por haber venido orden de copiar su Historia, lo que se hizo desde ese año hasta el de 1578. Animóse, sin duda, y lo vamos á ver en un nuevo período de trabajo activo, y dando por primera vez á la estampa algunos de sus libros.

En 1579 encontramos ya á nuestro autor preparando para la prensa su Postilla. Fué nuestro el manuscrito, del cual ha dado el señor Icazbalceta la siguiente noticia:

«Sahagún.—Doctrina cristiana en mexicano.

»MS. original en f.° Empieza así:

»Nican vnpeoa yn nemachtiliz tlatolli..... oquichiuh fray Bernardino de Sahagun.

»Tiene 27 fojas y falta el fin.

»Siguense veynte y seis addiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, despues de muchos años que la auia hecho, *ante que se imprimiese.* Es lo mismo que está al principio debaxo de titulo de declaracio̅ breue de las tres virtudes theologales.»

A la vuelta un prólogo en castellano. Encarece la utilidad de la obra y concluye así:

«¶ Este mismo año de 1579 se puso por apendiz de esta Postilla, en lo vltimo vn tratado que contiene siete Collationes en lengua mexicana: en las quales se contienen muchos secretos, de las costumbres destos naturales: y tambien muchos secretos y primores desta lengua mexicana: y pues que este volumen no a de andar sino entre los sacerdotes, y predicadores, no ay porque tener recelo de las antiguallas, que en el se contienen, antes daran mucha lumbre y contento á los predicadores del sancto Euangelio.

»No se halla este tratado en el MS., sino solamente 24 adiciones en 16 fojas, mal encuadernadas, porque las 7 últimas están antes de las 9 primeras.»

Este precioso volumen, que fué de nuestra propiedad, es un fragmento. Fáltale la parte que hubiera sido más importante conservar: las adiciones sobre las antiguallas y costumbres de los naturales. El mismo cuidado religioso que hizo decir á Sahagún, que no debían causar recelo porque sólo andarían en manos de los sacerdotes, hizo sin duda que, exagerado más tarde, se arrancase del manuscrito la parte más importante de la obra. Nos parece que en esto anduvo la mano del padre Figueroa, quien á pesar de su ilustración sabía, como Revisor por el Santo Oficio, destruir obras importantes, de lo que alguna prueba tenemos.

Tal vez por este mismo celo y por andar sólo en manos de sacerdotes, se perdió la impresión, porque no hay duda de que se dió á la estampa, pues lo dice la portada de 1579. Es una de las más preciosas ediciones del siglo XVI que se han perdido y la primera de una obra de Sahagún.

El manuscrito es de letra de Vexarano y á la foja 16 se halla firmado por el autor.

No sería remoto que en esta Doctrina ó Postilla, nombre que parece se dió á diversas obras de fray Bernardino, se contuvieran varios opúsculos que sabemos escribió.

Estos son:

—Declaración Parafrástica y el Símbolo de Quicumque vult.

—Declaración del mismo Símbolo, por manera de Diálogo.

—Plática para después del Bautismo de los niños.

—La vida y canonización de San Bernardino.

—Lumbre espiritual.

—Leche espiritual.

—Bordón espiritual.

—Espejo espiritual.

—Espiritual, y manjar sólido.

—Escalera espiritual.

—Regla de los casados.

—Fruta espiritual.

—Impedimento del matrimonio.

—Los mandamientos de los casados.

—Doctrina para los médicos.

Como hemos dicho, si no todos, algunos de estos opúsculos se contenían en la Postilla. Sí sabemos que de ella formaba parte el *Tratado de siete Colaciones, muy Doctrinales y Morales.*

Estos opúsculos se perdieron, como se perdió el Arte mexicana de Sahagún.

Apenas concluída la impresión de la Doctrina, dedicóse nuestro autor á dar á luz una segunda obra, de la que únicamente se ha encontrado un ejemplar trunco, que también fué nuestro. El señor Ramírez escribió de él la siguiente noticia, que le sirve de prólogo:

«Psalmodia Christiana ‖ Y ‖ Sermonario ‖ de los santos del año, compuesto por el ‖ P. Fr. Bernardino de Sahagun ‖ de la Orden de San Francisco: ordenada ‖ en cantares ó psalmos para que canten los ‖ yndios en los areitos que hazen en las iglesias. ‖ En Mexico, en casa de Pedro Ocharte. ‖ Año de 1583.

«Este volumen, aunque mui incompleto, es probablemente una de las producciones más raras de la antigua topografía mexicana; quizá es único, según puede colegirse de las noticias que dejó el infatigable fray Francisco de la Rosa Figueroa en el catálogo que formó de la Biblioteca de su convento con el siguiente título:

«*Diccionario bibliográfico alphabetico é Yndice silabo repertorial de quantos libros sencillos existen en este libreria de este convento de N. S. P. S. Francisco de Mexico*, etc., etc.,» un volumen en folio de más de mil páginas, escrito enteramente de su mano y con pormenores que revelan una inmensa lectura y laboriosidad. ¡Y no es más que uno de sus muchos escritos!»

«El padre Figueroa, bibliotecario de su convento, era también, por desgracia de nuestros bibliófilos, *Notario y Revisor de libros por el Santo Oficio*, encargo que desempeñó con un celo verdaderamente abrasador. El mismo nos va á dar la prueba en los siguientes párrafos que copiamos á la letra de las páginas 972 á 974, en las cuales hallaremos también la noticia del libro que nos ocupa.

«Decía así:—«Denuncié (á la Inquisición) y presenté un libro manuscripto en idioma mexicano en que estaban traducidas todas las epistolas y evangelios del Misal, contra la regla 5 del Expurgatorio que expresamente prohibe las traducciones de la Sagrada Biblia en lengua vulgar, especialmente las epistolas y evangelios. Y por esta razon *quantos he encontrado tantos he consumido en carbon*» (con expresa licencia del Sr. Inquisidor). Y esta prohibición está repetida en varios edictos en conformidad de dicha regla.

«Item, por la misma razon denuncié y presenté doce libros impresos en idioma mexicano intitulados—*Psalmodia Xptiana y Sermonario de los Santos del año, compuesta por el P. Fr. Bernardino de Sahagun, de la Orden de San Francisco, ordenada en Cantares ó Psalmos para que canten los indios en los Areitos que hazen en las Iglesias. Impreso en Mexico en casa de Pedro Ocharte. Año de 1583.*—La denuncia y presentacion de estos libros fue debajo de las reflexiones siguientes, etc.»—Sigue un mui largo párrafo en que el buen religioso procura justificar su conducta con raciocinios que sólo son eficaces para conocer hasta qué punto puede extraviarse el entendimiento humano preocupado por una idea fija. Las tareas literarias, infinitamente penosas, que los primeros misioneros acometieron, como necesarias, para propagar la civilización cristiana, sus sucesores en la propia empresa, sus hermanos mismos, las condenaban al fuego como adversas á su intento!... Así podemos comprender la desaparición de numerosas obras del más infatigable de los antiguos catequistas y escritores, del padre Sahagún, pues la mayor parte de ellas eran del género de la denunciada á la Inquisición.

«El título de la que menciona en segundo lugar el padre Figueroa, cuadra singularmente con el asunto del volumen que nos ocupa, que del principio al fin es una salmodia en lengua mexicana, compuesta en su mayor parte sobre pasajes del Nuevo Testamento. Por esta congruencia he juzgado ser la obra del padre Sahagún á que se refiere el padre Figueroa.—Vienen en apoyo de esta conjetura otras indicaciones tomadas de la impresión.—Exprésase ser producción de las prensas de Pedro Ocharte, bastante notables en su época por la calidad de sus tipos. Encuentro, pues, que los de este volumen son semejantes en sus formas y tamaños á los que el mismo impresor empleó en la reimpresión que hizo el año 1585 de los *Estatutos generales de Barcelona*, y que la estampa de san Francisco colocada á la vuelta de la portada es idéntica á la que aquí ocupa el dorso de la f.ª 184.

«La propia forma, aunque en menor tamaño, presentan los tipos de la *Dotrina christiana en lengua mexicana*, de fray Alonso de Molina, impresa también por Ocharte en 1578, advirtiéndose una perfecta identidad en las estampas que representan á san Jerónimo, colocadas allí la una á la vuelta de la f.ª 80 y aquí á la de la 181; sin otra diferencia que la de parecer ésta más gastada y mal tratada, efecto necesario del uso en los años que median entre ambas impresiones.—Una conjetura semejante ministra la comparación de la V capital y bordada tan repetida en los *Dialogos militares* del D. Diego García del Palacio, también impresos por Ocharte en 1583, pues su forma y adornos son idénticos á los que se veen en la Capital de la f.ª 172 v., no obstante el tamaño de los tipos del texto ser pequeños.

«Tales son los datos que me inclinan á juzgar que este volumen es la obra del padre Sahagún, que el padre Figueroa persiguió con tanto zelo que en la Biblioteca de San Francisco no encontré una hoja siquiera con que llenar alguna de las numerosas lagunas que se lamentan en este libro, hoi sin principio ni fin.»

El libro fué nuestro: comienza con la portada y noticia del señor Ramírez manuscritas. Principia á la foja 10 de la obra, y hasta la 15 tiene á la cabeza el título *Doctrina christiana;* todo escrito en lengua mexicana. En la foja 10 v. tiene un grabado que representa á los santos Simón y Tadeo apóstoles; en la 13, otro pequeño, el evangelista san Marcos, y en la 14, una mujer arrodillada ante un fraile en un patio ó huerto. Al fin de la página 15 tiene en grandes letras el rubro *Psalmodia en lengua mexicana.* Síguese la salmodia por meses, y el nombre del correspondiente ocupa la parte superior de las páginas. En la 16 v., por error de imprenta se puso *Doctrina* en vez de *Enero.*—En los salmos de este mes hay dos grabados; el uno á la foja 15 v. representa un niño con la cruz; el otro á la 19 una Natividad.—Falta la foja 26, en donde sin duda acababa enero y principiaba febrero, pues ya la 27

tiene á la cabeza *Hebrero*.—Ocupa este mes hasta el principio de la foja 41, y solamente falta la 31. Tiene á la 29 un grabado que representa al apóstol Matías.—De la foja 41 á la 58 se extiende marzo, que en la impresión está escrito del modo siguiente: *Marc,o*. Tiene al principio un grabado de santo Tomás de Aquino y en la foja 44 el de san Gregorio papa. Falta la foja 54.—Abril se extiende hasta la foja 78, pero le falta la 59, y tiene errada la numeración de las 67, 69 y 77, que equivocadamente fueron marcadas 57, 59 y 72. No tiene éste mes grabados.—Mayo principia á la foja 78 v. con un grabado de Santiago y acaba en la 101. En la foja 82 v. tiene una pequeña Crucifixión; en la 85 v. una Ascensión muy curiosa en que sólo se ven los piés del Salvador; en la 89 un san Bernardino grande, que ocupa toda la página y manifiesta la predilección del autor por el santo de su nombre, y en la 92 v. la Pentecostés. Sólo falta en este mes la foja 99.—Junio comienza á la foja 101 v. con un grabado de san Bernabé apóstol y llega hasta la 112. Le faltan las fojas 102 y las finales, pues de la 112 salta á la 122 en julio. Tiene los siguientes grabados: la Natividad de san Juan á la foja 107 y un san Pedro á la 110 v.—Falta el principio de julio que, como se ha visto, empieza en la foja 122 y acaba en la 128. Tiene un grabado de una Santa Familia en la foja 122 v.—Falta la foja 129, que era el principio de agosto ó avgosto, como reza la impresión. Se extiende hasta la foja 169, faltando en el intermedio únicamente la 151. Es rico este mes en grabados, pues tiene un san Lorenzo en la foja 140, un san Hipólito arrastrado por los caballos en la 148, en que se conmemora la toma de México, un san Luis rey en la 155 v., un san Bartolomé que llena la 158 v. y en la 163 v. un san Agustín que es el mismo san Gregorio de la foja 44. —Fáltale á setiembre la primera foja 170, la 175 y la 179. Sólo tiene un grabado, á la foja 181 v., que representa á san Jerónimo en el desierto. — Octubre tiene al principio, foja 184 v., un san Francisco. Se extiende hasta la 200 y sólo le falta la 194. Tiene además los apóstoles san Simón y san Tadeo en la foja 197, grabado igual al de la foja 10 v.—Noviembre se extiende de la foja 200 v. á la 218. Le faltan las fojas 210, 215 y 218. La 203 dice equivocadamente *103* y la 212 dice *217*. Tiene los siguientes grabados: *todos los santos* al principio, san Martín en la foja 204 y san Andrés en la 213 v.—Falta la 218, como se ha visto, principio de diciembre, del que sólo existen las fojas 219, 222, 224 y 225; la primera con el grabado de san Ambrosio.—Todo este libro está en mexicano, menos los rubros que están en castellano y las apostillas marginales que son latinas.—Su estado de conservación es detestable; muchas hojas están rotas y muchas picadas por la polilla. Algunos de los grabados no son malos; pero la mayor parte son de una imperfección que podemos llamar candorosa.

El señor Icazbalceta ha visto un ejemplar completo con la siguiente portada: «Psalmodia Christiana y Sermonario de los sanctos del año, en lengua Mexicana, cõpuesta por el muy R. P. Fray Bernardino de Sahagun. Ordenada en cantares ó Psalmos para que canten los indios en los areytos que hazen en las Iglesias.

«En México, con licencia, en casa de Pedro Ocharte. MDLXXXIII.»

Es el único libro de Sahagún impreso en su vida. Así á lo menos se dice, y tal es también la respetable opinión de los señores Ramírez y Orozco. Veamos si es cierto.

En primer lugar, no se debe echar en olvido que en la *Doctrina christiana* hay un apéndice, cuyo título dice: «Siguense veynte y seis addiciones desta Postilla: las quales hizo el auctor della, despues de muchos años que la auja hecho, *ante que se imprimiese*.» Luego tenemos entonces que también la Postilla se imprimió, siendo ésta una de las muchas ediciones del siglo XVI que se han perdido.

Pero hay más; entre los fragmentos de MSS. en mexicano, que más por mera curiosidad que por otra causa conservamos, existen cuatro fojas, en 8.°, de letra de Sahagún, ó por lo menos igual á la de los *Evangelios, Doctrina, apostillas del Sermonario y primera foja del Trilingüe*. Tiene por encabezamiento el título siguiente: «Izcalquj ynjunemjliz yntenjutica omonamjtique.»—«Injece Cap.° vncan mjtoa etc.»—Síguese el capítulo por dos fojas, y al fin de la segunda comienza otro con este rubro: «Inje. 6. Cap.° etc.» A la foja inmediata, al fin, dice: «Inje 7 Cap.° etc.» Finalmente, la última foja tiene el siguiente párrafo sin principio, que es el importante para nuestra cuestión: «para que libremente pueda hazer ymprimjr el dho MANUAL DEL CHRISTIANO, aqualqujera ympresor aqujen enseñalara y fuere su voluntad lo haga por tpo de diez años primeros sigujentes ymprimjendolo todo en vn cuerpo, conforme al original QUEARECIBIDO, o por partes y tratados como el dho autor qujsiere ydentro de dho tpo otro njnguno ympresor nj persona particular lo ymprima, nj haga ymprimir sin permjssion DE DHO FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN, sopena de qujnjentos pesos de oro, para la camara y fisco de su magestad y de perder los moldes yaparejos dela emprenta y perdidos los libros que se hallaren auer ymprimjdo sin la dicha licencia y cumpliendo esto mando que en ello por njngunas Justicias yotras personas no se le põga Embargo nj ympedimento alguno: fecho en Mex.° a deziseijs de Hebrero. de mjll y qujnjentos y setenta y ocho años. — Don Martin Enriquez.»

No hay duda ninguna de que éste fué un borrador destinado á la imprenta: y tenemos entonces, no solamente una tercera obra de Sahagún impresa, sino una totalmente desconocida y hasta hoy no citada, el *Manual del christiano*. No puede este Manual ser la Psalmo-

dia, tanto porque de su comparación hemos visto que son diferentes, cuanto porque la segunda se imprimió en 1583, y el primero debe haberlo sido en 1578. No es tampoco este *Manual* la *Doctrina christiana* antes citada, pues comparando los capítulos de aquél con los que tienen la misma numeración en ésta, se ve que no solamente tienen diferentes los rubros, sino el texto.

Resulta, pues, de esta disquisición, que tres son las obras de Sahagún que sepamos fueron dadas á la estampa en su vida: 1.ª la Postilla, que debió imprimirse antes del año 1579; 2.ª el *Manual del christiano* en 1578, y 3.ª la *Psalmodia christiana* en 1583, única obra de que existe ejemplar.

En 1585 concluyeron los días felices de Sahagún. Después de tantas contrariedades, habíase visto al fin protegido: su grande obra estaba terminada y tenía la satisfacción de haber dado á la estampa tres de sus trabajos. Pero las iras de los poderosos debían volver á cebarse sobre un octogenario, que no tenía más delito que ser muy humilde y muy sabio. Obligósele á mudar la relación verídica de la Conquista; despojósele de su Historia; las prensas primeras que á América habían venido, inútiles quedaron para sus escritos, y el historiador permaneció olvidado en Tlatilolco, como un cañón roto abandonado en el desierto campo de batalla. El mismo Colegio de Santa Cruz llegaba á su decadencia.

El señor Orozco, siguiendo las noticias que sobre el colegio se tenían, señala el año de 1578 como el de su conclusión; pero hemos visto que en 1577 era Rector nuestro Sahagún, lo que hace suponer fundadamente que no es cierta la noticia aceptada por el señor Orozco. Parece, sin embargo, que algo sufrió el edificio hacia aquella época, pues en los *anales de Tlaltelolco* marcados «Quad.° 12 f.s 4.,» encontramos la siguiente razón: «1561—Se lebantó el colegio de Tlaltelolco.»

Debióse sin duda á Sahagún este nuevo beneficio para el Colegio, según lo acreditan las siguientes palabras de Torquemada, que á su vez prueban que en vida de fray Bernardino no concluyó tan noble institución: «... ha cesado el enseñar Latin á los Indios, por estar los del tiempo de aora, por vna parte mui sobre sí, y por otra tan cargados de trabajos, y ocupaciones temporales, que no les queda tiempo, para pensar, en aprovechamiento de Ciencias, ni de cosas del Espiritu. Y tambien los Ministros de la Iglesia desmaiados, y el fervor, y calor muerto: y asi se ha ido todo caiendo: no digo las Paredes del Colegio (que buenas, y recias están, y mui buenas Aulas, y Pieças, aumentadas por el P. Fr. Bernardino de Sahagún, que hasta la muerte lo fue sustentando, y ampliando, quanto pudo, y Yo seis Años, que lo he tenido á cargo) sino el cuidado, y calor, y favor, que arriba dige averle hecho los Governadores pasados. Enseñóseles a los Indios, tambien la Medicina, que ellos vsan, en conocimiento de Yervas, y Raíces, y otras cosas, que aplican en sus Enfermedades: mas esto todo se acabó, y aora solo sirve el Colegio de enseñar á los Indios Niños que aqui se juntan (que son deste mismo Pueblo de Tlatelulco, con algunos otros de otros Barrios) á Leer, y Escribir, y buenas Costumbres.»

¡Cuánto cambio después de la muerte de Sahagún! «No su descanso, mas el de su proximo procurando,» según la instrucción del general de los franciscos, fray Francisco de los Angeles, todavía dedicó los últimos cinco años de su vida á sus amados indios, y consolóse con la caridad que hacía, de las ofensas con que amargaron sus postrimeros días.

Por fin, el año de 1590 corrió en México la enfermedad del catarro, y murió de ella el insigne fray Bernardino de Sahagún. Tuvo lugar su muerte, según Torquemada y Vetancourt, en la enfermería del convento de San Francisco de México; pero esto no es cierto: Sahagún, ni en sus últimos instantes podía abandonar á sus queridos indios. Del mismo relato de Torquemada se ve, que llevado á la enfermería, se hizo trasladar otra vez á Santiago, en donde espiró, como consta en unos Anales de México, letra de la época, marcados en el Museo de Boturini:—«2.° 10. n.° 7. N.° 13. Invent.° 5.,» y que, como escritos por un contemporáneo, merecen toda fe, tanto más cuanto que es el único documento que nos da la fecha exacta de la defunción.

«El dia 5 del mes de Febrero de 1590, dicen, murió nuestro querido y venerado P. Fr. Bernardino de Sahagun, que se hallaba en Tlatilolco. Fué sepultado tambien dentro de la iglesia de San Francisco, á cuyo acto asistieron todos los principales y señores de Tlatilolco.» Torquemada agrega: «á cuio Entierro concurrió mucha Gente, y los Colegiales de su Colegio, con Opas, y Becas, haciendo sentimiento de su Muerte.»

Así terminó la existencia de Sahagún. Jamás vida más bella se empleó más noblemente. No fué el fraile fanático que quiso convertir á los indios con la espada y la hoguera. No; fué el padre amoroso de los vencidos; el civilizador de los hijos del Anáhuac. Él guardó, como rico tesoro, su lengua y su historia; y sin descuidar el pasado, él, más grande que todo lo que le rodeaba, presentía el porvenir y ejercía su sacerdocio en la escuela. A su vieja patria apenas pertenecieron cerca de treinta años estériles de su vida. A México le dedicó sesenta y uno de infatigables trabajos.

Códice Ramírez.—Impusimos este nombre á un precioso manuscrito, desconocido hasta hace pocos años, y que fué encontrado en San Francisco y conservado para nuestra historia por el señor don Fernando Ramírez. El original, que forma parte de nuestra colección, es un volumen en 4.° común de doscientas sesenta y nueve fojas y letra del siglo XVI. Distribuído en dos columnas, solamente está escrita la de la derecha: lo que hace comprender que es una traducción y que se reservaba la otra para el texto mexicano. Debe creerse

que el autor fué un indio del estado secular y contemporáneo de la Conquista. Primero, por las etimologías y traducciones que tiene de los nombres mexicanos; segundo, por la preferencia que da á los tenochca sobre los otros pueblos; tercero, por el laconismo con que trata, sin disculparlas, la matanza de Cholóllan y la que ejecutó Alvarado en la nobleza mexicana y por el desvío con que habla de Moteczuma, atribuyendo su muerte á los españoles; cuarto, por la severidad con que se refiere á los eclesiásticos, llamándoles indolentes en la instrucción cristiana y llegando á decir que no se administró el bautismo á Moteczuma porque el clérigo que venía con los españoles más se ocupó de buscar riqueza que de catequizar al pobre rey; y finalmente, se conoce su antigüedad, que es sin duda de la mitad del siglo XVI, pues se refiere á haber oído los hechos de testigos presenciales y habla de las ruinas del Templo Mayor como todavía existentes entonces. Dos cartas, una del padre Acosta y otra del padre Tobar, encontradas y publicadas últimamente, han hecho creer que la crónica es del segundo; pero el padre Tobar ha sido solamente el traductor, y aun este manuscrito no es más que un compendio de otro mayor que se perdió. Esto se desprende de las mismas palabras de la carta del padre Tobar, y del primer fragmento que se ve á continuación del relato principal, el cual refiere sucesos relativos á la historia de Moteczuma I, y su narración indica que pertenecía á una obra más extensa, aunque escrita sobre las propias tradiciones. Hay un segundo fragmento original y de letra enteramente diversa: se relatan en él compendiosamente los sucesos de la Conquista desde la llegada de Cortés á Texcuco hasta los inmediatos á la toma de México. El relato principal es una historia completa de los mexicanos, y sin duda el mejor compendio que de ella conocemos. Le falta la parte del calendario.

Por el estudio que hemos hecho de las diversas crónicas del siglo XVI, hemos observado que en lo general han seguido las tradiciones acolhuas ó han mezclado éstas con las mexicanas; pero ninguna de ellas es una relación genuina de las ideas históricas de la antigua México. Sí lo es esta obra, y bajo ese aspecto es de un inmenso mérito y la mejor fuente, acaso la única verdaderamente autorizada, para conocer los hechos pasados en Tenochtitlan. La obra se compone de varias estampas jeroglíficas, de que ya hemos hablado, que aunque copiadas imperfectamente con pluma, conservan su primitivo carácter; y estas estampas sirven de base al relato que, por decirlo así, agrupa á su derredor las tradiciones históricas. Esto hace comprender que tal trabajo es una interpretación extensa de algún códice jeroglífico de los antiguos mexicanos. La interpretación se ha hecho siguiendo la tradición puramente mexicana.

Esta crónica es muy importante, no sólo en lo que se refiere á la historia antigua, importantísima es también en lo relativo á la Conquista, pues destruye por su base varios hechos generalmente admitidos, conformándose con el relato de Sahagún y otros auténticos. Debió la obra gozar de gran popularidad, pues sabemos que existían desde mediados del siglo XVI tres copias por lo menos: la que sirvió al padre Tobar para hacer esta traducción; la que perteneció á Durán y estuvo sin duda en Santo Domingo, la cual debió ser más extensa y más cuidadosa, pues las láminas de Durán tienen colores y son mayores en número, y la que utilizó Tezozomoc. La nuestra perteneció á San Francisco y sirvió á Torquemada. Hace cinco años se dió por fin á la estampa esta crónica. Ella es la historia típica del imperio mexicano. Leyéndola, parece que como contemporáneos asistimos á contemplar aquella sociedad y aquellas hazañas y oimos hablar á los mismos tenochca en su lenguaje brillante y expresivo. Y por eso consideramos este códice la fuente más pura y más importante de las tradiciones genuinas de México Tenochtitlan.

CRONISTAS FRANCISCOS. — A ruego de don Juan Cano, marido de doña Isabel, hija de Moteczuma, y con objeto de referir la grandeza de este monarca y los servicios que prestó, á fin de que el rey de España devolviese á la dicha doña Isabel y sus hermanos su patrimonio, de que estaban desposeídos, se escribieron dos crónicas importantes de historia antigua, que aun permanecen inéditas. Acompañan en el códice manuscrito á la ya citada con el nombre de códice Zumárraga. Esta primera era obra del primer obispo de México en opinión del señor Ramírez. El señor Orozco, por título y final de la segunda, cree esta obra de Zumárraga, y la primera escrito de Sahagún. El título dice: *Relacion y genealogia de los señores de la nueva españa por el señor obispo de mexico Don Fr. Juan Zumarraga,* y en el final se pone: *D. Fr. Juan Zumarraga y otros religiosos y la otra es de fr. Bernardino de Sahagun de la orden de Sn. Francisco.* Haciendo poco caso de don Manuel Lastres, dueño del códice, que fué quien hizo estas calificaciones, al parecer en el siglo XVIII, y no entrando en discusión sobre la idea del señor Orozco de atribuir otra obra á Sahagún, diremos que en nuestra opinión esta crónica es de fray Bernardino de México, así anotado en el catálogo de la época de Sahagún pero distinto de él.

La relación, como lo indica su título, es una genealogía de los reyes de México, traída desde los señores de Tóllan, proseguida con los de Culhuacan y terminada en Moteczuma. Contiene, pues, una serie casi completa de los reyes colhuas y noticias curiosas sobre la familia de Moteczuma.

Gomara y Torquemada siguieron esta relación; pero el segundo aplicó equivocadamente á los tolteca los reyes de Culhuacan. La relación es importante, sobre todo, por las noticias sobre los colhuas, de los que general-

mente no se ocupan los otros cronistas, y que sin embargo tienen un lugar interesante en la historia.

El tiempo en que se escribió la relación está marcado en ella en las siguientes palabras de su texto: «anda en trece años desde abril acá que vinieron los españoles.» Como éstos llegaron en 1519, es claro que la relación se escribió en 1532.

La otra relación es igual en el fondo, aunque más extensa y más completa. Como aquélla fué escrita por los franciscanos á ruego de Juan Cano y con el mismo objeto, y corresponde también al año de 1532. Su título es: *Origen de los mexicanos*. Lastres se la atribuye también á Zumárraga, en nuestro concepto equivocadamente; sí se hace referencia en ella de que fray Juan Zumárraga debía llevarla á la corte.

Acompañan á estas relaciones un escrito sobre tributos y otro más extenso sobre tan antiguas leyes. Éste lleva la fecha de 1543 y ambos son importantes.

Chimalpain. —Mucho se habla de este cronista mexicano y como gran autoridad se le cita en las cosas antiguas. Beristain en su *Biblioteca Hispano-Americana septentrional,* habla de varias obras manuscritas de este autor, de quien dice que era indio mexicano descendiente de los antiguos caciques. Agrega que sus obras estuvieron en poder de don Carlos Sigüenza y Góngora, que las facilitó á Vetancourt; que á la muerte de Sigüenza pasaron los manuscritos á la Biblioteca del Colegio de San Pedro y San Pablo de los jesuitas de México, y que él vió algunos cuadernos en la de San Gregorio. Boturini cita en el catálogo de su Museo, párrafo VIII, n.° 1: «Una *Historia Mexicana* escrita por los años 1626. supongo ser el Autor de ella Don Domingo de San Anton Muñon *Chimalpain*.» La obra de Gomara sobre la Conquista corría manuscrita por de Chimalpain; y tenemos la que sirvió á don Carlos Bustamante. En cuanto á la crónica que fué de Boturini, existe inédita con el siguiente título: «Historia ó Chronica Mexicana, y con su calendario de los meses que tenian en contar los años los Mexicanos en su infidelidad: en lo cual se contiene sus antigüedades, grandesas, y cosas memorables en ella acontecidas desde su fundación, y los SS. que reinaron en México, hasta que los reyes de España comensaron á reinar en ella, hasta nuestros tiempos, con mas el discurso de su estado en este progreso de tiempo, asi en lo eclesiastico, como en lo secular.»

Tiene esta crónica todo el carácter de obra inmediata á la Conquista y continuada después: es un manuscrito importante; pero dudamos de que sea de Chimalpain, y casi dudamos también de la existencia de tal autor.

Muñoz Camargo.—Este cronista indio es el escritor original de las cosas del señorío de Tlaxcalla. Su obra, conocida con el nombre de *Pedazo de Historia,* está trunca en el principio; parece que le falta lo relativo á los tolteca, de cuya destrucción se ocupa en los primeros párrafos que existen. Aunque habla de los mexicanos y otras tribus y da sobre ellos buenas noticias, el objeto principal de su obra fué la historia de Tlaxcalla. En esto es completa y preciosísima fuente; siendo también muy interesante, como era natural, en lo relativo á la Conquista por la parte activa que como aliados de Cortés tomaron los tlaxcalteca. La obra se escribió en un relato continuado sin división ninguna, lo que la hace difícil de aprovechar y de cansada lectura. La mal tradujo y publicó en francés Ternaux-Compans. Nosotros comenzamos su publicación en español. En Tlaxcalla se hizo pésima edición de ella. Se necesitaba, pues, darla á la estampa en orden propio y con las debidas aclaraciones. El señor don José Fernando Ramírez llevó á cabo el arreglo del manuscrito; pero desgraciadamente no se ha publicado su trabajo. Púsole por título *Historia de Tlaxcalla* y la dividió en dos libros: el primero abraza lo referente á la historia antigua y el segundo lo relativo á la Conquista. Dividió el primer libro en veinte capítulos y el segundo en diez y seis; á cada capítulo le puso un claro y extenso sumario é ilustró la obra con notas de gran mérito. La publicación en esta forma sería utilísima, pues repetimos que el trabajo de Muñoz Camargo es la fuente principal de la historia tlaxcalteca. Acaso no es imparcial cuando trata de los enemigos, especialmente de los mexicanos, y esto le hace modificar algunos sucesos históricos; pero es éste achaque muy común á todos los cronistas indígenas.

Ixtlilxóchitl. — Es el cronista original de los texcucanos y por eso lo ponemos en este lugar. Pocos de nuestros escritores gozarán de la fama y reputación que el historiador texcucano. Y sin embargo, sus numerosas obras son casi desconocidas. Ternaux-Compans publicó en francés su *Historia chichimeca* y la *Relación de las noticias de pobladores* que trata de la Conquista. Kingsborough las publicó todas; pero la dificultad de poseer su colección hace que se consideren casi como inéditas. Acaso ha contribuído mucho á la fama de Ixtlilxóchitl, la circunstancia de haber sido descendiente de los reyes acolhua; trasnieto del último rey ó señor de Texcuco, y procedía del matrimonio de éste con doña Beatriz Papántzin, hija de Cuitlahuac, penúltimo emperador de México. Nació hacia 1568, fué alumno del colegio de Santa Cruz en Tlatelolco, en sus últimos años intérprete del Juzgado de indios, y murió por el año de 1648 á los ochenta de edad. Por la clase de sus obras parece que comenzó á escribir por estudio siguiendo la interpretación de antiguas pinturas, y dió después forma más perfecta á sus escritos procurando la restitución de su pequeño señorío. Hay catálogos diferentes de las obras de Ixtlilxóchitl. Boturini, que dice que las copió de su letra, y en efecto hemos tenido la copia de las Relaciones, da uno semejante casi en

todo á como aparecen en la publicación de Kingsborough. Beristain, que no conoció todas las obras, da otro diferente. Nos valdremos para fijar el nuestro de los estudios que hizo el señor Ramírez de los escritos del historiador texcucano, pues nos presta toda la confianza que inspiraban su gran instrucción y su reconocido criterio crítico.

Su primera obra, que parece escrita por los años de 1600, fué la titulada *Relaciones históricas de la nacion tulteca* ó *Sumaria Relacion de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España, y de muchas cosas que los tultecas alcanzaron.* La segunda fué la *Historia de los Señores Chichimecas,* á la cual hay que agrupar los opúsculos que á veces corren separados con los títulos de *Continuacion de la Historia de México* y *Pintura de México, Orden y ceremonias para hacer un Señor, La Venida de los Españoles, Entrada de los Españoles en Texcuco* y *Noticia de los Pobladores,* etc. Esta segunda obra, ó colección de obras, estaba escrita ya en 1608, según la fecha del testimonio de los censores.

Hacia la misma fecha estaban terminadas las *Ordenanzas del gran Netzahualcóyotl* y un opúsculo intitulado *Los Padrones y Tributos Reales,* etc., que se ha perdido. El opúsculo antes citado con el título de *La Venida de los Españoles,* es el único escrito de Ixtlilxóchitl publicado en México por don Carlos M. Bustamante, que le puso la siguiente portada de su invención: *Horribles crueldades de los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron para subyugarlo á la corona de Castilla* ó sea *Memoria escrita por don* Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Y no solamente varió Bustamante el título verdadero, sino que publicó el opúsculo sustituyéndolo al libro doce de la Historia de Sahagún. Estas cosas solamente á él se le podían ocurrir. A las anteriores obras debemos agregar la *Relacion sucinta* y la *Sumaria Relacion.*

Debemos antes de pasar adelante decir que Boturini habla de otra obra que llama *Fragmentos de cronología mexicana,* obra que cita Gama; pero por las citas de éste, se viene en cuenta de que la tal obra no era de Ixtlilxóchitl, sino un fragmento de la de Sahagún. También se menciona una *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe,* que jamás ha existido.

La misma certificación de 1608, ya citada, habla de una Historia Larga. Debemos advertir que esta certificación la da el Cabildo de San Salvador Quatlacinco, y la legaliza *el escribano nombrado por el E. S. Virey.* En ella se dice que la dicha Historia no tiene ninguna falta ni defecto y es muy cierta y verdadera, porque así lo tenían de memoria heredada de sus padres y abuelos, y se halla pintado y escrito en antiguas historias y crónicas. Esta *Historia Larga* es la *Historia Chichimeca,* la obra más importante de nuestro autor. Está distribuída en noventa y cinco capítulos y puede dividirse en dos partes: la primera relativa á la historia antigua, que comprende setenta y seis capítulos y abraza el período comprendido desde los tolteca hasta la venida de los españoles, y la segunda en los diez y nueve capítulos restantes que tratan de la Conquista, hasta poco antes de la toma de México, pues parece que falta el capítulo final. A esta obra acompañan una dedicatoria y un prólogo que no le pertenecen y que parecen ser de la *Relación Sumaria.*

Tenemos finalmente otros dos opúsculos: *Cantares de Netzahualcóyotl* y *Fragmentos de la vida del mismo.* Tal es la obra de Ixtlilxóchitl: examinémosla, que nuestra opinión es tal vez muy diversa de las emitidas hasta hoy. No le negamos un gran mérito de laboriosidad; sin duda que nos conservó noticias de sumo interés; como historiador de los texcucanos es de notoria importancia; pero creemos exagerado el aplauso general que á sus escritos se tributa.

Ixtlilxóchitl, aun cuando se ocupa de los mexicanos y de otros pueblos, se dedica principalmente en sus diversas obras á la historia de los tolteca y de los texcucanos. Respecto de la primera se contradice con frecuencia en sus diversas Relaciones. Esto no sería censurable y podría explicarse por la diferente época de sus escritos: materia es ésta muy difícil y natural que el autor vaya corrigiendo sus errores según adelanta en conocimientos. Pero sí es verdad, que materia que está ya bien estudiada, como es la de los soles ó edades, se vuelve un caos en manos de Ixtlilxóchitl, aumentando la oscuridad por la confusión y errores de su cronología. Sin embargo, sus escritos son la base sobre que se ha seguido escribiendo desde su época la historia de los tolteca. Pero cuando vemos que la genealogía de sus reyes y los hechos que narra, no corresponden á la situación social conocida de aquel pueblo, y que su relato no concuerda con el de los Anales de Cuauhtitlan, códice contemporáneo de la Conquista, explicación de un jeroglífico auténtico, y que nos muestra claramente el estado lógico y natural de los tolteca, debemos dar de mano las tradiciones de Ixtlilxóchitl en lo que se opongan á las del códice, pues sospechamos que confundió pinturas y mezcló tradiciones de diferentes pueblos. Dos historiadores, el abate Brasseur y el señor Orozco, quisieron combinar y adunar esos dos opuestos relatos; y sólo consiguieron aumentar el embrollo y la confusión. Podría hacer fuerza el argumento de que el Cabildo de Quatlacinco certifica que la historia es verdadera, conforme con las tradiciones y con las pinturas y escritos antiguos; pero no nos inspiran fe los individuos de aquel Cabildo, y sabemos que ya antes de 1608 andaban trastornadas las tradiciones, y los indios no sabían leer las antiguas pinturas. Necesitábamos tener éstas á la vista; y por las que conocemos con los nombres de Mapa Tlótzin y Mapa Quinátzin, que á Ixtlilxóchitl

sirvieron, vemos que pocos datos le pudieron suministrar.

Más importante es la parte relativa á la historia de Texcuco, como descendiente de los señores de aquel reino y conservador de sus tradiciones; y naturalmente su principal obra es la *Historia Chichimeca*. Pero por sus mismas circunstancias incurrió en exageraciones que adulteran los hechos históricos. Quiso pintar siempre vencedores á sus antepasados y trastornó la historia de México; pretendió presentárnoslos en tal grado de adelanto y civilización, que inventó una cultura imposible, atendida la época y el medio social en que vivía aquel pueblo. Hasta nos dió á conocer cantares de Netzahualcóyotl evidentemente falsos; y fué el primer calumniador de Zumárraga, hablándonos de montes imaginarios de jeroglíficos incendiados.

Y no obstante esto, mucha importancia tienen sus obras y mucho provecho puede de ellas sacarse; pero hay que escoger con cautela y no olvidar que lo dominó el amor de su raza y de sus antepasados.

Crónica de Michuacan.—Por lo que hace á la historia del importante pueblo tarasco, hay varias noticias esparcidas en los diversos cronistas, y se hàbían impreso tres crónicas, ya muy raras, de Basalenque, Puente y La Rea; pero el primero no se ocupa de la parte antigua, el segundo sólo habla someramente de la Conquista, y el último trae pocas noticias tomadas de los autores de segunda mano. Por fortuna hace pocos años se publicó en Madrid una crónica con el siguiente título: «Relacion de las ceremonias y ritos, poblacion y gobierno de los indios de la provincia de Mechuacan. Hecha al Ilmo. Sr. D. Antonio de Mendoza, Virey y Gobernador de Nueva España. Sacada del códice original C. IV.—5, existente en la Biblioteca del Escorial.» Aunque esta Relación no abraza toda la historia de los tarascos y no tiene la extensión que desearíamos, y aun creemos que está trunca en el original, tiene noticias interesantísimas, especialmente en lo relativo á ritos y leyendas de aquel pueblo, y no carecen de interés las referentes á su conquista. En la ¡mpresión tiene la crónica doscientas noventa y tres páginas. Há pocos años se imprimió en México la notable crónica de Michuacan, de Beaumont, en cuatro tomos en octavo.

Nueva Galicia.—Sobre la conquista de esta gran región escribió fray Antonio Tello una historia hacia los años de 1650. Un gran fragmento, desde el capítulo VIII hasta el XXXIX, se publicó en el segundo tomo de la *Colección de documentos* formada por el señor Icazbalceta. La falta de los primeros capítulos nos ha privado sin duda de las noticias del autor sobre los antiguos pobladores de aquellas regiones. Esto era de suponerse, porque en el principio de su *Historia de Nueva Galicia* las dió al siguiente siglo el Lic. Mota Padilla. Esta obra, interesante en extremo, y que en varios lugares nos da noticia de los pobladores de otras regiones, como Zacatecas, Durango, Nuevo Leon, etc., permaneció inédita muchos años, hasta que la publicamos en 1870, valiéndonos de los manuscritos del señor Icazbalceta y nuestros. Su portada dice: «Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva-Galicia, escrita por el Lic. D. Matías de la Mota Padilla en 1742.» Forma un volumen en 4.° mayor de cerca de quinientas cincuenta páginas á dos columnas. Existe otra obra sobre el mismo asunto, escrita ya en este siglo por el padre Frejes; y aunque tenemos que considerarla como de segunda mano, trae muy buenas é importantes noticias sobre los antiguos pueblos de aquellas regiones.

Yucatan.—Fray Diego de Landa.—Códice Pío Pérez.—En un volumen que en 1864 publicó en París el abate Brasseur, dió á luz un manuscrito intitulado «Relacion de las cosas de Yucatan,» escrito por fray Diego de Landa en 1616. Es la crónica más auténtica que tenemos sobre tan importante región. Da razón minuciosa de sus tradiciones, historia, religión, ritos y costumbres; nos da cuenta de sus grandes ciudades y edificios, de sus trajes y fiestas, de su calendario y sus sacrificios. Llamó mucho la atención esta obra, especialmente por contener un abecedario maya y los signos gráficos de los días del año, de lo que en su oportunidad nos ocuparemos.

En el mismo tomo se publicó un códice que tradujo don Pío Pérez y que lleva por título: «Serie de las épocas de la historia maya.» Ya lo había dado á conocer Stephenson, y después lo ha reproducido Valentini. Son unos anales, sin duda interpretación de un antiguo jeroglífico, muy importantes, porque abrazan un largo período histórico, desde el siglo II de nuestra era, comprendiendo noticias muy interesantes que no podrían encontrarse en otra parte.

El abate Brasseur agregó á su publicación dos preciosos documentos: el uno se intitula: «Del principio y fundacion destos cuyos omules deste sitio y pueblo de Itzmal sacada de la parte primera de la obra del Padre Lizana titulada Historia de Nuestra Señora de Yzamal,» y el otro es: «La cronologia antigua de Yucatan,» de don Pío Pérez. Con la edición de este solo tomo prestó el abate un gran servicio á nuestra historia.

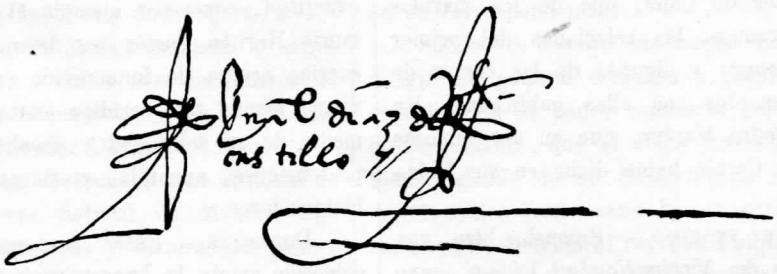
Molina.—Bien merecerían un lugar aquí los respetables frailes que se dedicaron á construir las gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas, supuesto que el lenguaje es un gran elemento etnográfico; pero ese estudio nos distraería demasiado, y debemos limitarnos á citar los trabajos que en esta materia se hicieron en el siglo XVI. De los de Olmos y Sahagún ya hemos hablado. Ya el señor Zumárraga desde 1539 hacía imprimir en México una doctrina en mexicano. El padre Gante publicó también su doctrina mexicana, y las suyas fray Domingo y fray Juan de la Anuncia-

ción. De éste hay una extensa colección de sermones mexicanos. El padre Gama escribió sus *Coloquios de la paz y tranquilidad del Alma*, y fray Juan Bautista su *Camino del Cielo*, en que hay preciosos datos sobre el calendario nahoa y otras varias publicaciones mexicanas.

Del idioma otomí publicó fray Melchor de Vargas una doctrina en esa lengua, mexicano y castellano. El padre fray Maturino Gilberti escribió en tarasco una *Cartilla*, una *Gramática*, un *Vocabulario* doble, un extenso *Diálogo de Doctrina* y dos *Tesoros espirituales*. Fray Juan Bautista Lagunas publicó un *Arte* y un *Diccionario breve* de la lengua tarasca. Fray Juan de Medina escribió en el mismo idioma su *Doctrinalis Fedei*.

En mixteco tenemos dos *Doctrinas* en dos dialectos de fray Benito Fernández, la *Gramática* del padre Reyes y el *Vocabulario* de fray Francisco de Alvarado, y en el dialecto chuchón una *Doctrina* de fray Bartolomé Roldan. En zapoteco se dieron á luz la *Doctrina* del señor Feria, obispo de Oaxaca, y el *Arte* y *Vocabulario* del padre Córdoba. En huaxteco existen las *Doctrinas* de los padres Guevara y Cruz. En México se publicó la *Doctrina Utlateca* del señor Marroquín, obispo de Guatemala; las gramáticas de varias lenguas de aquella región, compiladas por fray Francisco Zepeda, y el *Arte* y *Vocabulario* mayas de fray Luis de Villalpando. «Así es que antes de terminar el siglo, dice el señor Icazbalceta, había ya impresos libros en ocho ó diez lenguas indígenas y corrían los cinco vocabularios de mexicano, tarasco, misteco, zapoteco y maya.» El mismo distinguido bibliógrafo agrega: «Y en los libros de que tratamos no siempre se reduce el fruto á los conocimientos lingüísticos; algunos ayudan aún de otra manera al estudio de la historia. Hallamos, por ejemplo, en el prólogo del *Arte Misteca* del padre Reyes varias noticias acerca de las antiguallas de aquella gente; en el *Arte Zapoteca* del padre Córdoba, lo único que sabemos del calendario de la nación, y en el *Sermonario Mexicano* de fray Juan Bautista (1606), curiosos datos para nuestra primitiva historia literaria.»

Pero para nosotros y para la utilidad de nuestros estudios, creemos que el autor más importante es fray Alonso de Molina, franciscano. Niño aun, vino á México y aquí recibió educación. Había aprendido el mexicano en el trato con los indios y se dedicó á perfeccionar con el estudio sus conocimientos. Fué el principal maestro é intérprete de los franciscanos, y en el informe de 1570, le citan éstos como una de las mejores lenguas de la provincia. El señor Zumárraga imprimió á su costa en 1546 una *Doctrina* de Molina. En 1555 se imprimió su primer *Vocabulario*, que es ya libro muy raro. Este vocabulario es solamente castellano–mexicano. Está publicado en la primera imprenta que hubo en México y en América á cargo de Juan Pablos; tiene doscientas cuarenta y nueve fojas, y en el colofón trae la noticia de que fué examinado por Sahagún. El segundo vocabulario es doble: español–mexicano y mexicano–español. Salió á luz en 1571 de las prensas de Antonio Espinosa. Tiene cerca de trescientas fojas en folio, y no puede menos de ser causa de admiración, sobre todo si se considera la época en que fué escrito. Se ha reimpreso en Leipzig en 1880. Escribió Molina también una gramática mexicana, que fué la primera que en México se publicó, en 1571, reimprimiéndose en 1576. No fué una sola la *Doctrina* que publicó, sino dos ó tres y dos *Confesonarios* reimpresos. En el manuscrito de los



Facsímile de la firma de Bernal Díaz del Castillo

franciscanos de 1570, hay una doctrina en mexicano del padre Molina. Hay dudas de que se haya publicado: creemos que puede ser el original de la primera, pues en la impresa que conocemos se dice claramente que es una reimpresión.

Aquí nos encontramos por primera vez con los confesonarios: estos libros son utilísimos para conocer el verdadero carácter y las ideas é inclinaciones de los indios, y por consecuencia los hábitos y tendencias de los antiguos pueblos; porque en ellos se marcan los *pecados* ó vicios dominantes de la raza, y son, por lo mismo, elementos de precio para la historia.

Bernal Díaz del Castillo.—Este soldado historiador, compañero de Cortés y que asistió á la Conquista, es testigo presencial de los hechos que refiere: cuenta lo que por sus propios ojos vió ó lo que oyó de los mismos indios. Es además un narrador honrado y verídico; su ingenuidad se revela en todas sus páginas,

y su relato puede tomarse por la verdad misma. El manuscrito del valeroso soldado, que se gloriaba de haberse encontrado en ciento diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, permaneció inédito hasta el año 1632 en que lo publicó el padre Remon; pero desgraciadamente parece que lo adulteró en algunos puntos. El original se conserva en el archivo del Ayuntamiento de Guatemala, y han sido inútiles los esfuerzos hechos para conseguir una copia y publicar pura la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España.*

Oviedo.—La Academia de la Historia publicó en Madrid, en 1851, en cuatro gruesos volúmenes en folio y en lujosa edición, la *Historia general y natural de las Indias*, que escribió el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo. Tres circunstancias dan gran mérito á esta obra: el ser copiosa, el tratar de la historia natural y el que su autor residió muchos años en América, fué testigo presencial de la mayor parte de las cosas que refiere, y son conocidas su buena fe y veracidad. Dividió el cronista su Historia en cincuenta libros, de los que en 1535 publicó los diez y nueve primeros. Se reimprimieron en 1547 con la conquista del Perú, y se trasladaron á otros idiomas. Barcia los incluyó en el tomo segundo de los *Historiadores primitivos de Indias,* y con igual carácter se reprodujeron en la *Biblioteca de Autores Españoles.*

Sin duda que Oviedo es uno de los cronistas importantes, y que lo que no vió por sí mismo lo tomó de testigos presenciales y de fuentes verídicas; pero en lo que respecta á nuestra historia, viene á ser su relato en parte de segunda mano. En realidad lo importante para nosotros se comprende en los libros XXXIII y XXXIV, y éstos fueron escritos tomando por base y fundamento los relatos de Cano, uno de los maridos de la hija de Moteczuma, las relaciones del primer virey y del padre Loayza y algunas de las cartas de Cortés y otros documentos con ellas publicadas. En esto se asemeja á Pedro Martyr, que en sus famosas décadas repite lo que Cortés había dicho en sus Relaciones.

El conquistador anónimo. — Ramusio hizo una colección con el título de *Navigationi et Viaggi,* cuyo tercer tomo está exclusivamente destinado á la América. Publicóse por Tomás de Junta, célebre impresor de Venecia, en el año de 1606. En este tomo se comprende la *Relacion de un gentiluomo de Cortés,* que es nuestro Conquistador anónimo. Haciendo la traducción castellana, lo publicó el señor Icazbalceta en el primer tomo de su *Colección de Documentos.*

Grandes discusiones ha habido para aclarar quién era este gentilhombre de Cortés, autor de la obra en cuestión; y por lo que sobre el punto se ha escrito, nos persuadimos á creer que fué Francisco Terrazas, mayordomo de don Hernando y padre de nuestro poeta, de quien después hablaremos.

La obra, aunque corta, es importante; pues refiere como testigo presencial las costumbres de los mexicanos, sus ritos, habitaciones, templos, plazas y mercados, etc. La acompañan dos láminas, una del templo Mayor y otra de la ciudad: no deben ser del autor, pues de la primera podemos decir que la figura que atribuye al gran *teocalli* es enteramente falsa.

Tapia.—Escribió una Relación de la Conquista, que dió á luz el señor Icazbalceta en el tomo segundo de su *Colección de Documentos.* Por haber sido Andrés de Tapia uno de los capitanes más notables del ejército de Cortés, se encontró como testigo presencial en todas las guerras y expediciones, y por lo mismo su dicho debe tomarse mucho en cuenta. Parte su relato de la salida de Cortés del puerto de la Habana; pero desgraciadamente no pasa de la prisión de Narváez.

Suárez de Peralta.—Aquí tenemos otro autor en parte original y en parte de segunda mano. Su manuscrito, desconocido hasta há poco, fué encontrado por don Marcos Jiménez de la Espada en la Biblioteca provincial de Toledo. Tomólo por su cuenta don Justo Zaragoza y lo publicó en Madrid en lujosa edición el año de 1878, poniéndole por título: *Noticias históricas de la Nueva España.* Fué terminada esta obra en 1589; y respecto de su mérito, no haremos más que copiar las siguientes palabras del editor: «en la cita de nombres propios y de sucesos, ya históricos, ya de su tiempo, se ve cierta la afición á leer historias más que el estudio meditado de ellas y el trabajo de comprobación en las relativas á un mismo asunto producidas por distintos autores. Con todo, si en lo que refiere de oídas ó por haberlo leído falta con frecuencia á la exactitud, como por ejemplo al señalar el punto dónde murió Hernán Cortés, es de subidísimo precio cuando escribe acerca de lo ocurrido en aquellas partes á su vista, siendo tan verídico en tales casos que, aun en medio de su sobriedad y desaliñado estilo, aunque sin pretensiones, aventaja, rectificando, á otros reputados historiadores.»

Dorantes. — Entre los manuscritos de nuestra colección existe la importantísima obra de Dorantes de Carranza, hijo del Dorantes que acompañó en sus novelescas y desgraciadas expediciones á Alvar Núnez Cabeza de Baca, la cual lleva por título: *Sumaria Relacion de las cosas de Nueva España.* Esta relación, hasta ahora desconocida y que lleva el título de sumaria, tiene nada menos de seiscientas veintinueve fojas. En poco orden, debido tal vez á la encuadernación desarreglada del manuscrito, se ocupa de diversas materias de historia antigua y trae importantísimas noticias sobre la Conquista. Pero lo que hacía que con más empeño se buscase este manuscrito, era la noticia

de que en él debían encontrarse noticias de Francisco de Terrazas, hijo del conquistador del mismo nombre; y acaso algún fragmento de su poema, pues era sabido que cantó en octavas la conquista de México. Nuestras esperanzas han sido satisfechas, pues en el manuscrito de Dorantes se encuentran minuciosas noticias sobre nuestro poeta mexicano y su familia y buena parte de sus octavas. Bástennos para su elogio los siguientes versos del *Canto de Caliope* del inmortal Cervántes:

«De la region antártica podria
Eternizar ingenios soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
Tambien entendimientos sobrehumanos:
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos:
Uno de Nueva España y nuevo Apolo,
Del Perú el otro, un sol único y solo.
»*Francisco* el uno *de Terrazas* tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al *patrio* venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que este es Diego Martinez de Ribera »

Baste esto para elogio del *poeta toscano, latino* y *castellano* y de su poema *Nuevo Mundo y Conquista.*

Saavedra Guzmán.—Criollo como Terrazas, dióse como él á la poesía á mediados del siglo XVI, y como él también emprendió cantar las glorias de la Conquista. Escribió, pues, un poema en octavas reales, con el título de *Peregrino Indiano*, y lo dividió en veinte cantos, que abrazan desde la salida de Cortés de Cuba hasta la toma de México. No pocas noticias muy importantes se encuentran en esta historia rimada. Publicóse en Madrid en 1599; pero de tal manera se agotó la obra, que no sabemos que exista más ejemplar que el nuestro. Por ser rarísima la obra y de un poeta mexicano que escribió poco después de la Conquista, se creyó oportuna su reimpresión; y al efecto facilitamos el ejemplar al señor Orozco, haciéndose aquélla al fin bajo la dirección del señor Hernández Dávalo.

Sabemos del autor que se llamaba don Antonio de Saavedra Guzmán, que era natural de México, hijo de uno de los primeros pobladores y biznieto del primer conde de Castelar, don Juan Arias de Saavedra. Casó con una nieta de Jorge de Alvarado, hermano del famoso Pedro de Alvarado. Poeta y retórico, supo á perfección el mexicano. Pasó por negocios particulares á España, y durante los setenta días de la navegación compuso su *Peregrino*, para lo que había gastado siete años en acopiar materiales. Tratan mal á nuestro poeta los que de él se han ocupado. Clavigero dice que su poema debe contarse entre las historias de México, porque no tiene de poesía más que el metro. Prescott le llama *poeta-cronista*, y agrega que era más cronista que poeta. Y el señor Icazbalceta dice que más le hubiera valido al autor escribir su obra en prosa. Dejemos que critiquen al poeta; pero en más de un punto importante el cronista nos ha sacado de apuros.

Aderezó su obra Saavedra Guzmán, como entonces era costumbre, con varios sonetos, entre ellos dos de Espinel y uno de Lope de Vega. Y aunque no sea sino por gratitud, ya que no al poeta al cronista, copiaremos el del Fénix de los ingenios, que dice así:

«De Lope De Vega Carpio, secretario del Marques de Sarria.

SONETO

Vn gran Cortes, y vn grãde cortesano
Autores son desta famosa historia,
Si Cortes con la espada alcãça gloria,
Vos con la pluma, ingenio soberano.
Si el vence al Indio, deue a vuestra mano
Que no vença el oluido su memoria,
Y assi fue de los dos esta vitoria,
Que si es Cesar Cortes, vos soys Lucano.
Corteses soys los dos, que al Christianismo
Days vos su frente de laurel cercada,
Y el vuestra Musa Bellica Española:
Y aũ mas Cortes sois vos si hazeis lo mismo
Que Cortes, con el corte de la espada,
Siendolo tanto con la pluma sola.»

Mendieta.—Si no es un autor primitivo, no debe confundirse con los de segunda mano, aunque él mismo cuenta que se valió de los escritos de Olmos y de Motolinía. Une en su obra la relación de las antiguas costumbres de los indios y la historia de la predicación de la fe. El libro segundo lo dedica á la parte antigua y tiene tanto más valor cuanto que en él solamente podemos encontrar las ideas de Olmos. Aunque menos original que Motolinía, es más extenso y tiene mejor orden y método más preciso. A cada paso descubre su carácter vehemente, que se manifiesta todavía más en su correspondencia.

Solamente dos de sus cartas se conocían: una que dirigió al general Gonzaga y publica Torquemada, y otra dirigida al padre comisario general fray Francisco de Bustamante, que el señor Icazbalceta dió á luz en el tomo segundo de su *Colección de Documentos*. Pero en el códice franciscano hemos encontrado otras ocho cartas: 1.ª, dirigida al rey don Felipe II en 20 de enero de 1560; 2.ª, 3.ª y 4.ª, dirigidas al Licenciado don Juan de Ovando, visitador del Real Consejo de Indias, en 1570; 5.ª, dirigida al mismo, ya Presidente del Consejo de Indias, fechada en 6 de marzo de 1571, en San Francisco de Vitoria, España; 6.ª y 7.ª, otras dos, una enviada con Cristóbal de Seron y otra con fray Diego Valadez, fechada en el mismo San Francisco de Vitoria á 25 de marzo de 1572, y 8.ª, dirigida á fray Francisco de Guzmán, recién nombrado Comisario general de todas las Indias, fechada en Castro de Urdiales á 26 de noviembre de 1572.

Fray Diego Durán.—Éste sí puede llamarse ya

escritor de segunda mano, pues siguió el manuscrito que hemos designado con el nombre de Códice Ramírez, ampliándolo con nuevas noticias. Sigue Durán dicho manuscrito al pié de la letra; pero amplifica la narración y la aumenta con numerosos detalles y otras muchas tradiciones que recogió también de los contemporáneos. De esta manera la acreció hasta formar un volumen cinco ó seis tantos mayor que el original. Pero no hay derecho, sin embargo, para tildarlo de plagiario: primero, porque á menudo se refiere á la historia de donde toma sus noticias, y segundo, porque las aumenta tanto, que no dudamos en decir que su *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme* es la mejor y más completa crónica que tenemos de la historia antigua de los mexicanos. Sabemos de Durán que nació en México pocos años después de la Conquista, que profesó en el convento de Santo Domingo de esta ciudad entre los años de 1578 y 1579, y que concluyó su Historia en 1581. Dividió su obra en tres Tratados, que abrazan desde la peregrinación de los aztecas hasta la Conquista, trayendo noticias muy importantes sobre ésta; y comprende además un relato extenso de los dioses, ritos, fiestas y costumbres de los mexicanos, con minuciosas y ordenadas noticias sobre su calendario y los meses de su año.

Lo más notable de esta historia es que nos presenta redivivo al pueblo mexicano: le vemos mover, le oimos discurrir, sentimos lo que siente, y nos parece que en medio de él nos encontramos. Cita y reproduce frecuentemente las arengas que se pronunciaban en las solemnidades y nos dice que son traducciones suyas de textos mexicanos. Los elementos extraños al códice Ramírez de que usó Durán, fueron también mexicanos, tomados de las antiguas pinturas históricas de los indios, de las relaciones que escribieron tan luego como supieron escribir, y de la tradición oral de personas, tanto mexicanos como españoles contemporáneos de la Conquista. Así es que la obra de Durán nos merece entera fe.

Publicóse al fin en México, después de haber permanecido el manuscrito en España inédito por tres siglos, en dos tomos, el primero en 1867 y el segundo en 1880. Las acompaña, como ya se ha dicho, un atlas de pinturas jeroglíficas.

Tezozomoc.—Escribió su *Crónica Mexicana* con los mismos materiales que Durán su historia. Era Tezozomoc hijo de Cuitlahuac, penúltimo emperador de los mexicanos. Tomó el nombre de don Hernando Alvarado Tezozomoctzin, acaso por haber intervenido en su bautizo los dos conquistadores Alvarado y Cortés. Escribió su Crónica á fines del siglo XVI, y sin duda en edad de más de ochenta años.

Esta obra, aunque semejante á la de Durán, no se confunde con ella; ambas se completan y son igualmente importantes. La Crónica debió constar de dos partes: la primera existe y es relativa á la historia antigua; la segunda, referente á la Conquista, ó no se escribió ó se ha perdido. Kingsborough publicó la obra de Tezozomoc en el tomo nono de su colección; Ternaux-Compans la dió á la estampa vertida al francés, y al fin correcta y cuidadosamente se imprimió en México el año de 1878.

Acosta.—La primera obra del jesuita Acosta, publicada en latín, tuvo el siguiente título: «De Natvra-Novi-Orbis-Libri duo,-et promulgatione-Evangelio, apud-Barbaros-sive-de procuranda-Indorum salute-Libri sex-Avtore Josepho Acosta-presbytero societatis-Jesv Salmantinæ:—Apud Gillelmum Foquel—MDLXXXIX.»—La segunda parte: «De procvranda salvte-Indorum;» tiene portada propia con fecha de un año anterior, es decir, MDLXXXVIII.

Tradujo el autor su obra al castellano, y agregándole otros cinco libros sobre la historia de las Indias, la publicó el año siguiente, intitulándola: «Historia Natural y Moral de las Indias, En que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales de ellas: y los ritos, y ceremonias, leyes, y gobierno y guerra de los Indios. Compuesta por el Padre Joseph de Acosta Religioso de la Compañía de Jesus. Dirigido á la Serenisima Infanta Doña Isabella Clara Eugenia de Austria. Con Privilegio. Imprenta en Sevilla en casa de Juan Leon. 1590.»

Brunnet cita seis ediciones de la obra de Acosta y cuatro traducción al francés: además dice, que el texto latino, sin nombre de autor, se insertó en 1602 en la parte novena de la colección de Grandes Viajes publicada por De Bry, con láminas que no están en las ediciones originales. Se conoce también una traducción al alemán, de 1598, acompañada de veinte cartas grabadas. La última edición española es la más popular y conocida: conserva el mismo título de la primera, y fué sacada á luz en dos tomos en cuarto menor, en Madrid, por Pantaleón Aznar, en el año de 1792.

Si se compara el texto de Acosta con el del códice Ramírez, se observa desde luego que lo ha copiado al pié de la letra, con muy ligeras variantes. Solamente por no haber conocido el anónimo manuscrito, pudo el maestro Feyjóo hacer un elogio tan exagerado de Acosta. En vano, apoyándose en opinión tan respetable, trató el editor de 1794 de defender á Acosta de la nota de plagiario que ya le había imputado Antonio de Leon en el apéndice de la Biblioteca Indiana: hoy ya no es posible tal defensa. La obra que gozó fama universal, no tiene más que fama prestada; y el autor, que era incluído por Feyjóo entre las glorias nacionales de España, no es más que un plagiario de un escritor indio. Basta para acabar con el renombre de tres siglos, un polvoso manuscrito que yacía perdido en el mar de

telarañas de la biblioteca, casi nunca abierta, de los franciscanos de México. Decididamente el cielo cuida también de las letras.

Escritores de segunda mano.—Todavía podríamos citar escritos, documentos y crónicas de suma valía. Enrico Martínez nos da noticias importantes en su *Repertorio de los tiempos*, aun cuando se debe corregir su cronología en diez años. El padre Valadez en su *Doctrina*, se ocupa del calendario. Innumerables informes, de los que algunos se han publicado, suministran datos preciosísimos, sobresaliendo entre ellos el del texcucano Pomar. Hay colecciones de documentos de sumo interés. Muy conocidas son las que corren impresas, desde las más antiguas hasta la de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, de don Luis Torres de Mendoza. Pero la de más fama, es la manuscrita mandada formar para el historiógrafo don Juan Bautista Muñoz. Dispuso su formación el virey Revillagigedo; y fray Francisco García Figueroa, franciscano, coligió los manuscritos más notables que en aquella sazón existían en esta ciudad de México. Hiciéronse dos copias; una quedó en la Secretaría del Vireinato, y hoy existe en el Archivo general; la otra se envió á España, y ahora está en la Biblioteca de la Academia de la Historia, según nuestras noticias. Formóse la colección en el año de 1792 en el convento de San Francisco, y se compuso de treinta y dos volúmenes en folio. Por equivocación se mandaron á España los dos ejemplares del primer tomo, y éste falta en México.

Tampoco entraremos en pormenores de las crónicas de conventos, en las cuales se hallan buenas noticias históricas: basta citar la ya muy rara de Remesal, los *Triunfos de la Fe*, del padre Ribas, y la obra de Burgoa, principal fuente histórica para la región de los antiguos zapotecas.

Refiriéndonos, pues, á los historiadores que comienzan con el siglo xvii, diremos que tienen ya más método que los primeros escritores; pero solamente en lo que en éstos se apoyan tiene fe su dicho. Verdad es que alimentaron sus obras con copias de viejos manuscritos. Tal pasó con Gomara en su *Conquista*, con Herrera en su *Historia de las Indias Occidentales*, y con Torquemada en su *Monarquía Indiana*. Éste principalmente tomó á manos llenas cuanto encontraba: Motolinía, Olmos, Sahagún, Mendieta, todo lo copiaba á la letra, sin cuidarse de la contradicción que nacía de opiniones diferentes, ni de las referencias contenidas en esos escritos ajenos. Y sin embargo, su obra es importantísima, porque en ella acaparó cuanto se había dicho antes. Falta todavía la crítica, pero ya existen en ella los materiales.

Vetancourt.—Aun cuando tomando siempre del cercado ajeno, el primero que da forma de historia á sus escritos, y procura abrazar con cierto orden el período de nuestras antigüedades, es fray Agustín de Vetancourt, de la Orden de San Francisco. Nació en la ciudad de México por el año de 1620; vistió el hábito franciscano en el Convento de Puebla el 25 de febrero de 1641. Enseñó en su convento filosofía y teología, y fué maestro público de lengua mexicana. Pasó á ser cura de San José, cuyo puesto desempeñó más de cuarenta años, muriendo en él el año de 1708. Fué además cronista de su provincia.

Ha habido una gran disputa bibliográfica sobre el mérito de Vetancourt. Él había tachado de plagiario á Torquemada: los defensores de éste lo han tratado á él mal á su vez. Clavigero lo ataca, Beristain lo defiende. Vetancourt tomó las noticias que encontró en Torquemada, lo que no oculta, pues lo cita en el catálogo de libros impresos de que compuso su historia, y cita otras muchas obras dadas á la prensa ó manuscritas que también le sirvieron. La obra de Vetancourt no será de gran mérito; pero no puede llamarse plagiario al autor del *Teatro Mexicano*.

Publicóse el *Teatro Mexicano* en México, el año de 1698. Un año antes se había publicado la cuarta parte de la obra, con el título de *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio*. Generalmente acompañan á esta obra dos opúsculos: 1.° Tratado de la Ciudad de México, y las grandezas que la ilustran después que la fundaron Españoles. 2.° Tratado de la Ciudad de la Puebla de los Angeles, y grandezas que la ilustran. Corre también con la obra otro importante escrito de Vetancourt, intitulado *Menologio Franciscano*, que abraza las vidas de los franciscanos notables de México; escrito muy curioso é importante, á pesar de que el padre Rosa Figueroa se queja de los repetidos yerros que hay en él.

Escribió además Vetancourt varias obras, de las que unas corren impresas y otras se extraviaron: entre las primeras hay un *Arte de Lengua Mexicana*, bastante notable, que se publicó en México el año 1673.

Sigüenza.—No vamos á hablar de la importantísima vida literaria de Sigüenza: ya lo hemos hecho extensamente en otra parte, haciendo conocer sus verdaderas biografía y bibliografía. Basta para nuestro intento citar de sus obras, el *Teatro de Virtudes Políticas*, que tiene noticias de los antiguos reyes de México, el *Mercurio Volante*, que trata de la recuperación del Nuevo México, la *Ciclografía Mexicana*, que se ha perdido, la *Historia del Imperio de los Chichimecas*, que corrió igual suerte, y el famoso *Fénix de Occidente*, al fin encontrado y en nuestro poder, pero que no es obra suya, sino más bien colección de materiales que reunió el padre Duarte para probar que Santo Tomás había predicado el evangelio en México.

Sigüenza no fué historiador; fué un erudito y gran conocedor de nuestra historia antigua. En él se acentuó el empeño de los viejos cronistas, de encontrar entre los

mexicanos las tradiciones bíblicas y conocimientos del cristianismo. Lo que sabía, lo comunicó á Gemelli Carreri, y éste lo publicó en su *Giro dil Mondo*. Ahí están las ideas de Sigüenza, que pretende encontrar en el jeroglífico de la peregrinación azteca el diluvio de Noé, la confusión de las lenguas en la torre de Babel y la dispersión en la llanura de Seenar. Desde ese momento la historia estaba adulterada; por decirlo así, se *desnacionalizaba*. Es verdad que ya había desde el siglo anterior referencias bíblicas, no faltando el pecado original ni el paraíso. Hubo obras escritas expresamente con ese objeto, como el *Origen de los Indios* de García. Pero desde Sigüenza esa tendencia es más pronunciada. Fábrega ve en las pinturas indias referencias á la caída de Adán y Eva; y Boturini, Veytia y el mismo Gama hablaban de los conocimientos que los nahoas habían tenido de la detención del sol por Josué, y del eclipse acaecido en la muerte de Jesús; sin preocuparse de que cuando era de día en el hemisferio en que se suponían pasados esos hechos, era de noche en éste, y no podía saberse lo que al sol le estaba pasando. Sin duda que, bajo este aspecto,

Don Carlos de Sigüenza y Góngora

fué perjudicial la influencia del sabio jesuita; pero produjo en cambio un gran bien, pues introdujo la crítica de la historia, apoyada en documentos auténticos.

Creyóse en un tiempo haber dado con una obra histórica de Sigüenza, intitulada *Cronología de los reyes mexicanos;* pero en esto hubo un error. En el tomo tercero de los manuscritos del Archivo General, intitulado: *Varias piezas de órden de su Magestad,* existe el *Cómputo Cronológico de los indios Mexicanos, Por D. Manuel de los Santos y Salazar,* al cual están agregadas unas tablas, que comienzan el año 1186, y en ellas, marcadas por Sigüenza, las épocas históricas. Como éstas se refieren principalmente á los reyes mexicanos, son sin duda la pretendida Genealogía.

El sapientísimo don Carlos de Sigüenza y Góngora nació en México en 1645, fué jesuita, y murió en 1700. No murió jesuita, pero murió sabio.

Cogolludo.—Fraile descalzo del convento de San Diego en Alcalá de Henares, de donde era nativo, pasó á Yucatán, en donde fué muchos años lector de teología, guardián y después provincial. Usando de cuantos documentos pudo haber á las manos, y recogiendo viejas tradiciones, compuso su *Historia de Yucatán,* que se imprimió en Madrid en 1688. Como hay tan poco sobre la civilización maya, esta obra, en sí muy importante, aumenta de valor.

Acerca de la misma región existen otras dos antiguas: el Popol-Vuh, relato histórico quiché, y la conquista del Peten de Villa Gutierre. Rica en monumentos esa zona, ha merecido que sus ruinas se reproduzcan varias veces, acompañadas de descripciones de viajeros, desde los estudios de Del Río hasta los viajes de Stephens. El fotógrafo M. Charnay las ha publicado de manera perfecta. Pero estos trabajos solamente pueden considerarse como auxiliares de la historia. Estudios históricos serios é importantes, han publicado en estos tiempos el señor Carrillo, y el señor Ancona, autor de una historia de Yucatán.

Boturini.—Gran colector de jeroglíficos y manuscritos, al grado de haber formado el archivo más

importante que ha existido sobre nuestras antigüedades, no puede llamársele propiamente historiador. No narraremos aquí sus afanes para formar su valioso Museo, ni las injustas persecuciones que sufrió, ni la infamia con que se le desposeyó de sus tesoros; pues largamente lo hemos hecho en otra ocasión más oportuna. Nos limitaremos á hablar de su única obra, que tituló: *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional*, y que después de sus desgracias publicó en Madrid el año de 1746. Es, como lo muestra su título, el proyecto, la indicación de cómo en su concepto debía escribirse nuestra historia, apoyándola en los jeroglíficos de los indios y en las verdaderas tradiciones conservadas en los antiguos manuscritos. La obra revela grandes conocimientos en el autor: en su división se percibe ya un buen sentido crítico, si bien le quiere

Don Lorenzo Boturini

sujetar á las ideas mitológicas é históricas del Viejo Mundo. Pequeño es el tratado, y con serlo, hay en él muchas noticias que aprovechar. Acompáñalo el catálogo de su Museo; y allí sorprende el ver cuántas riquezas históricas logró reunir Boturini, y cuán culpables fueron los que lo desposeyeron y no supieron conservarlas. Nosotros consideramos siempre como un benemérito de nuestra historia, al caballero Lorenzo Boturini Benaduci, señor de la Torre y de Hono.

Clavigero.—Jesuita de los expulsos bajo el reinado de Carlos III, pasó á Italia, y teniendo grandes conocimientos de nuestras antigüedades, se dedicó á escribir su historia, como Cavo lo hacía con la época colonial. Publicó, en efecto, en 1780, en Cesena, en cuatro tomos en 4.°, su *Storia Antica del Messico*.

Clavigero es el único de nuestros antiguos historiadores que haya emprendido un verdadero estudio para fijar la cronología de los principales sucesos. Dos trabajos de esta clase se encuentran en su historia: el uno casi al fin del tomo primero, con el título de *Años Mexicanos desde la fundación hasta la conquista de México, con la correspondencia de los de nuestro calendario;* el otro se encuentra en las *Disertaciones* que acompañan á la obra, y se intitula *Principales épocas de la Historia de México.*

Así es que la obra de Clavigero es ya un trabajo crítico importante; pero hay que confesar, que ni es completa, ni se libró de los errores comunes á los

historiadores que lo habían precedido. Su Historia, sin embargo, encierra tanto mérito, que ha bastado para darle lugar muy principal entre nuestros historiadores.

Don Francisco Javier Clavigero

Después de su muerte se publicó en Venecia, en 1789, su *Storia della California*.

Fray Juan Agustín Morfi.—Dice Beristain de él, que era natural del reino de Galicia, del Orden de San Francisco en la provincia del Santo Evangelio, y lector jubilado después de haber enseñado teología en el convento de Tlatelolco; y que fué no sólo orador insigne, sino insigne maestro de oratoria.

Beristain nos da razón de las siguientes obras de Morfi: *Tractatus de Fide, Spe et Charitate*, inédito; *Noticias históricas de Nuevo México*, manuscrito en folio, inédito; *Diario del viaje á la Provincia de Tejas*, impreso posteriormente; *La seguridad del Patrocinio de María Santísima de Guadalupe*, impresa en México en 1772; *La nobleza y piedad de los Montañeses*, etc., impresa en México en 1776; y *Diálogo sobre la elocuencia*, impreso en Madrid en 1795.

Otras obras escribió Morfi, aunque no conocidas de los bibliógrafos. La más importante, sin duda, de todas las que salieron de su bien cortada pluma, se intitula: *Memorias para la Historia de la Provincia de Texas*. Manuscrito en folio, original de letra del autor, con cuatrocientas veintiocho fojas. Al fin tiene la siguiente noticia: «Hasta aquí el R. P. Morfi, quien antes de concluir esta obra murió de una maligna fiebre, siendo Guardian de este Convento grande de México, á 20 de Octubre de 1783.» Esta noticia nos da la fecha de la muerte del autor, ignorada por Beristain. Escribió también unas *Noticias sobre el Parral*, y un *Informe sobre el viaje de los Padres Domínguez y Escalante hacia Monterey y California*.

Si como uno de nuestros historiadores ocupa Morfi un lugar distinguido, notable fué también como colector. Formó varios volúmenes manuscritos, en los que entre otras obras estaban las Relaciones de Ixtlilxóchitl y la *Historia política de Nueva España* por el oidor Zurita; siendo esta última un informe muy importante para nuestra historia, y del cual tenemos el original, que puede ser de gran utilidad por haberse publicado con errores el trabajo del oidor. De varios documentos importantes que reunió Morfi, formamos tres gruesos volúmenes en folio, que intitulamos *Misiones y Viajes*.

Veytia.—Se publicó su *Historia Antigua de México* en 1836, en tres volúmenes en 4.° menor; pero como el autor no dejó concluída su obra, se agregó al fin del tomo tercero un apéndice del señor don F. Ortega, que la termina hasta la toma de México

por Cortés. En el mismo tomo se publicaron unos fragmentos sueltos del autor. En la famosa Colección de Kingsborough, tomo octavo, se publicaron en el año de 1848, los veintitres primeros capítulos de la obra, y además un *Discurso preliminar* que falta en la edición mexicana.

La *Historia* de Veytia es una de las que han alcanzado más elogios de propios y extraños. En ella debemos distinguir tres partes diferentes: la histórica, el calendario y su estudio sobre la venida de santo Tomás.

Comenzando por ésta, diremos que iniciada la idea por Sigüenza, había encontrado desde luego apoyo en la corriente religiosa de su tiempo. Vetancourt aceptó el viaje del apóstol; Boturini buscaba con ansiedad el manuscrito del Fénix de Occidente, y Veytia tampoco pudo encontrarlo. Pero Boturini tenía en su Museo un fragmento del manuscrito de Duarte; Veytia lo copió; y en esta parte de su historia, capítulo XV á XX del libro primero, no hizo más que reproducir lo que en el manuscrito había encontrado.

Respecto á la parte del Calendario, como se ha aceptado el sistema de Gama, el de Veytia, que de él difiere, ha sido generalmente condenado. Además de este estudio, que forma parte de la obra impresa, escribió Veytia un tratado especial que contiene variantes de importancia y otro método de redacción, el cual conservamos original. En esta parte creemos de gran interés los trabajos de Veytia.

En cuanto á la parte histórica hay que decir la verdad. Escrita en claro y elegante estilo no es más que el trasunto de los manuscritos de Ixtlilxóchitl, sin que el autor haya puesto de su parte otra cosa que la corrección, no siempre oportuna, de los nombres mexicanos y la rectificación de la cronología; pues como don Fernando Alva no hizo tablas incurrió en muchos errores, que pudo enmendar en algo Veytia siguiendo las que hizo y acompañan á la edición impresa. La obra no se concluyó por la muerte de su autor, y llega solamente hasta el advenimiento de Netzahualcóyotl. Para que escribiese su obra, se mandó entregar á Veytia el riquísimo Museo de Boturini; pero no supo sacar partido de los grandes tesoros históricos que encerraba.

Escribió otras obras Veytia, sin importancia para la historia, con excepción de la de Puebla, que manuscrita en dos volúmenes existe en el Museo.

Es preciso decirlo para concluir: ninguno de nuestros historiadores tuvo á su disposición mayor copia de preciosos monumentos de nuestra historia que Veytia; perdió el tiempo en escritos sin importancia y desperdició las riquezas históricas que le vinieron á las manos. Su obra, sin carecer de interés, es inferior, no sólo á las crónicas antiguas, sino también á la Historia de Clavigero.

Veytia nació en la ciudad de Puebla el año de 1718 y murió en el de 1779.

Gama.—Publicó la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que, con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790.* México, 1792, en cuarto menor; reimpresa con una parte segunda en 1832.

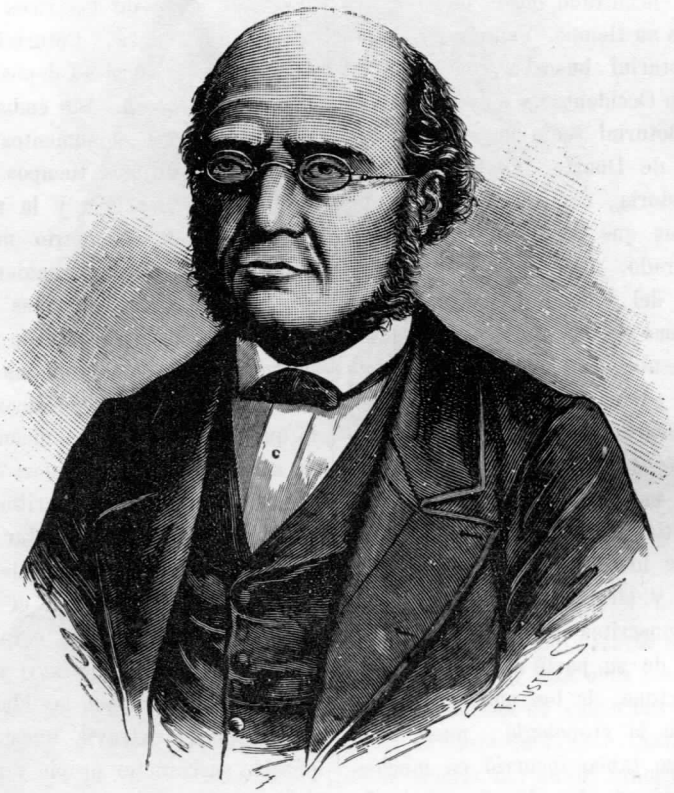
Obra de profunda y extraordinaria instrucción, sobre todo en la parte cronológica, de que hizo Gama un estudio especial, abrió un campo enteramente nuevo á las investigaciones arqueológicas. Poseedor además de gran parte de los ricos tesoros históricos de Ixtlilxóchitl, Sigüenza, Boturini y de otros más que él reunió, es su obra un depósito de tradiciones que sólo allí se encuentran. Sin embargo, como Gama no estudió algunos de los monumentos históricos y arqueológicos que en los últimos tiempos se han conocido, la parte propiamente científica y la más preciosa de su obra, la formación del Calendario mexicano y su concordancia con el europeo, aun requiere una escrupulosa revisión.

Humboldt.—Entramos en el siglo XIX, en el cual ha venido á desarrollarse de manera poderosa el espíritu de crítica. En los cronistas del siglo XVI hemos visto hombres sencillos y verídicos que reproducían fielmente lo que de boca de los mismos indios supieron ó lo que en sus jeroglíficos constaba: sus dichos son por lo mismo preciosos; pero esos escritores carecieron de crítica, y en ellos empezó á apuntar la tendencia á relacionar nuestras antigüedades con las tradiciones bíblicas. Sus obras, sin embargo, son el relato nacional, digámoslo así, y verdaderamente característico de los antiguos pueblos. En el siglo XVII el espíritu crítico se despierta; pero siguiendo las ideas religiosas y exageradas de la época, extravía nuestra historia y principia á quitarle su carácter propio y nacional. En el siglo XVIII, si bien siguen las mismas tendencias porque continúa la misma época social, sienten ya los escritores la necesidad de ordenar nuestra historia y darle forma; y aunque todavía se reducen á copiar lo que otros habían escrito antes, ya aparece la crítica, siquiera sea buscando el arreglo de la cronología y la sucesión lógica de los hechos. Pero como si fuera providencial, al terminar ese siglo y casi en vísperas de terminar también la época colonial, se descubren frente al palacio de los vireyes varias de las notables antigüedades del gran *Teocalli*, y entre ellas la admirable Piedra del sol, como si fuera augurio de la próxima independencia y aviso á los historiadores de que solamente en el estudio de los antiguos monumentos habían de encontrar la verdad. Estudiando los entonces descubiertos, inauguró don Antonio de León y Gama una nueva era para nuestra historia.

Nadie más á propósito que Humboldt para trazar con mano firme la nueva vía: estudía los jeroglíficos que

encuentra en los museos de Europa, viene y examina nuestros monumentos, y su poderoso genio abarca, ya no los relatos de los cronistas, sino la comparación y la historia de las civilizaciones, enseñándonos que nuestras antigüedades deben escribirse con nuestras fuentes primitivas. Fué desgracia que estuviese poco tiempo entre nosotros y que no pudiera dedicarse á nuestra historia. Esto hizo que admitiese algunas ideas vulgares y que no profundizase el verdadero espíritu de los antiguos mexicanos. Pero con esa intuición que sólo poseen los inmensos talentos, nos dió grandes enseñanzas y abrió nuevos caminos á nuestros estudios. Los que él hizo, se contienen en la obra que publicó en París, en 1813, con el título de *Vues des Cordillères et Monuments des peuples indigènes de l'Amèrique.*

En esta obra inició con prudencia buscar la relación de nuestras antiguas civilizaciones con las de los pueblos asiáticos. Esto podía dar origen á exageraciones y á quitar, en sentido distinto de los cronistas anteriores, la nacionalidad de nuestra historia. Y esto ha sucedido desgraciadamente. Notables escritores, verdaderos sabios de otros países, sin estudiar á fondo nuestras cosas, han



Don José Fernando Ramírez

extraviado nuestras tradiciones históricas; otros, llevados del prurito de ser originales, como el abate Brasseur de Bourbourg, han inventado una historia suya propia; Prescott, después de mucho estudiar y de escribir tan admirablemente como Solís, comete notables errores respecto de la Conquista y no comprende el carácter de las épocas anteriores; y no faltan otros escritores que se reducen á seguir copiando lo que habían dicho ya las obras de segunda mano.

Verdad es que distinguidas asociaciones, como la Sociedad de Geografía en México, el Instituto Smithsoniano en Washington y otras, han reunido documentos y publicado estudios interesantísimos, y sabios escritores han tratado magistralmente algunos puntos de nuestra historia; pero se necesitaba hacer una verdadera reforma en nuestra manera de historiar, desechando todo elemento expúreo y acudiendo á las verdaderas fuentes; y la gloria de iniciarlo y conseguirlo tocó á los señores don José Fernando Ramírez y don Manuel Orozco y Berra.

Ramírez.—Parecía natural que descubierta la senda se siguiera sin vacilación: dejar las hojas de papel sujetas á la mentira y á las preocupaciones de un escritor sin importancia y leer el libro de la antigüedad en las páginas imperecederas del granito de los monumentos. Nuevos descubrimientos, expediciones á las ruinas de Yucatán, Palenque y Mitla, la publicación de la obra de lord Kingsborough, la impresión de importantísimos manuscritos de los primeros cronistas, todo impulsaba á la formación de un nuevo sistema de historiar.

Dedicóse desde luego el señor Ramírez á acopiar

cuanto libro se refiriese á nuestra historia, á juntar cuanto manuscrito importante hubiese sobre ella y á estudiarlos todos; al grado que á pesar de las graves ocupaciones que lo agobiaban en los altos puestos que constantemente desempeñó, en su biblioteca, que después fué nuestra, no encontramos un libro interesante que no estuviese anotado de su mano, y muchos manuscritos estaban copiados de su puño y letra. Comprendiendo la importancia de los monumentos, nos dió la explicación de algunos de los que existen en el Museo, al fin de la edición de la *Conquista de México*, por Prescott, que dió á luz el señor Cumplido. Rectificó en luminosas disquisiciones, que se publicaron en el *Diccionario de Geografía é Historia*, varios hechos importantes, rompiendo con las tradiciones absurdas y con las preocupaciones de raza y de religión. Y no solamente nos mostró de esta manera el verdadero camino para escribir la historia, sino que, siendo su mejor fuente los jeroglíficos, se dedicó con empeño á encontrar las reglas para leerlos. El señor Ramírez hizo copiar en tarjetas más de dos mil figuras con su significado, y de su comparación encontró el modo de leerlas, habiendo conseguido así fijar las primeras reglas de la lectura jeroglífica.

No tuvo tiempo el señor Ramírez para escribir lo

Don Manuel Orozco y Berra

mucho que sabía: sin duda que preparaba estudios importantes, como se ve por los apuntes que dejó, aunque muchos de ellos no pueden entenderse. Creemos que disponía una nueva publicación de la Historia de Sahagún y una impresión de la Crónica de Tlaxcalla de Muñoz Camargo; pues en el ejemplar de la primera había hecho muchas correcciones como si lo destinara á la prensa, y el manuscrito de la segunda lo había arreglado por capítulos ilustrándolo con notas de suma importancia.

Pero no se contentó el señor Ramírez con acaparar todo lo que sobre nuestra historia podía encontrarse en México; no le bastaba haber publicado en el Atlas del señor García Cubas los dos jeroglíficos de la peregrinación de los aztecas con su interpretación, sino que, en los diversos viajes que hizo á Europa, registró bibliotecas públicas y privadas en que hay jeroglíficos y manuscritos muy importantes, aumentando así el caudal de sus conocimientos.

Habiendo sabido la existencia del manuscrito del padre Durán, el señor Ramírez solicitó su copia desde mucho antes que se imprimiese y dirigió la impresión del primer tomo en México y de las láminas en París. No pudo hacer más, como dice en la introducción, pues

tuvo que marchar al extranjero, aunque siempre con la esperanza de concluir el trabajo comenzado. Desgraciadamente la muerte lo arrebató á las letras mexicanas, dejando un vacío entre nuestros historiadores que nadie podrá llenar.

El señor Ramírez quiso utilizar todos los tesoros relativos á nuestra historia que pudo encontrar en el extranjero. Él, que nos había dado á conocer sus grandes estudios bibliográficos en su Vida de Motolinía y en su trabajo sobre Ixtlilxóchitl, su oportunidad para interpretar jeroglíficos en su Apéndice al proceso de Alvarado, y su ciencia de nuestros monumentos en su explicación de las antigüedades del Museo, era el más á propósito para utilizar tesoros estériles en otras manos. Así consiguió que se publicaran los notables documentos de Mr. Aubin, de que ya hemos hablado.

El señor Ramírez no escribió una historia de México, y sin embargo es el primero de nuestros historiadores.

Orozco y Berra.—Amigo, discípulo podemos decir del señor Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de México. Fruto de estudios de toda la vida y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra es un verdadero monumento. No hubo crónica que no estudiase el señor Orozco, ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el movimiento, pintura ó escritor citados. Así su obra vino á ser, como ha dicho el señor Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene ahí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.

Ante obra tan magna no podía quedar indiferente la República, y el Congreso, por proposición que tuvimos la honra de hacer, decretó que se imprimiese por cuenta de la nación. Tuvo el señor Orozco el placer de mirar comenzada la publicación de su Historia; pero antes de que se concluyese murió muy pobre de fortuna pero muy rico de gloria.

Tiene la Historia cuatro tomos de más de quinientas páginas cada uno y un atlas, y abraza desde los tiempos primitivos hasta la reedificación de México por Cortés.

Tales son las fuentes de nuestra historia; éstos los elementos con que contamos para emprender nuestro trabajo: de todos ellos tomamos lo que escribimos, y si algún mérito hubiera por ocasión en lo nuestro, á ellos les pertenece. Si hemos omitido citar á otros escritores es porque no todos pueden caber en una ligera reseña. Emprendemos, pues, la labor, sin duda con más audacia que propio valer; pero siempre inspirados por el amor á la verdad y por el culto á la patria.

Alfredo Chavero.